

Karine Lambert

---

**ENCENDER DE NUEVO  
LAS ESTRELLAS**



Karine  
Lambert

**ENCENDER DE NUEVO  
LAS ESTRELLAS**

Traducido del francés por Alicia Martorell Linares

# Índice

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29

30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
Créditos

*Al primer amor, al último amor...*

«Por fin ha llegado el momento de  
encender de nuevo las estrellas».

GUILLAUME APOLLINAIRE

Se había decidido por el de caoba, con cuatro asas de cobre. El modelo 328: veintiocho milímetros de grosor, forro de raso, tratamiento antipolillas, resistente a la humedad. «Inalterable», según el empleado de la funeraria. Protección total. Salvo del descanso eterno.

«Sírvese elegir, señora.»

Hacía tres días que esta frase resonaba en su cabeza como un martillazo. Decidir si quería un féretro cerrado o abierto, si la foto iría en blanco y negro o a todo color, si el *catering* serviría sándwiches o medianoches... Y además, ¿era absolutamente necesario envolver la corona mortuoria en una cinta blanca que proclamase «A mi adorado marido»?

«Sírvese elegir, señora.»

Menudita, con su traje sastre gris perla, perfecto para la ocasión, los labios pintados de un color discreto a juego con el colorete, mira fijamente la tumba. Digna e impecable, como le gustaba a Henri. Cincuenta y cinco años y diecisiete días de matrimonio. El único hombre que había conocido, el único que la había visto desnuda. Quince mil despertares compartidos y, de repente, una mañana, el último. En su cama gemela, no había abierto los ojos. En la necrológica se podía leer: «Se fue como un suspiro, durante el sueño». A su hijo único, Frédéric, no le había gustado una esquila tan poco usual.

Era inconcebible pensar que estaba dentro de una caja que los enterradores meterían en el hoyo y cubrirían de tierra. A su alrededor, siluetas familiares: el doctor Dubois, las fuerzas vivas y algunos primos lejanos de provincias. Su fiel María la saluda discretamente con la cabeza. Ahora, Marguerite Delorme es la viuda del notario. Junto a ella, enfundado en un traje negro,

mordiéndose el labio inferior para controlar sus emociones, Frédéric la sujeta por el codo. Su nuera, Carole, ha posado la mano sobre el hombro de su hijo Ludovic. Hace un momento, en la iglesia, el niño ha dicho unas palabras sobre este abuelo con el que hablaba poco, pero al que le unía una pasión compartida por el tenis. El niño había leído el papel temblando y se había sentado de nuevo junto a su abuela, que le había acariciado la mejilla. Carole, conmovida, había apartado la vista.

Los sepultureros bajan el féretro lentamente al suelo excavado, usando gruesas sogas marineras. Ella cierra los ojos y aprieta la mano de Ludovic. Su hijo le sigue apretando el codo, casi más fuerte que hace un rato. Cuando las cuerdas vuelven a subir, Marguerite tiene la sensación de que ha dejado atrás lo más difícil.

La gente desfila: la señora Fulánez saluda aparatosamente, el señor Mengánez le comenta algo. ¿Cómo se supone que tiene que reaccionar? Acepta educadamente la oleada de pésames.

—Ochenta años es una larga vida.

—Su trayectoria ha sido ejemplar.

—Valor, querida amiga.

Personas extrañas le estrechan la mano en silencio, y tardan un buen rato en devolvérsela. ¿Quién será el siguiente? Se pregunta si alguien se equivocará y la felicitará sinceramente.

Luego llegarán las pastas y los cafés. La víspera, visualizó el desarrollo de la ceremonia y ahora está aquí, en carne y hueso. La noche de insomnio y el calor insólito en este mes de septiembre la llenan de confusión.

Responde una y otra vez:

—No se preocupe, todo irá bien.

Como si tuviera que consolarlos a ellos. Y porque no puede esperar nada más. No cree que se vayan a reunir en el más allá. Hubo un tiempo de Henri y Maguy. Ahora solo queda Maguy.

Se ha negado a celebrar la recepción en el salón municipal, junto a la iglesia. Prefiere las habitaciones de su casa acomodada, rodeada de sus muebles y sus

cachorros. Una referencia en medio de un mundo sobre el que ha perdido el control. La mirada de los demás la redefine. Ahora vive en tonos sepia. Voces apagadas se mezclan en su cabeza: «Tendría que llorar», «Siéntate», «Tome algo», «¿Quieres un té, una aspirina, un calmante?».

Repite las únicas palabras que tiene a su disposición.

—No se preocupe, todo irá bien.

En el umbral, Frédéric la besa en la frente, como siempre vio hacer a su padre. Ludovic se abraza a su falda y murmura:

—Te quiero, abuela.

Ya se han ido todos y su salón le parece inmenso. Todo irá bien. Va a doblar el cabo de Buena Esperanza, cruzar el Atlántico y, si le quedan fuerzas, subir al Everest. Sin duda, Henri habría pensado que se habrían quedado cortos con los canapés de queso.

Tropieza, se apoya en el taquillón, se cae el jarrón con los claveles. Mira los trozos de cristal, el agua que empapa la alfombra y la agonía de las flores le llena los ojos de lágrimas. Henri siempre se ocupaba de cerrar la puerta. Con llave. «Toda prudencia es poca», decía. Se quita los zapatos, la chaqueta del traje de viuda y se deja caer en el sofá de terciopelo, desamparada. Echa de menos a Hélène. Su hermana la habría abrazado y habría acunado su pena. ¿Qué habría pensado de las tres sonatas de Chopin durante el funeral? «Hubiéramos tenido que poner algo de *rock* para que se movieran un poco.» Su hermosa Hélène nunca está demasiado lejos.

Enciende maquinalmente la televisión, siempre emitiendo los mismos concursos con risas y chillidos de los ganadores. «Patético y ridículo», habría comentado su marido. Mira el sillón vacío. Henri siempre se sentaba allí. Dejaba el whisky escocés encima de la mesa y pasaba de un debate político a un programa de economía. Ella se sumergía en un libro. Sin dar voces, pero sin una mirada, sin palabras de amor. Un hombre y una mujer, dos cuerpos y dos almas. Él, tieso como una escritura notarial. Ella, temblando como la llama de una vela que, sin embargo, no se apaga. Ahora ha heredado el mando a distancia, pero no controla los botones. En la pantalla, un

documental japonés sobre la pesca del atún.

Cuando volvía de la notaría, Henri abría silenciosamente la puerta de la casa, colgaba el abrigo y el sombrero en el vestíbulo, sin señalar su presencia, desaparecía en su despacho y no salía hasta que ella anunciaba: «La cena está servida».

El primer día de su vida en común había dictado sus normas: Marguerite era demasiado largo, demasiado floral, y Maguy quedaba mejor con Henri. Su nombre de pila no se volvió a pronunciar, salvo en raras ocasiones y jamás en presencia de su marido. No trabajaría. Única concesión: ayudar en la biblioteca municipal dos veces por semana. Siempre llevaría vestido y se peinaría con moño, como la primera vez que la vio. No tendrían mascotas. Un solo hijo, preferiblemente varón. Y en un tono que no permitía discusión, concluyó: «Sería deseable que nos siguiéramos llamando de usted».

Felizmente, llegó Frédéric. Cuando nació su hijo, Henri había impuesto el nombre de su compositor favorito y, poco antes de cumplir los seis años, lo matriculó en el internado Saint-Roch. Marguerite había llorado mucho, pero se consoló imaginándose a su hijo único más feliz junto a compañeros de su edad. Se alegraba de reencontrarse con él los fines de semana y organizaba meriendas campestres y salidas para montar en poni, intentando que el sábado y el domingo se convirtieran en días memorables. Pasaba el resto de los días junto a Henri. Cada día, su marido compraba *Le Monde* y comentaba las fluctuaciones de los mercados bursátiles entre la sopa y el postre de la cena. Marguerite escuchaba su charloteo con educación, asintiendo de vez en cuando con la cabeza. Y el primer jueves de cada mes, María limpiaba la plata: Henri y Maguy Delorme recibían.

En los primeros años de su matrimonio, Henri se metía en la bañera con espuma hasta el borde. Podía quedarse allí media hora, con los ojos cerrados, el torso asomando entre la espuma y canturreando con una voz casi agradable. No lo hacía en ningún otro sitio. A pocos metros de la puerta

entreabierto, ella esperaba una invitación a entrar. Un día, se atrevió: «Me gusta mucho oírle cantar en la bañera». Desde entonces, echaba el cerrojo. Ella pegaba la oreja a la puerta para seguir escuchando, acechando el torbellino de las posibilidades ignoradas.

Eran una pareja educada, sin sorpresas ni peleas. Solo se permitían algunos gestos: fruncimiento de cejas o mueca de desaprobación. Paciente y discreta, sin mostrar sus estados de ánimo, se había acostumbrado al carácter de su marido. No había conocido a otros hombres y, a falta de consignas maternas sobre la forma de hacerle feliz, su existencia se consumía sin necesidad de manual. Sus noches eran tan dignas e impecables como sus días. Sin embargo, ella estaba convencida de que este hombre recto y púdico la amaba a su manera.

Inmóvil, con su bata de franela y sus zapatillas de terciopelo, frente a un pescador japonés que muestra orgulloso el atún que acaba de arponear, Marguerite murmura:

—Tengo setenta y ocho años, ¿qué voy a hacer con mi vida?

Marcel Guedj sale del cine y echa un último vistazo al cartel de la película *El gusto*. No tiene ganas de bajar las escaleras del metro, y mucho menos de volver a casa. Con las manos en los bolsillos, se pasea por los bulevares. Hacía meses que no ponía los pies en una sala oscura, y estos hombres separados desde hace cincuenta años y reunidos de nuevo para volver a tocar música *chaabi* y recordar su juventud le han conmovido, así que sigue deambulando sin rumbo por las calles de París y recordando aquel día de noviembre de 1954 en que abandonó su país.

Su padre lo había visto venir. Los independentistas habían saqueado su explotación agrícola y las cosas no volverían a ser iguales. Tenían que huir antes de que todo empeorase y el cielo se oscureciese para siempre. La familia dejaba atrás una casa cerca del río y las tumbas de los antepasados. Marcel abandonaba a su profesora, a sus compañeros de clase, el campo de fútbol. Le habían ascendido a delantero centro y la semana siguiente jugaría en su nuevo puesto. Habían dejado al perro *Oscar* con una vecina, que había jurado que lo cuidaría y se lo devolvería cuando volvieran. Nadie se lo creía, aunque todos intentaban aparentar que sí.

Un primo hermano que vivía en la metrópoli le había enviado una carta, que el padre había leído a sus hijos con orgullo.

*Querido André:*

*Estaremos encantados de recibirlos a ti, a tu mujer y al pequeño Marcel, que debe de haber crecido mucho. Os he encontrado piso, no está muy lejos de tu futuro trabajo. Sí, has leído bien, te he encontrado una plaza de*

*jardinero en el Ayuntamiento de Vincennes, así que estarás cerca de la tierra que tanto amas. No es mucho, pero, como sueles decir, algún día cambiará el viento. Tengo otra noticia: he encontrado otro piso para tus amigos y su hija Nora, si van a venir con vosotros. Cuando volví a Francia hace diez años y vi grabadas en piedra, en la puerta del ayuntamiento, las palabras «Libertad – Igualdad – Fraternidad», me dije: «No sigas buscando, has llegado al lugar adecuado». Olga está tan contenta como yo de recibirlos. Llámame cuando llegues a Marsella para decirme la hora de tu tren. Tienes que bajarte en la estación de París-Gare de Lyon y nosotros estaremos allí para recibirlos. Feliz travesía. Un abrazo,*

*Tu primo Maurice.*

Robert, el hijo mayor, mecánico de diecinueve años, quería seguir creyendo en una Argelia francesa y había decidido quedarse a cualquier precio. Marcel no había querido abrazarle, había preferido marcharse sin mirar atrás. Dos hermanos zarandeados sin piedad por los acontecimientos.

Habían empaquetado sus cosas a toda prisa, guardado el servicio de té y la olla a presión, apartado los colchones. Los muebles viajarían más tarde. Se habían marchado de noche, dejando ropa tendida para que pensaran que seguían allí. Y por lo demás, *in sha al-lah*.

Sus vecinos, los Ben Soussan, también se habían puesto en camino con su hija Nora. La misma decisión de escapar de la violencia y de protegerse de una situación inquietante. Esta perspectiva aliviaba un poco el corazón herido de Marcel: Nora formaba parte del viaje. Toda la vida la había llevado a la cima de las colinas para intercambiar juramentos ligeros como el viento y mostrarle los caminos sinuosos entre la Osa Mayor y la Cabellera de Berenice. Una infancia bendecida por los dioses.

En el andén número tres nadie habría pensado en un éxodo. Los turistas desembarcaban, el vendedor de naranjas seguía allí, la vida pasaba como si la oleada de atentados de comienzos del mes de mayo nunca hubiera tenido lugar. Solo algunas casas destruidas presagiaban el futuro. André había

tomado una decisión y se atendería a ella. En la primera página de *L'Écho d'Alger* se podía leer: «Marcharse a tiempo». Marcel miraba a su padre como si fuera un héroe. Tenía confianza absoluta en él y le habría seguido al fin del mundo sin hacer preguntas.

A las dieciocho treinta, aquel 29 de noviembre de 1954, el *Sidi Mabrouk* salió del puerto de Argel. Tardaría doce horas en llegar a Marsella. Los pañuelos se agitaban como minúsculos adioses que separarían existencias. Los pasajeros se aferraban a las barandillas con la cara convulsa, conscientes de que no volverían a aquella tierra en la que habían vivido sus cinco generaciones anteriores. Con un nudo en el estómago, miraban atónitos cómo las montañas desaparecían tras las líneas de casas blancas de El Bahdja, la radiante, y cómo su país se iba desvaneciendo. La desesperación por abandonarlo todo y el miedo a lo desconocido se podían leer en sus ojos. El muchacho veía llorar a su padre por primera vez. Los hombres vuelven a ser niños cuando abandonan su patria.

Marcel contemplaba la vía láctea. Ningún cielo se parecería a este. A los doce años, estaba convencido de que estas estrellas eran únicas y nunca más las volvería a ver. Para él, en ese instante, solo contaba una cosa: la mano de Nora en la suya. Dos niños atravesaban un mar inmenso hacia un país del que no sabían nada. Les habían dicho: «Nos vamos a Vincennes, cerca de París, la capital de Francia. Iremos a ver la torre Eiffel, un andamio construido con barras de hierro».

Los padres de Marcel se habían dormido por fin entre tres maletas de cartón y dos bolsos de arpillera. Un poco más allá, al otro lado de la cubierta, se escuchaba un antiguo canto popular. Un acordeón, un banjo, un tamboril, como unos caballos negros al galope, luego el lento y triste trémolo de la flauta, que ascendía como un alma perdida en la niebla, mezclándose con las voces de hombres y mujeres. La música *chaabi* se aferraba a sus tripas, hacía que les diera vueltas la cabeza como en la fiesta del pueblo. Judíos, musulmanes, cristianos, franceses, argelinos, todos unidos. Marcel había cerrado los ojos. Acunado por la melodía, ya no tenía miedo, y se prometió

que la vida sería bella en la pequeña ciudad de Vincennes, porque Nora formaba parte del viaje.

Se aleja de los Grandes Bulevares. Le sienta bien caminar, quiere volver a vivir los movimientos de la cámara que le llevan hacia delante y hacia atrás.

Apretados unos contra otros, rodeados de sus pertrechos, como si fueran un clan de emigrantes, los Guedj y los Ben Soussan formaban un grupo heteróclito delante de la estación. Muros sucios hasta perderse de vista, fachadas estrechas, un geranio anémico olvidado en un alféizar, el cielo uniforme, la lluvia sucia. ¿Era eso la capital de Francia?

Se habían instalado en Vincennes, en el piso provisional que les había buscado el primo Maurice. Hacía muchísimo frío aquel primer invierno, y solo había una estufa de carbón, en la cocina. También servía para calentar el agua de las abluciones nocturnas, porque por la mañana se usaba agua helada. Marcel ya no pertenecía a Argelia, pero no se había integrado en la metrópoli. El patio de recreo de hormigón sustituía al suelo de tierra, los castaños, los naranjos, y la lluvia no dejaba ver el sol. Felizmente, Nora estaba en el mismo colegio que él. Las dos familias se reunían para compartir las albóndigas bien aderezadas, el ritual del té con hierbabuena (plantada a escondidas en un rincón del parque municipal) y la música *chaabi* de virtudes terapéuticas. Sus dos padres tocarían y cantarían hasta el fin de sus días. Marcel y Nora se inventaban colinas en el bosque de Vincennes e intentaban domesticar su nuevo universo jugando al escondite por las callejas del barrio. Ya no subían a lomos de mula, ya no cazaban lagartijas entre las rocas y descubrían la barra de pan y el salchichón. Se convertían en urbanitas.

Estaba a punto de cumplir los quince años cuando la noticia cayó como una bomba. Peor que una tormenta de arena. Nora no había ido a clase aquel día. Cuando volvió a casa, su padre le esperaba en el umbral. Simplemente le dijo: «Han internado de urgencia a la abuela de Nora. Sus padres no tenían elección, así que se han vuelto al pueblo».

Para Marcel la vida se estaba convirtiendo en una sucesión de partidas y llegadas. Sin ella, Vincennes había dejado de tener interés y echaba de menos Argelia más que nunca. En sus noches de insomnio, le obsesionaba constantemente una pregunta: ¿Por qué no se ha despedido de mí? Ese silencio le carcomía el corazón. ¿Y por qué no la había besado nunca?

Una vez más, la vida cotidiana se impuso. Bajo el árbol de Navidad le esperaba una gran caja con un telescopio y, cada noche, observando las estrellas en el cielo de Vincennes, se decía que quizá ella las miraría también desde allí.

Sus padres le habían apuntado en una escuela profesional, en la que había aprobado el bachillerato. Todos sus compañeros de clase habían elegido un oficio, mientras él se perdía en sueños imposibles y chocaba contra las paredes de la vida. Había trabajado un mes en un taller para intentar acercarse a su hermano, pero detestaba el olor a grasa. «¿Qué vamos a hacer contigo?», le preguntaba su padre. Durante las vacaciones, había encontrado un trabajillo para estudiantes en el zoológico de Vincennes. Los animales en el exilio le habían fascinado en el acto y se había presentado como candidato para la plaza de cuidador que se iba a quedar libre. Sus compañeros de trabajo, sin historias ni fantasías, fueron sustituidos por unas amistades insólitas. Conocía cada escama de la pitón de la jaula número treinta y siete, ante la que pasaba cada mañana, la tortuga de agua con la venda en la pata y el tigre de Bengala con sus bigotes, que apuntaban hacia arriba como si se riese. Y se sumergía asombrado en esta jungla en medio de la ciudad, donde reinaba un olor a serrín y cagadas de ratón, buscando la *rara avis* que nadie había visto hasta entonces. Y estaba como en su casa en ese pequeño paraíso.

Siete años transcurrieron entre la suave elegancia de las jirafas y la alegría de los monos. Un día, mezclada con los giros postales y la publicidad de unos nuevos grandes almacenes, llegó una postal procedente de Mouzaia, en Argelia: «Vuelvo. Echo de menos Vincennes, y no solo Vincennes. Nora».

—Hacía mucho tiempo, señora Delorme. Tengo babilla o unos filetes de añojo. ¿Le pongo dos, como siempre? ¿Los corto finos?

—Hoy solo necesito uno, por favor.

—¿Y quiere alguna otra cosa para su marido?

Es tan difícil de decir: difunto, fallecido, muerto. No le gustan estas palabras definitivas y las caras desoladas que provocan en sus interlocutores. El duelo la clava al suelo y no tiene un manual para hacerle frente.

—No, gracias, está de viaje.

Todo el mundo conocía al señor Delorme, notario de Maisons-Laffitte. El carnicero sabrá enseguida que le ha mentido, pero de momento la realidad le resulta muy dura. Quisiera ser transparente; su dolor le pertenece.

Busca en el monedero el dinero que su hijo le ha dado para los gastos corrientes, como hacía Henri. Si quiere hacer una compra más importante, tendrá que pedirle permiso, pues ahora se ocupa él de sus bienes. Y tiene que darle todos los comprobantes. ¿Y si le apetece tomarse un té de jazmín con un pastel de chocolate?

—No se olvide el paquete. Que tenga un buen día.

—Lo mismo digo.

Como una planta privada de su tutor, ahora tendrá que aprender a desenvolverse sin él. Unos pasitos para empezar. Un solo plato en la mesa, una cuchara, un tenedor, un cuchillo, un vaso, una servilleta con su servilletero de plata y sentarse en el comedor grande. Al cabo de una semana, se ha mudado a la cocina. Ha sustituido el pescado de los viernes por almejas con salsa de mantequilla, que a Henri no le gustaban, ha encendido la radio

para romper el silencio, ha picoteado un poco y tirado los restos a la basura. A veces, suelta algunas maldiciones y se asombra de su osadía.

Sin decir una palabra y de acuerdo con un ritual inmutable, Henri llenaba ese lavaplatos que tenía tan poco trabajo. Primero los vasos, luego los dos platos uno tras otro y, al final, los cubiertos, alineados uno por uno. Le prohibía fregar los platos porque el detergente le habría estropeado las manos. Para ella era una prueba de amor.

Ahora se las acaricia con suavidad y se dice que habría podido ponerse los guantes. Es demasiado tarde. Mira la pila de fregar como si allí se detuviera la vida.

¿Cuántas horas le quedaban por desgranar antes de acostarse? Henri nunca había querido instalar contraventanas, ni siquiera cortinas, en la puerta del jardín. Los grandes árboles del fondo dibujan sombras inquietantes. ¿Y si hubiera alguien escondido? ¿Y si alguien llamase a la ventana en plena noche? Un desconocido, con la nariz pegada a la ventana. Con Henri nunca había sentido ese miedo que la invade como los terrores de su infancia. Un día que jugaba al escondite con Hélène y no la había encontrado al cabo de un cuarto de hora, se había sentado a llorar en el suelo, convencida de que la había perdido para siempre. Las penas de la infancia se nos pegan a la piel.

Había pasado de la casa de sus padres a la de su marido. Una vida tibia lejos de las preocupaciones y de las pasiones devoradoras.

¿Y si se funden los plomos?

¿Y si no consigue abrir el tarro de mermelada?

¿Y si se resbala en la bañera?

No ha pensado en mudarse, ni mucho menos en irse a vivir con su hijo. El fin de semana pasado le dijo: «La tía de Carole está en una residencia con personas de su edad. Está menos sola, y nosotros estamos más tranquilos». ¿Qué van a hacer con ella? ¿La dejarán un día en la acera, el día en que pasan del ayuntamiento a recoger los trastos viejos?

Como si leyese en sus pensamientos, Frédéric había añadido: «Mamá, es por su bien».

Ahora se queda al calor de su casa. Ha sacado de la biblioteca las primeras novelas de Françoise Sagan y, una página tras otra, intenta durante unos instantes olvidar la carta del banco: «A partir del 1 de octubre le enviaremos toda la información por vía informática. Tenga la bondad de comunicarnos su dirección de correo electrónico». Se siente perdida en este mundo que avanza mucho más rápido que ella. La semana pasada, el cajero se tragó su tarjeta. Aterrorizada, se puso a aporrear el teclado sin éxito. En la cola, una mujer gritó: «¡Eh, abuela, que tenemos prisa!». ¿A quién puede pedir ayuda? La señora Leonard ya no está en la ventanilla. A Marguerite le gustaba pedirle noticias de Floriane, su nieta, que tiene la misma edad que Ludovic.

No tiene dirección de correo electrónico, solo un bolígrafo y papel. Tiene miedo a los imprevistos, miedo a morir, miedo a vivir sola. Miedo al miedo. A lo largo de toda su infancia, su hermana mayor había llevado la voz cantante. Hélène la intrépida la empujaba a tirarse al agua, a correr hasta quedarse sin aliento, a comer moras y a mancharse la cara de zumo negro. Nunca había necesitado más amigas, se prestaban la ropa, compartían el pan con chocolate, se contaban sus secretos. En la cama de la una o de la otra, con las piernas entrelazadas, leían una y otra vez *Las desgracias de Sofía* o *Mujercitas* y se divertían escenificando las aventuras de sus personajes favoritos. Hélène siempre hacía de chico e interpretaba al primo Paul ante Marguerite, demasiado formal. Años más tarde, soltaban las mismas carcajadas. A Hélène le apasionaba la moda y a veces Marguerite se reunía con ella en París para asistir a un desfile New Look. En 1956, había conseguido entradas para la presentación oficial del bikini en la piscina Molitor. Una tarde las habían invitado al estreno de *Rebelde sin causa*. Marguerite estaba asombrada de ver a todas esas mujeres emocionadas ante el desgaire de James Dean.

Al año siguiente, un martes de diciembre, había sonado el teléfono, despertando a Marguerite y a sus padres a las cuatro de la mañana. Petrificados por ese timbre insistente que desgarraba el silencio, miraban fijamente al aparato, esperando despertar de una pesadilla y poder volver a la

cama. Su padre había descolgado por fin, escupiendo palabras inconexas e impacientes. Las dos mujeres esperaban desconcertadas ante la explosión paterna, que había terminado con la pregunta: «¿Dónde está mi hija?». Siempre recordaría la frialdad irreal con la que les habían anunciado que el coche de Hélène se había salido de la carretera helada para empotrarse contra un árbol. Su madre, más blanca que el camisón, movía la cabeza de izquierda a derecha para negar la evidencia. Marguerite se había quedado muda. Con una calma casi terrorífica, había entrado en la habitación de su hermana y se había escondido bajo el edredón, como cuando iluminaban sus rostros de niñas con una linterna para darse miedo en medio de la noche.

Desde aquel día, la vida había encogido. Sus palabras eran más contenidas; sus sueños, menos grandes. Su padre condenaba todo lo que pudiera parecer alegría. Había perdido a su primogénita, su hija querida. La felicidad se había convertido en un tabú. Bruscamente, habían pasado de cuatro a tres y tenían que aprender a vivir con esta ausencia que ocupaba todo el espacio. Habían pasado los años, pero la herida nunca se había cerrado.

Mira el extraño aparato, regalo de Frédéric, cuyo funcionamiento no comprende. Había insistido: «Solo tienes que apretar aquí para escuchar Radio Bonheur, te sentirás menos sola». Muchas veces suena Line Renaud y otras canciones que le recuerdan a su juventud. Guy Béart canta *Quand les lilas refleuriront* y ella deja caer algunas lágrimas.

Y ahora su mundo ha vuelto a empequeñecer. «Lunes: cementerio. Martes 10 h: gimnasia. Miércoles 14 h: Ludovic. Jueves: nada. Viernes 16 h: gimnasia. Sábado: nada. Domingo: nada». Y una vez al mes, una visita al museo con su tarjeta de la tercera edad. A su edad la esperan más entierros que bailes.

Estaba buscando una sorpresa así desde hacía meses. Marcel había descubierto, hojeando una revista, que habría un concierto de música *chaabi* en el Centro Cultural Argelino del distrito 15. Había aprovechado la ocasión para hablar con el grupo y pedirles que tocaran en su 40.º aniversario de boda. Su hija, Manou, había llegado la primera, luego los amigos del club de Scrabble, los compañeros del zoológico y los del supermercado en el que trabajaba Nora, algunos vecinos, amigos a los que no habían visto desde hacía siglos, primos venidos de lejos que habían llegado la víspera. Los colchones se amontonaban en casa de unos y otros y habían hecho guerras de almohadas, como niños de sesenta años.

Nora llevaba un vestido largo y floreado, comprado en tiempo inmemorial en el mercadillo de Saint-Tropez. «¿No te parece un poco exagerado?», había dicho Marcel. «¿Lo encuentras muy llamativo? —había contestado Nora—. No te olvides de que te has casado con una mujer imprevisible, esta no será la última de tus sorpresas.»

Aquel verano habían ido de discoteca en discoteca, entre nubes de turistas. Nora, tan bella con su vestido de colores vivos, con un vaso de vodka con pomelo en la mano, fumaba cigarrillos muy finos, de papel dorado.

Manou había encontrado diapositivas antiguas que había proyectado sobre la pared blanca: sus padres a los nueve años delante de la escuela del pueblo, sorprendidos dándose un beso en el coche el día de su boda, Marcel jugando al dominó en el Café des Amis, Nora saliendo del mar, deslumbrante de felicidad, los tres en la maternidad, la mudanza desde Vincennes hasta Maisons-Laffitte. «Y para terminar este hermoso día —había dicho—, el

mejor amigo de papá: un cuerpo musculoso y patiocorto, de piel gruesa y plisada de color gris, tres dedos en cada pie, orejas pequeñas y un cuerno: ¡Hector el rinoceronte!» Y con cada foto, los reunidos lanzaban exclamaciones. La felicidad es más ruidosa cuando se puede compartir.

Las parejas bailaban sobre la pista al son de música *chaabi*. Marcel había bailado con su hija y luego había abrazado a su mujer con los ojos cerrados. Estaba en el barco, con la mano de Nora en la suya, ella le sonreía: era la chispa de su vida. Todo el mundo había pedido un discurso. Nora había tomado la palabra. «Hace cuarenta años, el 5 de junio de 1964, di el sí ante el señor alcalde. Si me lo volvieran a preguntar hoy...» Había marcado una pausa, como hacen las actrices en el teatro, el público esperaba el final de la frase.

«Me gusta madrugar; a él, trasnochar. Por la noche se pone las pantuflas y yo me quedo descalza. Le encanta la petanca, y a mí, la natación sincronizada. Prefiero las gachas, y él, el repollo. Cuando yo tengo calor, se pone un jersey de cuello vuelto. Mi plato favorito es la *shakshuka* de pimientos, él prefiere las asaduras de cordero. Antes de que termine de ordenar sus fichas de Scrabble yo ya he encontrado una palabra que cuenta triple. En las noches sin nubes, me engaña con Vega, Electra, Izar, Maia, Sirrah y muchas otras. Sueña con viajar a América para verlas más de cerca, pero yo no hablo inglés. Y sin embargo, desde que abrió la ventana cuando le lanzaba chinitas, estoy enamorada de este hombre y por nada en el mundo lo cambiaría por otro.»

Los aplausos resonaban en el salón municipal de Maisons-Laffitte. Nora había bebido dos copas de champán de un trago, pero las burbujas le daban melancolía y se había ido a descansar al primer piso. En la escalera, se había cruzado con Monique, con quien jugaba al Scrabble desde siempre. Monique enseguida se había dado cuenta de que Nora tenía los ojos llenos de lágrimas y no había tardado en reunirse con ella en el vestíbulo.

—¿Qué te pasa?

Nora había tomado de la mano a su amiga y le había dicho con su voz aguardentosa:

—Me deprime envejecer. No soporto mirarme al espejo. Detesto la seguridad de que tendremos que aferrarnos el uno al otro para sobrevivir a la vejez. Lo amo, por supuesto. Es mi amparo, junto a él me siento protegida, pero ¿cómo haremos para resistir al naufragio que nos acecha?

Monique había sonreído.

—Ya lo verás, lo superaremos. Y nos burlaremos del tiempo.

—¿Y si le ocurre algo?

—No pienses en lo peor. Aprovecha cada instante.

—Tienes razón, vamos a bailar. No le digas nada a Marcel, por favor.

—Puedes contar conmigo, siempre estaré aquí.

Se habían recogido a las tres de la mañana, demasiado emocionados para acostarse. Tras el estruendo de la fiesta, un silencio apacible reinaba en la casa. Marcel había propuesto una última copa en el salón, pero Nora ya había bebido suficiente, así que simplemente se habían sentado en el sofá, en la oscuridad, y habían rememorado la velada.

—Próxima estación, dentro de diez años: bodas de oro. Quizá estemos bastante oxidados.

—¿Y si ese aniversario lo celebrásemos los dos solos?

—¿Y si no esperamos diez años?

—Un viaje en el otro sentido.

—¿Estás hablando de nuestra historia?

—¿Te apetece cruzar el Mediterráneo? Veríamos cómo las costas de Argelia se acercan en lugar de alejarse.

—Hemos tenido suerte —dice ella.

—La suerte la provocaste tú, al volver.

Marcel la mira y ella no aparta la mirada.

—Eres mi primer y mi último amor. Punto final.

Sus pasos la llevan a la calle C, tumba 12.

Siempre empieza limpiando la tumba vecina. Ya nadie va a ver a la «añorada Hermeline, que murió antes de su hora». Barre las hojas, retira el polvo que cubre al enano de jardín y coloca de forma más armoniosa las flores de plástico del jarrón de mármol. Cuando termina, se ocupa de su esposo. Está allí, bajo la imponente lápida de granito, descansando en su féretro de caoba de ocho mil euros, con tratamiento antipolillas. Viene en el folleto. Ya han instalado la losa grabada.

*Henri Delorme*

*1929-2014*

*Marido, padre y notario respetado*

*Administrador de la Sociedad Filarmónica de Maisons-Laffitte*

Se dice que no hubiera estado de más un banco para descansar las piernas. Hace un esfuerzo y se sienta sobre la tumba, a los pies de Henri. Lleva cincuenta años oyendo hablar de la Sociedad Filarmónica. Prisionera de su butaca de terciopelo rojo, con su traje de noche de tafetán, raso o falla de seda, solo pensaba en una cosa cuando miraba hacia el director de orquesta: su almohada. El segundo movimiento, el tercer movimiento, y luego un bis. Años de recitales, Chopin, una y otra vez. Veinticuatro preludios, veintiún nocturnos, diecisiete valsos, cincuenta y ocho mazurcas, cuatro baladas, sonatas y una marcha fúnebre. Había escuchado de todo. Al principio, se excusaba con una jaqueca.

—No entiendo nada —decía.

—Maguy, Chopin no se entiende, solo se respira —había respondido.

Entonces, para evadirse, canturreaba para sus adentros *Una casita en Canadá*, pero cuando el pianista aporreaba las teclas blancas y negras, la imagen de la casita desaparecía entre la niebla y ella volvía a soñar con su almohada.

Se levanta con un gesto de dolor, maldice el reuma, recoge la escoba y la regadera y las guarda en la cesta, junto con el ramo blanco de centro amarillo.

Calle L, tumba 32.

*Suzanne Jacquet - Ernest Jacquet*  
1915-1983    1913-1984

—No hay que desperdiciar las oportunidades, es lo que siempre me dijiste, papá.

Una noche había vuelto sonriendo de la notaría donde trabajaba de pasante.

«Estás invitada a la velada organizada por el trigésimo cumpleaños del hijo del notario. Henri Delorme es un muchacho inteligente, algún día se quedará con la notaría de la plaza Maréchal-de-Lattre. Su padre es el notario más apreciado de la ciudad.»

Todo se había encadenado. Habían encargado a la modista un vestido sobrio de lino azul marino con un cuello Claudine blanco, su madre le había dado instrucciones precisas sobre la forma de comportarse en la mesa, de escuchar sin interrumpir y, al llegar la noche, había domado sus cabellos en un moño muy serio, sujeto con horquillas apretadas que le daban dolor de cabeza. No le habían pedido su opinión. Tenía veintidós años y en 1959 las muchachas aceptaban las decisiones de sus padres.

¿Qué habría ocurrido sin ese patinazo en el hielo? Había soñado con seguir los pasos de Héléne, reunirse con ella en París, apuntarse a un taller de dibujo en una escuela de arte. El choque había sido tan brutal que todo había quedado congelado. Cuando su hermana se salió de la carretera, su vida quedó marcada: una línea recta. No hay que desperdiciar las oportunidades y habría hecho cualquier cosa para borrar el velo de inquietud que cubría el rostro de su madre cada vez que quería salir por la noche.

A pesar de su sensación de ser un peón en una partida de ajedrez, pensó que Henri tenía muy buena pinta con su traje gris y su pañuelo color lila, un color que le gustaba especialmente. Estaba acostumbrado a las reuniones sociales y ella admiró su prestancia.

A él le pareció perfecta. Llevaba con una elegancia natural su vestido de lino con cuello almidonado cerrado y sus zapatos de salón con la trabilla que rodeaba sus tobillos finos. El moño resaltaba el óvalo regular de su rostro y sus grandes ojos grises. Se mantenía recta, reservada, al contrario de algunas descerebradas que se reían demasiado fuerte para llamar la atención del joven.

La invitó a bailar y ella se esmeró para ocultar su torpeza. A él le gustaba dirigir y ella prefería que la llevaran. Los próximos cincuenta y cinco años de su vida estaban sellados. Nunca se quejaba. Su padre había elegido y ella había obedecido. Tras su muerte, seguía representando el papel que le tocaba para honrar su voluntad y porque no conocía otra cosa.

Se agacha, recoge algunas ramitas sobre la losa gris, toma la cesta, camina lentamente y recupera algo de calma.

Calle S, tumba 17.

*Hélène Jacquet*

*1934-1957*

Marguerite deposita el ramo de flores y se da cuenta de que las fechas se están borrando suavemente. En la tumba vecina, lee por milésima vez la placa grabada con la leyenda «El tiempo pasa, los recuerdos permanecen».

Es la única depositaria de sus recuerdos y de sus carcajadas, de la memoria familiar y de la infancia desaparecida. En su vigésimo cumpleaños, su hermana le había hecho un regalo extravagante: ¡un viaje a Roma! No le dirían nada a nadie y ella se había estremecido deliciosamente ante la idea de esa mentira. Hélène había pedido dinero prestado, más adelante lo devolvería. Marguerite iba a visitar la Capilla Sixtina, a pasearse por el Coliseo, tirar monedas en la Fontana di Trevi, pidiendo un deseo. En el coche-cama no

habían dormido nada.

—¿Por qué nunca te he visto coquetear? ¿Sabes cuántos amantes he tenido yo? Una docena —había dicho Hélène.

Esta confesión había dejado fascinada a Marguerite, que había enrojecido, murmurando:

—Me he besado con Louis Leduc en el porche de la iglesia.

—No estoy hablando de besos en el porche, sino de acostarse. Los besos no son doce, son por lo menos cuarenta.

—¡Cuarenta!

En la capital de la *dolce vita*, Marguerite había descubierto otra faceta de su hermana. Conducía la vespa demasiado rápido, bebía chianti y se reía a carcajadas con el camarero de la *trattoria*. Hélène siempre había aparentado tener una vida ordenada de aplicada estudiante de derecho. En realidad, nunca se había matriculado en la universidad y se codeaba con una sociedad desenfundada que vivía a cien por hora, de Montmartre a Saint-Germain-des-Prés, llevando una existencia bohemia y de noches sin mañana. Aterrizaba sin avisar en Maisons-Laffitte, con las maletas llenas de bagatelas locamente inútiles, y Marguerite sentía un amor secreto e infinito por esta hermana mayor siempre tan ausente. Y sin embargo, era Hélène quien la estrechaba entre sus brazos. La pequeña, más reservada, amaba la devoción excesiva que su hermana le demostraba. La necesitaba como el aire.

Aquella noche de diciembre. Marguerite se había convertido en hermana pequeña y mayor. Todas las inquietudes, todas las esperanzas acumuladas y centradas en ella. Con la mitad de alegría.

—Querida Hélène, en la vida las cosas no suelen pasar como las habíamos imaginado. Yo pensaba que estarías a mi lado hasta el final.

Luego se vuelve a la calle C, tumba 12. Mira varias veces a la derecha y a la izquierda y susurra a la estela de Henri:

—No me gusta nada Chopin.

A los setenta y dos años, participaban en los torneos de Niza por primera vez y habían ahorrado billetes y monedas en una caja de zapatos para disfrutar de una habitación con vistas al mar.

En el autocar, Marcel miraba a Nora hablar agitando las manos y la encontraba bella, con su rostro expresivo y sus patas de gallo en las comisuras de sus ojos risueños. La había conocido de niña, pero el peso de los años sobre su silueta no había mellado el amor que sentía por ella. Nora había empezado a canturrear una melodía de su país, Marcel había seguido con el estribillo y un hombre había exclamado: «Siempre que lo oigo me acuerdo de mi abuela». Los otros daban palmadas y sonreían mientras los escuchaban. Conocían la canción y se dejaban acunar por la suave música de esa pareja venida de lejos.

A su llegada, habían subido rápidamente a ver la habitación que había elegido la agencia. A ella le gustaban las sorpresas, él prefería que se ajustara a la imagen del catálogo del hotel. Se habían sentado en la cama para probar el colchón y asegurarse de que recibiría gentilmente sus encuentros nocturnos y su sueño.

Había una contraventana y a Marcel le gustaba abrir las contraventanas al amanecer. Desde la puertaventana podían ver salir el sol, tras el paseo de los Ingleses, con las piedras que viraban del gris al verde bajo los rayos. Perfecta. A veces sentía celos del amor de Nora por el agua transparente y sus deseos de lanzarse agachando la cabeza. Había deshecho las maletas, guardado en el armario el bañador azul y rojo que Nora había comprado para la ocasión.

—Hace un poco de frío para bañarse, mi sirena.

—No hay estaciones para nadar, mi maridito comodón.

Nora se había puesto una bonita blusa bordada y se había burlado de las

bermudas de Marcel sobre las pantorrillas blancas.

A las siete se habían instalado con sus amigos en una terraza frente al mar y, siguiendo los consejos del dueño, habían pedido lubina a la parrilla rellena de hinojo, con un vino blanco afrutado, celebrando así la primavera precoz. Los postres habían tardado en llegar, había caído la noche y las mujeres se habían puesto las rebecas. Habían pedido otra botella y terminado el vino sin prisa, riendo de buena gana al escuchar a Nora contar, una vez más, el torneo en el que había ganado la partida con la palabra *truculencias*. Una hazaña que le había valido tanto puntos como aplausos.

El año anterior, el club de Niza había viajado a Maisons-Laffitte y había ganado de calle, pero esta vez tenían previsto marcharse con la copa. Durante cuatro días, habían jugado una partida por la mañana y dos por la tarde. Y después, una playita nueva o un viaje tierra adentro. Un ritual agradable que se repetiría cada noche. Marcel había tenido un gesto torpe y había volcado el vaso sobre la mesa. Las risas se habían multiplicado. Aquella escapada lejos de casa los volvía deliciosamente ligeros.

Habían vuelto al hotel hacia las once de la noche y habían abierto la puertaventana de par en par para disfrutar del olor del mar. Ella había matado a un mosquito con la guía de Niza y una gota de sangre había dejado una mancha en la pared. Se habían dormido pronto, cansados del viaje en autobús, el vino y la perspectiva del día siguiente. Marcel se había despertado perdido tras una primera noche en un entorno poco habitual. Había soñado que una estrella llevaba el nombre de Nora. Había mirado cómo se levantaba, se vestía y servía el zumo de naranja antes de reunirse con ella en pijama en la terraza para tomar el desayuno. Los panecillos crujientes y la mermelada de limón con cáscara confitada eran la nota definitiva de perfección. A medio camino entre el cielo y el mar, el sol anunciaba un día radiante.

En el estrado, las copas doradas y plateadas esperaban a los ganadores, y unas bolsas sorpresa, a los perdedores. Algunas partidas no habían terminado

todavía. Tras el pupitre, serio, el juez árbitro de este torneo en el que participaban más de cien jugadores, todos ellos aficionados a la palabra más larga, sujetaba el cronómetro en la mano. Instalado en la mesa número 23, Marcel se concentraba con la cabeza entre las manos para encontrar la mejor combinación.

Nora le había susurrado al oído: «He terminado, no juego hasta las dos de la tarde, me voy a bañar». Había esbozado un gesto distraído antes de volver a concentrarse en las fichas con sus letras.

Nora se sentía cómoda con su nuevo bañador. Hubiera preferido un bikini, pero era realista y había decidido que ya no tenía edad para eso. En el otro extremo de la playa, un padre y su hijo jugaban con una cometa. No era temporada y se alegraba de tener el mar solo para ella. El agua estaba fresca, pero agradable, y se había metido con la seguridad de una jovencita. Había decidido saltar desde el espigón, volvería mañana y le haría señales a Marcel, orgullosa de haberse atrevido a llegar tan lejos.

Tras añadir una *s* a *aderezada* para formar una palabra de diez letras, había levantado la cabeza para buscarla con la vista, pero se acordó de que se había ido a nadar. Siempre se alegraba por él, tanto si ganaba como si perdía. Aquella noche, en la cama, comentarían las palabras triples.

Y luego, un hombre de traje gris con un micrófono en la mano había subido al podio de la entrega de premios.

—Si el señor Marcel Guedj está en la sala, tenga la bondad de acercarse a la recepción de su hotel lo antes posible.

Marcel había tardado en reaccionar y luego se había levantado con demasiada brusquedad, tirando el tablero y desparramando por el suelo «aderezadas» y todas las demás palabras. Había recorrido el paseo de los Ingleses hasta el hotel. Al ver los uniformes azul marino en la recepción, comprendió que el viento se había vuelto loco. Un fogonazo. Con la mano en el corazón, se había aferrado al mostrador.

—Lo sentimos mucho, su esposa ha sufrido un accidente.

Una puerta blindada de acero para no escuchar el resto.

—Un paseante ha dado el aviso.

Habían reservado una mesa para cuatro. Aquella noche cenarían como la víspera, beberían, se reirían y se dormirían abrazados. Como dos cucharitas guardadas en el cubertero.

—Un ataque al corazón.

Para sus bodas de oro, en tres meses, volverían a Argelia y había reservado un camarote de primera.

—¿Y está bien?

El miércoles, el autobús daría un rodeo por el pueblo medieval de Entrevaux, encaramado a la montaña; de la mano, pasarían por el puente levadizo, darían la vuelta a la muralla, visitarían la ciudadela y la catedral.

—Era demasiado tarde. Los bomberos no han podido hacer nada.

Marcel había levantado la vista hacia el oficial de policía.

—Quiero verla.

Marguerite se difumina sobre el cielo gris, solo el pelo blanco ilumina su frágil silueta. Le hubiera gustado pasearse con Henri por este barrio que conoce como la palma de su mano. Él iba en coche a todas partes, incluso desde la notaría a la Sociedad Filarmónica, que estaba a tres calles de distancia. Ella sale todos los días a andar, hasta el hipódromo, haga el tiempo que haga. «A tu edad es ridículo, te van a atracar», le dice su hijo una y otra vez. «A tu edad», esa frase no se le cae de la boca. Ella sabe que a los setenta y ocho años su juventud ya está muy lejos. En el autobús le ceden el asiento, pero todavía es capaz de cruzar la calle sin tener que colgarse del brazo de nadie.

Ya no se siente seductora, es una ramita, una pluma, una brizna de polvo que sería fácil barrer con un gesto de la mano. A veces le fallan las rodillas y teme la llegada del momento en que no controle sus movimientos. Entonces reduce la velocidad, para ajustarse a su nuevo papel. Es consciente de que no va a ganar esta carrera, perdida de antemano. Es una ambición inútil y vana, aunque vaya a clases de gimnasia moderada dos veces por semana para luchar contra la rigidez. Desde que no trabaja en la biblioteca como voluntaria, los días se le hacen largos. La llegada del ordenador y la de la joven Chloé, que sube y baja del taburete sin inmutarse, le hicieron tomar conciencia de que había llegado el momento de dejarlo.

No tiene prisa y nadie la espera. Antes de la muerte de Henri, las fuerzas vivas la invitaban a sus recepciones. Se ponía un vestido bonito y las joyas que cada año le regalaban por Navidad, pero entre los canapés y el *adagio* de Albinoni no tenía nada que contar. Digna e impecable, como exigía su marido, solo servía para realzar su éxito, cuando en realidad lo que deseaba era gracilidad y locura apacible, comer tres pasteles de chocolate uno tras

otro, pasearse sin sombrero bajo la lluvia. Piensa en todas las cosas que no ha hecho nunca. Ahora es libre. Pero es demasiado tarde.

Podría pedirle a María que la acompañara en su paseo la próxima vez. Se arrebujaba en el abrigo de paño de lana y sonríe con tristeza al escaparate que refleja la soledad de una anciana que camina por la ciudad. Se acuerda del día que lo compró. Quería que la vendedora lo supiera: «Será el último». Cálido, no muy claro, debía servir para asistir a los entierros de los demás. Se restriega contra la piel del cuello, como una última caricia.

Mañana vendrá su nieto, el rayo de sol de la semana. Plantarán jacintos. Ella aprendió jardinería gracias a la revista *Los pulgares verdes*. A menudo, la derrotan los pulgones y las malas hierbas. Luego harán creps. Lo mancharán todo de harina y la alegría de Ludo con el gorro de cocinero y el delantal demasiado grande invadirá la cocina. Espera que se quede a dormir en la habitación azul. Ella lo arropará antes de que se duerma, le hablará de las flores que pronto se abrirán y verá cómo lo va ganando el sueño en medio de la historia que le cuenta. Para su cumpleaños lo llevará al zoo, es lo que más le gusta.

Le gustan su espontaneidad y su torpeza. No ha heredado la severidad de su padre. Ese hombre demasiado distante que le dice que se acueste a las ocho y que a los setenta y ocho años la fantasía está fuera de lugar. El miércoles pasado, Ludo le preguntó qué la hacía feliz cuando era pequeña. Ella le contó que bailaba en el salón con su hermana. Él quiso hacer lo mismo, ella eligió un disco y revolotearon antes de dejarse caer, agotados, sobre los almohadones del sofá. A ella le hubiera gustado bailar así con una legión de nietos, pero la vida había decidido otra cosa.

Al volver a casa, admira los ranúnculos que bailan en tutús de colores en el jarrón, las flores multicolores que le recuerdan a Line Renaud. Le encantan las canciones de amor, las que hablan de dulzura y de miel, de cielo azul y de océano blanco. Escucha cómo se abren las puertas y se da la vuelta.

—¡Ah, María, ya ha llegado usted! Siéntese, le voy a preparar un café.

—Ya lo hago yo, señora Delorme.

—No se preocupe, necesito hacer algo.

María forma parte del mobiliario, o más bien era la responsable de quitarle el polvo dos veces por semana desde hacía treinta años. Bajita y regordeta, con un grueso flequillo sobre la frente, parece uno de esos Playmobil que Ludovic saca del armario cuando viene a verla.

—¿Cree usted que tendría que tener un perro?

—Deja pelos por todas partes.

—Me haría compañía.

—Hay que dar tiempo al tiempo.

—Estoy cansada de salir de casa sola, de volver sola y de hablar conmigo misma en medio de mis cacharros. Ni siquiera sé hacer punto.

—Se lo repito, señora, hay que dar tiempo al tiempo.

El tiempo. La rutina. La cama gemela vacía. A veces echa de menos la voz de su marido. Ni un carraspeo, ni un ronquido para romper el silencio. Tampoco una segunda taza en la pila de fregar. Ahora puede leer a Françoise Sagan sin esconderse, escuchar a Line Renaud una y otra vez e incluso bailar un poquito sobre la alfombra oriental que está delante de la chimenea. La semana pasada, vació uno de los armarios de Henri: sus trajes y sus corbatas. La próxima vez les tocará a los zapatos. En el pasillo, un perchero medio vacío y una alianza en el índice de su mano derecha son las huellas de su vida pasada.

Los últimos años, Henri había descubierto una pasión por las guerras napoleónicas. Mientras él leía, ella contemplaba las rosas, sentada en el banco, a la luz íntima de la luna. Entre ellos no había guerra, ni tampoco aburrimiento. Había algo permanente que le daba seguridad. Estaría junto a ella hasta el final, con la manta sobre las rodillas, la lámpara encendida, la lupa en la mano, concentrado en *La batalla de Austerlitz*.

Pronto llegaría la Navidad. Un árbol para una sola persona. Su vida ya no tiene sentido.

—María, deje la plata y siéntese conmigo, nos espera el café.

—Sí, señora, y luego me ocuparé de la ropa blanca.

Un ligero silencio se instala entre las dos mujeres, hasta que María lo rompe.

—¿Ha visto todas las catástrofes que salen en la televisión? El huracán en Argentina que ha devastado pueblos enteros es algo horrible.

—Es verdad, no tendría que quejarme. Tengo una casa, un jardín, una tumba reservada en el cementerio, junto a mi marido, no estoy enferma, tengo todos los seguros necesarios, estoy vacunada contra la gripe, tengo un buen médico, dinero, cocino con poca sal, no fumo, no bebo, me acuesto temprano. ¿Qué me podría pasar?

—¡Es magnífico, llegará a los cien años!

—¿Le parece? ¡Qué horror!

Abre maquinalmente las cartas: facturas y entradas para el concierto.

—Tome, María, son para usted, hay dos, podrá ir con una amiga.

—Gracias, señora, es demasiado.

—No es demasiado, diviértase. Si no, las tendré que tirar. El martes que viene, elegirá un vestido en mi armario y una joya. Será la más guapa del público mientras escucha a Chopin.

—Es usted muy amable.

—Puede volverse a casa, la ropa blanca esperará al martes. Adiós, María.

Se agacha para recoger una percha, se frota la cadera con un gesto de dolor. Tendrá que comentárselo al doctor Dubois. Deja la percha en el suelo, ya la recogerá más tarde. La compensación de la soledad es hacer lo que quiere y cuando quiere. Todos esos vestidos, esos trajes de chaqueta, clasificados por colores y por estaciones... ¿Qué importan ahora las estaciones? Desde el marco de plata, Henri la observa. Ella mueve la foto de su hermana, que sonrío con malicia, y la coloca delante de la de su marido, demasiado serio.

Son las cinco, la hora de las dudas, entre dos luces. El día se está acabando, el salón se viste de sombras. ¿Será mejor permanecer en la oscuridad o encender todas las lámparas? Un baño caliente, una tortilla, medio capítulo de su libro, la televisión y mañana vendrá Ludo. Es la hora de la publicidad en

Radio Bonheur: «El martes, de las dos a las cuatro de la tarde, lotería dirigida por el padre Jean-Jacques, a tres euros el cartón, ocho euros los tres, numerosos lotes, pasteles y bebidas calientes. El domingo 22, baile organizado por los veteranos en la sala de reuniones, café, chocolate, bar, entrada gratuita. Jubilado amante de las conversaciones filosóficas, la vida tranquila y los paseos, propone evasión a señora culta, indispensable tener carné de conducir...».

¿Qué haría con un hombre? Ni siquiera ha sido capaz de domesticar a Henri. Y de todas formas, no tiene carné.

No pasa un día sin que recuerde su carrera enloquecida desde el hotel hasta la orilla del mar. Los ojos abiertos y vacíos de Nora, su rostro congelado. Y todos los paseantes que se acercaban para ver la muerte de cerca.

Volvió solo al piso que habían abandonado juntos unos días antes. Pero había cambiado de estado civil.

Se trajo la maleta y el bañador azul y rojo que le había devuelto el empleado de la funeraria en una bolsa de plástico. La maleta se quedó sin abrir. Guardó el bañador con su bolso de mano de rafia en el armario. A la izquierda, en el tercer estante.

Escondió el Scrabble en la biblioteca, detrás de las enciclopedias, y rompió en pedacitos la guía de Niza, como si se deshiciera de un mal embrujo. Primero la página de Entrevaux y luego todas las demás.

Ahora la pila está llena de platos, se amontonan bolsas de basura en la terraza y los álbumes de fotos se quedan abiertos sobre la mesa. Para recuperar el aroma de su melena, utiliza su champú. Varias veces por semana, compra tulipanes a la florista y los coloca en el jarrón azul, el que le gustaba tanto. Se queda allí sentado delante de las flores, esperando el momento en el que se abran. Se levanta, añade unas gotas de agua en el jarrón y se sienta asombrado ante los tulipanes, demasiado hermosos para un hombre solo.

El médico le ha explicado las siete etapas del duelo. La etapa tres, la ira, va y viene con frecuencia. La impotencia también. De forma desordenada e imprevista. Solo hace falta una canción por la radio, tropezar con sus sandalias, con unos granos de arena pegados, y los recuerdos llegan sin ser invitados. Los días peores, las siete etapas entremezcladas bailan locamente

en su cabeza. Se le ha puesto el pelo blanco en una noche, en contraste con sus cejas hirsutas y morenas.

Le hubiera gustado que la enterrasen en Mouzaia, cerca de las colinas donde la vio por primera vez. Nora, la nueva vecina, de piel oscura, con bermudas y camiseta demasiado corta, había tirado unas chinitas contra su ventana. Le había hipnotizado con sus ojos negros brillantes, su color de melocotón maduro y su sonrisa insolente. Allí corrían pendiente abajo y se comían los higos caídos de los árboles.

Su hija no conocía su Argelia y quería poder recogerse ante la tumba de su madre, así que el cementerio de Maisons-Laffitte pareció muy adecuado. No había tenido valor para discutir. Había aceptado, pero con dos condiciones: sería embalsamada y cuando llegara su hora descansaría con su mujer, con sus dos nombres grabados juntos. No había puesto los pies en el cementerio desde el entierro. Solo una vez, para el día de los difuntos, porque Manou había insistido. No había banco para sentarse y había tropezado con una regadera olvidada. Todas esas personas de luto que paseaban por las avenidas le angustiaban. Quería tumbarse cerca de ella, pero debía mantener el tipo ante tanta profusión de tristeza.

No pasaba un día sin que se dijera que tenía que haberla acompañado en lugar de quedarse con los ojos clavados en las palabras «doble tanto».

Se niega a tomar somníferos. No quiere estar anestesiado. Mientras le duela, ella está allí. Cuando se duerme por fin al alba, sueña con sus besos. Al despertar, la realidad insostenible le invade por completo. Ella y él: los hilos entremezclados de una tela preciosa tejida día tras día. Desgarrada con un golpe seco. Imposible de zurcir. Y en ese momento, hunde la cabeza en la almohada que está junto a la suya y busca el olor a miel que ha desaparecido hace tiempo.

—Socorro, Nora, no puedo.

Desde hace un año no hay un solo día en que no vuelva a ver aquella habitación de Niza donde se durmió sin perderse en los brazos de Nora.

En el piso no ha cambiado nada, pero todo es diferente. Lo recorre de punta a punta y se para, como cada vez, ante el calendario que se ha congelado en el 25 de marzo de 2014. El metrónomo ha cambiado de cadencia. Marcel ha sido catapultado hacia otro mundo. Sin alegrías, sin desacuerdos en el menú, sin comidas a tres con Manou. Le da miedo descolgar el teléfono y que sea la amiga de Nora, también viuda, que insiste para invitarle a cenar. Ya no abre el correo. Todos estos mensajes le vuelven loco: «Hay que aceptar la pérdida. El tiempo suaviza la pena, verás que en algún momento volverás a amar la vida. Todo irá bien». No, no irá bien.

Ni un solo día, desde hace un año, sin que se cruce con ella riendo a carcajadas, en un marco antiguo sobre la cómoda del salón.

Pagar facturas, limpiar zapatos, vaciar un cajón lleno de recuerdos. Su hija le pone deberes, como a los alumnos de su clase. Y le avisa sonriendo: «El mes que viene te mando las notas». Pero quiere ser desgraciado a su manera. Ante las asaduras de ternera con verduras que le ha preparado, comienza un diálogo.

—¿Has ido a ver a *Hector*?

—Está envejeciendo.

Manou posa la mano sobre el hombro de su padre. Marcel se sobresalta, ya no está acostumbrado a que le toquen, ni siquiera a que le rocen.

—¿Y si me mudo al cuarto para cuidar de ti? Hay un piso disponible, podría cocinar.

—...

—¿No vas a volver al club de Scrabble?

—No volveré a jugar al Scrabble. ¡El Scrabble la mató!

—En el hogar del jubilado organizan partidas de cartas todos los viernes.

—¿Y qué más? ¿Me vas a mandar a una residencia?

—A mamá no le hubiera gustado verte dar vueltas como un rinoceronte enjaulado.

—Deja a mamá donde está.

Marcel se levanta y mira por la ventana. No es capaz de hablar de Nora. Ni con su hija ni con sus amigos. Con nadie.

—¿Por qué no vienes a hacer soñar a mis alumnos con tus estrellas?

—Ya veremos.

Ella abre el bolso y saca un sobre.

—Para ti. Es un regalo.

—No necesito nada.

—Es una cura termal en Saint-Malo.

—¿Y por qué no me mandas al hospital, ya que estamos? No volveré a pasar las vacaciones en el mar, ya te lo he dicho.

—Piénsatelo un poquito.

Deja el sobre encima de la mesa, se pone el abrigo y se va.

Este es su refugio. Pasea como si Nora fuera a aparecer sonriendo detrás de una calle y preguntarle: «¿Cómo van los antílopes?». Cruza la calle de los reptiles y luego la de las tortugas de tierra. Se amontonan unas sobre otras bajo el sol artificial. Eso es lo que necesita, aunque sin el caparazón. Su paseo siempre termina en el mismo lugar. *Hector*, frente a él, parece congelado en el tiempo.

—¿Lloran los rinocerontes cuando pierden a su compañera?

Es la hora del cierre. Los rezagados salen por la puerta grande, él será el último. Acelera el paso frente al escaparate de la agencia de viajes. Lo habían organizado todo tan bien... El viaje por España en caravana: las alturas de Bilbao, Barcelona en sus brazos, castañuelas y vestido floreado en Sevilla. La

vida guarda sorpresas envenenadas.

Por la calle, la gente está encantada de la vuelta del aire cálido, que tanto echaron de menos durante el invierno. Marcel entra en un bar, pide un café, duda ante el mostrador, pero se acaba sentando en una mesa. Mira sus grandes manos arrugadas, que ya no acarician, que ya no abrazan. Ramas muertas, cubiertas de esas manchas pardas de la edad. Es una realidad ineluctable. Las frota una contra otra para calentarlas. Solo, vegeta. Necesita ser dos, las raíces nacen en el otro.

El camarero trae el café. Bebe algunos sorbos y se da cuenta de que la taza tiembla un poco. La vuelve a dejar en la mesa. Todos estos años futuros sin ella.

Ni un solo día sin un beso a su postal: «Vuelvo. Echo de menos Vincennes, y no solo Vincennes. Nora».

Ni un solo día.

—Una más que llama a su puerta.

—No entiendo qué quiere decir.

—Una viuda, una amputada. El término es un poco fuerte, pero lo digo como lo pienso. Es una amputación. Siete meses después, a veces lloro sola en el sofá, con los brazos caídos, mirando al vacío. ¿Es normal, doctor?

El doctor Dubois. Un hombre seco, con gafas, que se toma el tiempo necesario para escuchar a sus pacientes. Lo conoce desde siempre. Cuando era un médico joven trató la varicela de Frédéric y luego, con el paso de los años, la próstata de Henri, su menopausia y las varices de María. Han envejecido juntos.

—Hay muchas como usted. Una de cada dos me pide una muleta.

—¿Una muleta?

—Usted no la va a necesitar.

—Es verdad, sigo saliendo a andar todos los días.

—No hablo en el sentido literal, algunas mujeres necesitan un ligero antidepresivo.

—¿Es posible salir adelante sin él? ¿Le parece que soy lo bastante fuerte como para resistir a este ciclón? A veces tengo la sensación de ser solo una sombra que va de la ventana al sillón, como en la canción. ¿Le parece que sigo existiendo? Disculpe que le hable tanto de mis sentimientos, doctor, pero a veces tengo tanto miedo de no salir adelante, y no me atrevo a decírselo a mi hijo.

Él la mira sonriente. Hace años que observa cómo saca adelante su papel de mujer de notario, bella, recta y maquillada.

—Ahora tendrá que ocuparse de usted.

—¿De mí?

—¿Y si le recetase una cura termal? En Bagnères-de-Bigorre, en los Pirineos.

Le gusta este nombre casi exótico.

—La cura se llama «Secretos de juventud»: baños de burbujas y masajes, algas y arcilla.

—Me parece un poco antiguo.

—Todo lo contrario, estos años se ha vuelto a poner de moda.

—Gracias doctor, me lo voy a pensar, pero no creo que sea para mí, no soy tan moderna.

—¿Y cómo está Ludovic?

—Está creciendo. A punto de cumplir ocho años. Hablaba de muleta, doctor: él es mi muleta.

Sale de la consulta y una luz cálida inunda la ciudad. Es un sol de abril, como le gustan a ella, pues calienta sus viejos huesos. Por primera vez desde el 23 de septiembre, camina con más ligereza. Quizá la sensación de libertad no venga del suave calor primaveral. ¿Y por qué no improvisar, ya que su marido ya no está para encerrarla como un objeto en una vitrina?

¿Dónde encontrará la energía necesaria para el viaje? Henri se ocupaba de todo. Siempre. Ella no conoce a nadie. Reduce la marcha. Hace falta valor para salir de casa sabiendo que a la vuelta no tendrá nadie a quien contárselo. Tendrá que franquear un obstáculo. Prepara la llamada a su hijo como si fuera un examen. ¿Va a ser siempre una niña pequeña frente a todos los hombres?

Respira hondo y marca su número.

—Hola, cariño. No te imaginas lo que me pasa.

—¿Qué me vas a anunciar?

—Vengo de la consulta del doctor Dubois.

—¿Qué ocurre? ¿Te tiene que ingresar?

—Me ha recetado una cura termal. En Bagnères-de-Bigorre, en los Pirineos.

Frédéric se pregunta si su padre habría aprobado esta cura para su madre; no le gustaba nada el agua mineral.

—¿Y si robaran en casa mientras estás en el fin del mundo?

—Cómo van a robar... Y le voy a pedir a María que se quede aquí a

dormir algunas noches.

—Eso ni hablar. ¡No vas a pagar a María para que duerma en casa! Hace meses que te pido que instales una cámara. Hay una oferta, me voy a ocupar de eso.

—No necesito que me vigilen.

—No sabes quién frecuenta esos sitios. Y si te pones enferma, ¿quién te va a ir a buscar a ochocientos metros de altitud?

—No voy a escalar el Mont Blanc.

—Nunca te ha gustado la montaña.

—Nunca es tarde, y además lo estás mezclando todo, era a tu padre al que no le gustaba la montaña. Le encantaban los castillos del Loira y los hemos visitado treinta y dos años seguidos. Conozco de memoria cada centímetro cuadrado de Plessis-Lèz-Tours, o de Montsoreau.

—¿Y cómo vas a llegar hasta el sitio ese?

Ella contempla los grandes árboles al fondo del jardín.

—¿Te parece que la montaña es peligrosa a mi edad?

—Sí, mamá. Si quieres, Carole y yo te sacaremos a dar un paseo. Te sentará bien y es mucho más razonable.

La conversación no da para más, Marguerite se queda mirando la biblioteca. Poco tiempo después de la muerte de Henri ha dejado a mano *Madame Bovary*. Se lo había regalado Hélène, comentando de paso con una sonrisa los pasajes considerados contrarios a las buenas costumbres y censurados en el momento de la publicación. Marguerite no había entendido lo que la escena del coche de punto —nombres de calles, caballos al galope— podía tener de chocante, pero unas páginas más adelante, turbada, había interrumpido la lectura, de miedo a descubrir algo más. El punto de lectura sigue en el mismo sitio. «Y Emma volvía a León *más ardiente y más ávida.*» El cuerpo adormecido de Marguerite se estremece. Un calor desconocido irradia en su bajo vientre. Duda. Una línea más, porque ahora quiere saber. «Se desnudaba bruscamente, arrancando el delgado cordón del corsé, que siseaba alrededor de sus caderas como una culebra que se desliza.» Cierra de nuevo el libro, con las mejillas ardiendo, los ojos turbios, acaricia la portada, lo coloca

lentamente en su lugar, entre *Napoleón, el héroe absoluto*, y el Código Civil.

A primera hora de la mañana, despierta a su hijo.

—Está decidido, me marcho a Bagnères-de-Bigorre.

—Tú verás. Será por tu cuenta y riesgo.

Cuelga, sube a su habitación, desparrama en desorden su ropa encima de la cama. Tiene la impresión de tener diez años y preparar su primer viaje lejos de casa. Llaman a la puerta. Se había olvidado de que era martes.

—Hola, María, estoy contenta de verla. ¿Qué se llevaría a una cura termal?

—¿Está enferma?

—Parece ser que tengo que pensar más en mí. Me voy a Bagnères-de-Bigorre.

—No lo conozco.

—¿Qué le parece, podría quedarse a dormir en casa mientras estoy allí?

—Pero señora...

—Puede tomárselo como unas vacaciones y podrá disfrutar del jardín.

—Muchas gracias...

—Disculpe, María, tengo que hacer una llamada importante.

—Yo tengo trabajo esperando.

María plancha un camisón de franela de la señora. Piensa en su piso de treinta metros cuadrados. Rosales y hierba verde, es una proposición tentadora.

Excepcionalmente, Marguerite se sirve otra taza de té. Febril, busca el número de teléfono en la agenda.

—Buenos días, doctor, disculpe que le llame tan temprano.

—Está muy madrugadora, es verdad.

—Es para hablar de la cura termal.

—¿Ha cambiado de opinión?

—He estado pensando, pero no tengo ni idea de lo que tendría que preparar. ¿Le parece que tengo que comprarme ropa de deporte? ¿Y por la noche? ¿Tengo que llevar un traje de noche o será más informal? ¿Será un problema que no sepa nadar? Espero que los masajes los den mujeres, he

leído un artículo en una revista que decía...

—Tiene que confiar en usted, señora Delorme, todo irá bien. ¿Cuándo quiere salir?

—Lo antes posible.

Todo está listo: la maleta, el bolso de mano, las medicinas. Marguerite se sienta agotada en la cama. Mañana se comprará una bata en Lili y pedirá hora en la peluquería para un moldeado y una manicura. Quiere estar perfecta para recibir los cuidados que la esperan. Luego irá a la librería a comprarse algo divertido. Le dirá a la vendedora que es para un viaje en tren.

Todo aquello le recuerda los anuncios de prótesis auditivas y pañales para adultos que inundan su buzón desde que cumplió los setenta. Odia el barro y las algas, el gorro de baño obligatorio le da picores, las sandalias ridículas le están grandísimas y casi se ha resbalado en el cuarto de baño, entre la ducha y el lavabo. Hay un silencio opresivo o bien unos ruidos de agua insoportables, burbujeos o salpicaduras. Y en la cesta de fruta, ni siquiera un bombón para alegrarle el día.

Los horarios estrictos le ponen agresivo: es imposible quedarse en la cama, y tampoco tiene tiempo de encender el transistor para enterarse de cómo va el mundo cuando se despierta.

Estos ancianos con sus albornoces blancos, flotando como fantasmas por los pasillos, con un vaso de agua en la mano, le agobian. ¡Secretos de juventud! Setenta y cinco años de media. Y la pregunta clave que todo el mundo hace a todo el mundo es: «¿Cómo ha pasado la noche?». Se cierra el círculo, se han convertido en bebés de sueño caprichoso.

Una anciana con cara de caniche malva le aborda: «Estoy buscando un octogenario platónico, ¿le interesa?». Aparta la mirada con cobardía. Quisiera estar con Nora, en sus colinas o en un rincón del paraíso, si es que existe. Una mañana se le ha empinado. ¿Para quién? ¿Para qué? Ya no tiene nadie a quien acariciar. Es el castigo del castigo. Uno de los miles de daños colaterales derivados de la pérdida de lo esencial.

Hace un rato, un enfermero en prácticas le ha llamado «abuelo». ¡Y por qué no le llama dinosaurio, ya que estamos! Sabe que tiene accesos de vejez, pero no quiere formar parte del club ahora mismo. Huye de las corrientes de aire,

el frío acentúa la artrosis y el miedo a una nueva catástrofe le destempla. Se pone un jersey encima de otro, apila las camisetas por si acaso. Envejecer también es tiritar.

No soporta quedarse encerrado entre esas cuatro paredes, rodeado de rostros que no recuperarán la tersura a pesar de las cremas y los exfoliantes. Hubiera preferido salir a andar, en lugar de ser una oveja entre las ovejas, obligado a beber agua e infusiones de hipérico.

Las nueve: ducha caliente y luego fría. Las diez: baño de burbujas sumergido hasta el cuello. Las once: chorros. Tumbado bocabajo, recibe una lluvia de agua termal caliente sobre la espalda y las piernas, muy adecuada para el insomnio. No quiere tratarse el insomnio. Las doce: «Tiene los hombros tensos. Tiene que relajarse, tiene un nudo. Veo que tiene la piel seca, le aconsejo una leche hidratante». Lo que pasa es que ella tiene las manos ásperas como papel de lija. Sin el más mínimo dulce en toda la mañana, tiene una crisis de hipoglucemia y su moral está cayendo hasta el abismo. Hubiera debido traer galletas de chocolate. Las habría escondido en el armario y se las hubiera comido una tras otra como un niño sin consuelo.

Esta cura ha sido una idea espantosa, pero no ha encontrado argumentos para negarse. Nora se ocupaba de ligar la salsa de su trío. Cuando Manou le dijo que se vendría a vivir al cuarto piso, el pulpo enroscó un tentáculo alrededor de su garganta y estranguló sus palabras. No quiere vivir en pareja con su hija, quiere que vuelva su mujer.

—Hola, soy yo.

—¿Papá?

—No necesito todo este circo.

—No seas infantil. ¿Estás comiendo bien, por lo menos?

—Hoy hemos tenido crema de espárragos en el menú. Cada día una sopa diferente. ¡Ya sabes que no me gusta, y además odio la montaña!

—Nunca te han gustado mis sorpresas. Cuando era pequeña me las encontraba escondidas en el cajón de tu mesa.

—Pero cariño...

—Te quedas en Bagnères-de-Bigorre. Un regalo es un regalo.

—Tiene la habitación 207, en el segundo piso. ¿Ya conoce el establecimiento?

—No, es la primera vez —contesta Marguerite con una sonrisa tímida.

—Ahora estamos tranquilos, y podemos atenderla.

La recepcionista le entrega una tarjeta magnética.

—Esta es su llave.

Marguerite mira perpleja el trocito de plástico blanco.

—No se preocupe, el joven la acompañará.

Hubiera preferido una llave tradicional, pero hay que adaptarse a los tiempos. Ha hecho bien en no escuchar a Frédéric, que la acosa desde hace una semana con recomendaciones variadas. También le han entregado un juego de toallas esponjosas y sandalias antideslizantes, así que no puede pasarle nada malo.

En la habitación, le dan la bienvenida una cesta de fruta, una botella de agua mineral y otra cesta con productos de tocador. Antes de deshacer la maleta, abre la ventana de par en par y respira el aire frío y seco a pleno pulmón. El valle a lo lejos parece el paisaje de un tren de juguete, con las casitas de madera y las vacas en miniatura. Le recuerda su última estancia en la montaña: a los doce años estuvo en una colonia de vacaciones. Marguerite se quita los zapatos y pisa la gruesa moqueta color melocotón, aliviada de andar descalza tras el trayecto interminable. El tren estaba atestado, en estos tiempos los trenes siempre están atestados. En la casa de los señores Delorme nadie usaría unos colores tan vivos. Los muros de la casa se pintaban de beis y cada cinco años recibían una mano de pintura color marfil, versión mate, liso y soporífero. Encuentra la cama demasiado grande para ella y la montaña de cojines, almohadas y almohadones le parece fuera de lugar. Es como si estuviera en el cuento *Blancanieves*.

Es hora de llamar a su hijo. Descuelga el teléfono y toca las teclas una tras otra. No hay tono de marcar. Otra complicación que no comprende. Sale al pasillo y la puerta se cierra de un portazo. Hubiera debido ponerse una rebeca y, por supuesto, la tarjeta se ha quedado dentro de la habitación. Una puerta cerrada en un pasillo vacío: tiene ganas de llorar. Frédéric tenía razón, es una locura haber venido sola a este lugar tan melancólico, asediado por las montañas. Respira hondo, se dirige al ascensor y comunica su desazón a la primera persona que encuentra.

—Hay que introducir la tarjeta, luego sacarla y después abrir la puerta.

La amable sonrisa de esta desconocida es reconfortante.

—Se ha quedado encima de la mesilla.

—Vuelva a la recepción, son encantadores y le darán otra llave, bueno, otro de estos trastos de plástico... ¡Yo tampoco me acostumbro!

Ya no le quedan fuerzas para cenar en el comedor, son demasiadas novedades por hoy. Solo desea una cosa: meterse entre las sábanas almidonadas. Elige la almohada más gruesa para apoyarse en la pared y enciende el interruptor de la mesilla. Todas las luces se apagan o se encienden al mismo tiempo. Renuncia a leer y se queda con los ojos abiertos en la noche oscura de Bagnères-de-Bigorre.

Se despierta con la cabeza del revés, sin comprender por qué hay un montón de almohadones en el suelo. Luego recuerda que los ha ido tirando uno tras otro. El primer masaje empieza a las nueve y no está lista, ni siquiera tendrá tiempo de desayunar. El albornoz blanco que hay en el cuarto de baño no le gusta, prefiere el que se ha comprado en Lili. Envuelta en el terciopelo color lila, se siente casi segura. Se come una galleta que le han dado en el tren y da tres mordiscos a una de las manzanas de la cesta.

En la cabina número doce, una fisio de mejillas regordetas la espera con una sonrisa como la del folleto.

—Buenos días, señora Delorme. Yo me voy a ocupar hoy de usted. Me

llamo Agnès. Espero que la primera noche haya sido agradable.

Marguerite se desviste lentamente, desamparada ante la idea de exponer su cuerpo arrugado ante tanta juventud llena de curvas y vitalidad.

—Vamos a tener que engordarla un poquito.

Bajo el tono un poco brusco, asoma su amabilidad.

—Mi marido no quería que engordase ni un gramo, uso la misma talla que a los dieciocho años.

Sabe que ha adelgazado, se salta las comidas para no tener que sentarse sola a la mesa. Aunque sus piernas todavía aguantan, la piel se ha descolgado aquí y allá, sobre todo bajo los brazos. Y luego están las manos, más arrugadas que una sábana sin planchar.

—Apóyese en mí, la voy a ayudar. Ahora tumbese bocabajo, relájese y deje que me ocupe de usted.

Agnès es discreta, no hace preguntas. Tumbada sobre la camilla, sorprendida de dejarse llevar, Marguerite se abandona confiada a las manos cálidas que la frotan, la palpan, la amasan. Una hora más tarde, se levanta tambaleante, ligera y sin referencias temporales. Por los pasillos, los albornoces se rozan en una extraña armonía acolchada. Y por todas partes la moqueta color melocotón, que amortigua el ruido. La cabeza le da vueltas y se mira los pies. Se ha olvidado las zapatillas en la cabina.

En la sala de descanso, bebe el tercer vaso de agua a pequeños sorbos. Es una regla impuesta desde el primer día: un mínimo de ocho vasos de agua al día. Tiene ganas de hacer pis, pero tiene una cita dentro de cinco minutos para los chorros de agua fría, tonificantes y revitalizantes.

Desde la muerte de Henri, sus noches son agitadas. Se había acostumbrado a sus ronquidos, como otros se acostumbran al tren que pasa a las tres de la mañana bajo su ventana. ¿Cómo lanza el destino sus flechas? ¿Por qué en una pequeña ciudad de los alrededores de París, y no a orillas del lago Lemán o en una calleja de Nápoles? Durante todos estos años de matrimonio nunca se lo había preguntado. Por primera vez, en Bagnères-de-Bigorre, entre las algas y las manos de Agnès, entre los chorros de agua y el masaje con piedras

calientes, se concede tiempo para rebobinar la película de su vida. ¿Ha amado a su marido? Recuerda la fachada de Chambord, tan majestuosa. ¿Por qué nunca le dijo que hubiera preferido cualquier lugar diferente de los castillos del Loira? Siempre se mantuvo digna e impecable. Y sensata, tan sensata. El pudor no explica todos los silencios, pero cada cual hace lo que puede con lo que le toca. Y ella solo ha sido la hija de, la hermana de, la mujer de.

Frente a la gran ventana que da a las montañas, el vértigo la invade ante su vida que va a la deriva. No ha charlado de verdad con nadie desde que llegó. Solo buenos días, gracias, adiós. Quizá sea eso lo que más necesita para seguir adelante. A fin de cuentas, ha sido una buena idea venir, aunque sea difícil, este proyecto le sienta bien. Piensa en Ludovic y en sus escondites de cojines en el sofá, en sus partidas de damas. Cuando vuelva, le hablará de las extrañas piscinas, de las duchas interminables y de las rebanadas de pan de centeno sin mantequilla. Él le contará lo de sus escondites para el recreo.

A las siete de la tarde, tiene cita en el gran salón para la evaluación intermedia. Es una forma curiosa de hablar. La señora menuda de pelo corto con la que se ha cruzado en el ascensor se sienta a su lado.

—Me llamo Paulette, vengo desde hace doce años y siempre me siento feliz aquí. Ya verá cómo hace amigos a medida que vaya viniendo.

El encargado toma la palabra.

—Buenas tardes a todos y gracias por haber elegido nuestra cura Secretos de juventud. Seguro que ya sienten los primeros beneficios del cambio de ritmo y de clima. Un marco agradable, cuidados reconfortantes, una alimentación equilibrada son las condiciones ideales para recuperar la armonía interior.

Los residentes parecen acostumbrados a hablar de sus males sin pudor. Dos ancianos, que parecen perdidos, aferrados a sus andadores, preguntan si alguien los puede acompañar al jardín. Desde el fondo de la sala, una voz grave resuena en la habitación.

—¿Es posible tomar un capuchino en este establecimiento?

—No, señor. Ni cafeína ni alcohol. Están en la montaña con un único

objetivo: su salud. Y les recuerdo las diferentes actividades durante la velada: sofrología en grupo, escuela de la espalda, taller de dietética, una conferencia sobre la prevención de la osteoporosis y otra sobre la gestión de la incontinencia.

Una silla se cae, todo el mundo se da la vuelta, una silueta alta se aleja.

¿Puede matarnos el ridículo? Tumbados en las camillas, los pacientes envueltos en sábanas húmedas y calientes parecen momias. El olor de la arcilla le hace cosquillas en la nariz y Marcel solo piensa en una cosa: un pañuelo. A la derecha, ronca un hombre lleno de michelines. Vuelve la cabeza hacia su vecino de la izquierda.

—¿Sabe usted cuándo nos van a liberar?

—Han dicho treinta minutos.

—¡Treinta minutos! No voy a poder aguantar. Tengo palpitaciones en el cerebro.

—Y a mí me tiembla un párpado.

—Esto es una cárcel. Y este silencio me destroza los nervios en lugar de calmarme.

—Pues piense en otra cosa.

—No puedo, me hormigean los dedos de los pies.

El señor Michelines sigue roncando.

—¿Está usted seguro de que una cura termal es adecuada para usted?

—Ha sido idea de mi hija.

Suena el despertador. Dos hidroterapeutas le liberan y le sugieren una pausa de veinticinco minutos. Hasta el tiempo libre está tasado. Si Nora estuviera allí, sería diferente. Tiene ganas de huir del alicatado blanco impecable. Hay flechas que señalan el camino de la terraza panorámica. Aquí nada está dejado al azar.

El paisaje grandioso le procura, por fin, una sensación de libertad. Siempre necesita mirar a lo lejos para sentirse bien. La mayor parte de los residentes aprovecha los últimos rayos del sol antes de que los absorban los Pirineos. En abril, la hermosa luz está contada y todos intentan disfrutarla. Un grupo de

señores muy tranquilos comentan la última subida al puerto de Aspin. Un hombre que hace mucho que no tiene veinte años se aferra al brazo de una auxiliar. Más lejos, un marido cariñoso extiende una manta sobre las piernas de su mujer.

Junto a una silueta frágil, envuelta en un chal, queda una tumbona libre. Las otras han sido rápidamente ocupadas. Esta señora parece perdida en medio de la lona naranja. Tiene un pelo impecable, es difícil creer que haya pasado el día envuelta en humedad. Con un vaso de agua de manantial en la mano, un libro sobre las rodillas, mira hacia el pueblo encaramado allí a lo lejos.

—¿Está libre?

Marcel se sienta sin esperar una respuesta.

—¿No ha oído un chasquido?

—¿Qué tipo de chasquido? —contesta sin mirar.

—La lona. Todas estas sillas son demasiado pequeñas para mí.

Ella no se inmuta, mirando fijamente el paisaje.

—¿Es la primera vez que viene? —pregunta Marcel—. A mí me regalaron una cura en Saint-Malo, pero la cambié por esta. ¿Y usted?

—Mi médico me ha recetado un cambio de aires. No se equivocaba, el cielo es tan azul...

—A mí me aburre el azul, solo me gustan los cielos estrellados.

—Yo prefiero desde siempre el día a la noche.

Las palabras se van espaciando. A sus espaldas, retazos de conversación puntúan el silencio: «El lunes fuimos de excursión a Lourdes. Me traje dos botellas de agua bendita, para mi hermana».

—Parece que le gusta el sol.

—Mi hijo dice que a mi edad no me conviene.

—Ya no vamos a rejuvenecer, toda la arcilla del mundo no va a servir de nada. ¡Esas vendas son insoportables!

—A mí me ha tocado la sesión de regadera.

—Ayer por la tarde. Una auténtica pesadilla.

—¿Usted cree? Cuando cerré los ojos, una lluvia ligera se escurrió por mis hombros y me relajé inmediatamente.

—Yo estaba en cuclillas, me sentía como una rana sobre una hoja de

nenúfar y luego me cayó una tormenta sobre la cabeza y creí que me querían ahogar en el estanque.

—¡Una rana!

Tapándose la boca con la mano, deja escapar una risita.

—¡Un sapo!

Ríe de nuevo y él se queda sorprendido por esta risa de niña en el cuerpo de una anciana.

—¡Un sapo en chancletas!

—¿Se refiere a las sandalias?

—Esas cosas espantosas de plástico que nos obligan a calzar.

—*Fred Astaire en Cantando bajo la lluvia.*

—Cyd Charisse con un corsé verde esmeralda.

—Sus largas piernas de ranita.

—Hacía tanto tiempo —dice hipando.

—¿De qué? Dígame.

—Que no me reía así.

—Como yo, y me sienta de maravilla.

Marcel recupera el aliento. Ya le gustaría invitar a su vecina a un aperitivo, pero este sitio es demasiado serio para aspirar a eso. A su alrededor, las conversaciones se han apagado. Una bruma ligera sube del valle.

—Mi hija me llama todas las noches para saber si como bien.

—Como mi hijo. Se preocupa por mí. Tiene miedo de que me rompa el cuello del fémur o de que conozca a un desaprensivo.

—¿Tiene usted nietos?

—Desgraciadamente, uno solo, pero es una felicidad. ¿Y usted?

—Veinticinco. Bueno, quiero decir que Manou, mi hija, tiene veinticinco en su clase. Es maestra.

—Me hubiera gustado ser maestra. Mi hijo es notario.

Les anuncian que la terraza se cerrará en un cuarto de hora y que va a empezar la sesión de luminoterapia.

—El tiempo ya no nos pertenece. En este sanatorio lo tienen todo controlado.

—Quizá, pero a mí me viene bien. Perdí a mi marido hace siete meses y

desde entonces voy dando tumbos como una peonza. Necesitaba que me guiaran durante unos días.

Se arrebuja en el chal, alrededor de su cuerpo tan frágil, como si lamentase la confesión de esta soledad reciente. La bella luz que inundaba hace unos instantes la terraza deja paso a un ambiente frío que pronto hará que las montañas se vuelvan inquietantes.

—La sesión de luminoterapia del martes me sentó muy bien. ¿Me acompaña?

Él refunfuña:

—No, no me gusta la luz artificial. Creo que me voy a beber otro zumo de zanahoria con pepino.

—Como prefiera.

Mira cómo se aleja. Su moño apretado, sujetado por multitud de horquillas invisibles, no deja escapar ni un solo mechón.

—¡Ah, eres tú, cariño! ¿Estás bien?

—Estoy muy descontento contigo.

—Hola, lo primero, y podrías preguntarme cómo van mis rodillas. Te lo voy a decir: cada vez mejor.

—Mamá, he pasado por casa. María se ha instalado allí. ¿Sabes que duerme en tu habitación? Incluso llevaba uno de tus vestidos.

—Ya hablaremos.

—No me gusta nada.

—Pero cariño...

—¡Es la asistenta! No pertenece a nuestro mundo y está durmiendo en tus sábanas.

—Creo que empieza a ser hora de abrir nuestro mundo un poquito.

—La montaña no te sienta bien. ¿No estás haciendo nada peligroso? ¿Estaba todo incluido en el precio? ¿No has tenido que pagar ningún suplemento?

—Sí, un suplemento de oxígeno, de visión más abierta. Te dejo, cariño, tengo que prepararme para la cena. Eres muy amable por preocuparte de mi bienestar.

—Sé prudente, ten cuidado de no resbalar. Mañana te llamo a las seis en punto, procura estar junto al teléfono.

En su despacho sombrío, Frédéric se mordisquea nervioso el labio inferior, por el lado izquierdo. Desde que se ha quedado viuda, su madre es incontrolable. Se escapa del marco en el que ha vivido siempre. «Un suplemento de oxígeno.» Podrían ser los primeros síntomas de una demencia ligera. Quizá tendría que hablar con el doctor Dubois. A fin de cuentas, hubiera debido permitir que se llevase un móvil, podría llamarla en cualquier

momento. Sin su marido para guiarla, a su aire, puede hacer cualquier cosa. Un día, entre dos contratos, su padre le dijo: «Amo a tu madre, aunque a veces no muy bien. Es la mujer de un solo hombre: el día que yo falte, será una catástrofe». Quizá debería ir a verla, pero la herencia Duvernois y la hipoteca inversa Chassy de Montrachet le esperan. La vuelta está prevista para el lunes, irá a buscarla a la estación, no es cosa de que ande por ahí de noche. En cuanto a María, la despedirá. Estaba grotesca con el vestido de su madre. Detesta que le sorprendan. Un día, uno solo, intentó cambiar de estilo. Se había sentido ridículo con vaqueros y camisa deportiva delante de sus empleados. Se había vuelto a poner el traje, incluso los fines de semana. Nunca había visto a su padre en mangas de camisa: hasta en vacaciones había que mantener las formas. La fantasía no estaba hecha para él, y a Carole le daba seguridad tener junto a ella a un hombre impecable con su corbata. Su único balón de oxígeno era el *tenis de mesa* del domingo por la mañana con el equipo de Sartrouville. La semana que viene llamará a una empresa especializada para contratar a una señora de compañía. No importa lo que cueste, ayudará a controlar los daños. Es hijo único, solo él puede mantener las cosas en su sitio, como habría querido su padre. Notario de generación en generación. Sí, su padre estaría orgulloso de él.

Marguerite mira por la ventana. Ahora la terraza está desierta. Quedan las tumbonas vacías. Se había instalado junto a ella. Era grande e imponente. Sus cejas negras e hirsutas contrastaban con su melena blanca. Arrugas alrededor de los ojos oscuros, los hombros ligeramente caídos. Había observado que llevaba varios jerséis de lana, unos encima de otros —sus largas manos nudosas colgaban de las mangas, como si se hubieran perdido—, y calcetines de distinto color. Recuerda que había esbozado una sonrisa. Había habido largos silencios con la montaña como único testigo. Ella miraba las copas de los árboles preguntando quién sería el primero en romper este instante frágil, si encontraría las palabras adecuadas o trastabillaría en medio de la frase. Habían hablado del cielo azul, de sus hijos, y los pliegues amargos que enmarcaban la boca del desconocido se habían suavizado. Luego ella se había reído por lo de la rana bajo la ducha. Él se había reído también y había dicho:

«Me sienta de maravilla».

Cierra despacio la cortina, se tumba en la cama y enciende la televisión, donde ponen la emocionante novela *Las hogueras del amor*. ¿Podrá Sharon confiar en Avery?

Siente escalofríos y como una nube en el vientre. ¿Y si se diera un baño caliente? Saca la agenda, busca la letra D, marca el número.

—Buenas noches, doctor.

—Señora Delorme... ¿Ya está de vuelta?

—Sigo en Bagnères-de-Bigorre. Me siento rara... febril. Sí, eso es, febril.

—Estará incubando un catarro. O el cambio de aires. Dos paracetamoles, una buena noche de sueño y mañana estará bien. Pase a verme cuando vuelva. La dejo, tengo pacientes en la sala de espera.

—No sé yo si dos paracetamoles serán suficientes.

Marcel camina por la habitación como un león enjaulado. ¿Cuántos años le quedan? Es más viejo que su padre cuando murió. Ahora es el primero de la fila. ¿Diez años? ¿Quince años? ¿Quince años sentado en el banco frente a *Hector*? Desde la tragedia de Niza, tiene la impresión de haberse quedado sin raíces. Se niega a convertirse en una pieza de museo, viudo e inútil. Se mira las manos como si no formaran parte de su cuerpo, como si lo mejor de sí mismo solo se pudiera expresar a través de ellas.

Toma una uva de la cesta, y otra, y todo el racimo.

El universo se hace más pequeño, pero el corazón, no. Echa de menos la despreocupación y las risas. Echa de menos el vestido de flores de Nora. Echa de menos la impertinencia de Nora.

Recuerda su noche de acampada bajo la lluvia, la tienda agujereada y el rostro sonriente de Nora bajo las gotas.

Recuerda la luz que rebotaba en las casas blancas apiñadas de Argel, hasta dejarle ciego. Y el café de su tío cerca del puerto. Allí observaban a los ancianos jugar interminables partidas de dominó mascando hojas secas y cenizas de madera de higuera liadas como cigarrillos, un vaso de Ricard o de cerveza Beo al alcance de la mano. Coleccionaban los posavasos de cartón y se los cambiaban. Luego los lanzaban al aire y vuelta a empezar.

Le ha quedado en los labios el sabor de la menta fresca y picante, de las mandarinas borrachas de sol, de la *harissa* ardiente y de los pistachos crocantes. Le ha quedado en los oídos el murmullo de la casba, en todos los idiomas del mundo, el canto del jilguero sobre los hombros de un paseante por el jardín de Essai. El aroma cabezón del jazmín llena la habitación.

Desde Bab El Oued hasta Saint-Eugène recorrían el laberinto de las callejas animadas, entre vendedores ambulantes instalados en la acera. Un día subieron al tranvía sin pagar y cuando el revisor les pidió los billetes le dijeron que los habían perdido.

Recuerda los tayines que Nora preparaba bajo la supervisión afectuosa de su tía. A los diez años ya se sabía todos los ingredientes: almendras tostadas, ciruelas pasas, pasas remojadas en agua la víspera, canela, cordero guisado a fuego lento en su bandeja de barro. Delicioso como su infancia. Un plato dulce y especiado, más sabroso día a día, que le duraría toda la vida.

Las alegrías, los dramas, no controlamos nada. Las imágenes chocan unas con otras, lo mejor y lo peor se combinan.

Recuerda su loca carrera hasta el hotel en Niza. ¿Cuántas veces se habrá acordado de aquel día? Cada detalle está impreso al rojo vivo en su memoria. En la mesa de aluminio de la morgue, un cuerpo azul, rígido y frío, ocupaba el lugar de la niña con pantalón corto y la piel color de melocotón maduro, olor a miel y mirada insolente. Un adiós imposible.

Recuerda el día que Nora volvió a Vincennes. Era la misma. Más alta. Más bella. Más redonda. Habían hecho el amor antes de hablarse, sin preámbulos, con los ojos abiertos de par en par. Había entrado en ella como si fuera su casa. Y luego habían recobrado la ternura y habían intercambiado su primer beso. Quisiera estar en la sala de reuniones y escuchar de nuevo su discurso la noche de su 40.º aniversario. Se ha ido para siempre y él se levanta cada mañana y sigue respirando. Sobrevivir a ella no le ha matado.

Ante el lavabo del cuarto de baño, deja correr el agua fría y se moja la cara varias veces.

Mira por la ventana. Las tumbonas vacías se aburren en el crepúsculo. ¿Por qué ha aceptado este regalo? ¿Qué hace en Bagnères-de-Bigorre, encerrado en esta jaula de oro? Hubiera debido elegir la reserva de bisontes en Lozère o el centro de astronomía del Pic du Midi. Este encuentro en la terraza no tiene ningún sentido. Nora estaba allí, tan presente. Sin embargo, los ojos grises de aquella mujer reflejaban la sinceridad. Recta, dulce, frágil, parece un

personaje de novela. Y luego la repentina confianza sobre su soledad. Le había conmovido.

Apoya ligeramente el pulgar sobre su ceja derecha y la alisa lentamente, dos veces, luego la izquierda. Se imagina que está quitando las horquillas que sujetan los mechones blancos, como las plumas de un pájaro con las alas atadas. Entreaire la ventana para mirar una vez más la terraza vacía. Dispersas en la noche, las luces de los pueblecitos centellean como las velas de un pastel de cumpleaños.

Una vez más, el viento se ha vuelto loco, pero no sabe en qué dirección va.

La cena se sirve a las siete y media en punto. Ella siempre se sienta cerca de las columnas, al lado de Paulette, que la aturde con las aventuras de sus sobrinos nietos. ¿Dónde se habrá sentado él?

Abre el armario, mira los vestidos. Demasiado claro, demasiado oscuro, demasiado triste. Lamenta no tener pantalones. Sí, un pantalón y una blusa la rejuvenecerían. Polvos, barra de labios rosa, un trazo de lápiz de ojos y un poco de rímel. A los veinte años tenía las pestañas largas y curvadas. Fue en otra vida. Y la manicura no rejuvenece las manos arrugadas.

¿Tendrá que sentarse a su mesa al llegar o más bien esperar al postre? Probablemente, le pedirá que se siente con él. Enciende la televisión, Sharon y Avery se besan, apaga bruscamente, se bebe un vaso de agua, abre el libro, lo vuelve a cerrar.

Elige unas medias de color ahumado. Se las pone con un gesto de dolor. Duda entre un collar y unos pendientes, se pone el broche de su hermana en la solapa del vestido. Piensa en el beso de Louis Leduc, delante de la iglesia, con las mejillas encendidas, a cien millones de años luz de imaginar que un día trataría de esconder su cuello arrugado. Un beso de azúcar, un caramelo al que se le quita rápidamente el papel. Se acuerda de que le susurró «Te amo» al oído porque su compañera de clase le había dicho que es lo que se hacía al besar a un chico. Su corazón late deprisa, tiene calor, le da vueltas la cabeza y se sienta en la cama, vestida tan solo con las medias ahumadas. ¿Y si bajara así? Saldría en portada en toda la prensa local. Quisiera dejar diez años y algunas arrugas en la segunda planta, solo por esa noche. No hay milagros,

solo una mujer de setenta y ocho años que tiene vértigo y que ve demasiado la televisión. Le ha quedado en la retina la imagen de Line Renaud en *Lido*. Esto no es la escalera del Lido, simplemente el comedor de Bagnères-de-Bigorre. Cada una tiene su entrada en escena, con o sin boa de plumas.

¿Y si todo fuera una inmensa tontería? Camina lentamente por el largo pasillo sobre la gruesa moqueta de color melocotón. Ya no sabe si es para ganar tiempo o para calmarse un poco. Con la mirada barre la sala trescientos sesenta grados. No está. Avanza como una autómatas y se sienta en su sitio. Paulette le habla de Benjamin, que acaba de empezar a dar clases de kárate.

Sin duda, se está tomando tiempo para elegir la camisa. La de cuadros azules o la de rayas verdes. Son las diecinueve y cuarenta y nueve. A y cincuenta y uno habrá llegado.

En el menú de hoy, sopa de verduras, lomos de merluza con puré de judías verdes, macedonia de frutas. Y agua, agua y más agua. No tiene hambre. Si se atreviese, pediría un vodka.

¿Y si no se encuentra bien? Habría que avisar en la recepción. Ha escuchado en la radio que fumar cannabis da valor. Paulette repite puré de judías verdes.

—François ha encontrado una plaza en Luxemburgo como asesor jurídico. Es un puesto importante y le han prometido un ascenso para el año que viene.

Marguerite necesitaría un poco de silencio para recordar lo que pasó en la terraza, el chasquido de la tumbona y la melena blanca. Llegará y dirá que está contento de volver a verla, que ha pensado en ella y que no se atrevía a bajar. Quizá esté agotado de la sesión de balneoterapia y descansa antes de bajar a cenar.

—No le he hablado del hijo de mi otra hermana, el que vive en Argentina. Exporta carne de vacuno a los países anglosajones.

Marguerite recuerda las palabras de Frédéric: «La montaña no te sienta

bien». No se equivoca del todo. Ha permitido que viejos sueños de adolescente remonten a la superficie. Todo esto por un anciano marchito. No tiene ningún sentido. Se levanta, dejando a Paulette con sus sobrinos nietos. Las revistas de sala de espera la han confundido. Las viudas son viudas para siempre. Venga, dos paracetamoles y a la cama.

Espera que el chorro de agua helada de las once de la mañana le vuelva a poner la cabeza en su sitio. El resto del día evitará los lugares en los que podría cruzarse con él, luego llamará a la recepción y pretextará una jaqueca para pedir que le suban un té de hinojo con limón a la habitación. Mirará cómo Sharon y Avery se besan en televisión.

Marcel se ha dormido con el estómago vacío y ha tenido una noche agitada. Se ha despertado con la imagen de este personaje de novela de ojos grises luminosos. Bajará para el desayuno, se sentará en su mesa y retomará la conversación donde la dejaron.

Ella no está en el comedor. Tampoco está delante del bufé. Tropieza con el escalón que baja hacia la terraza.

—Caray con las mujeres, cómo se evaporan —rezonga.

Privado de café por el reglamento, bebe una achicoria y luego otra. En el momento en que está untando una gruesa capa de mermelada de higos de cultivo ecológico sobre una rebanada de pan integral, ella pasa junto a él sin decir nada, con el moño bien estirado, más estricto que nunca, y se instala dos mesas más allá. Junto a él hay un sitio vacío. ¿Por qué no se ha sentado a su lado? No le ha visto, o ha fingido indiferencia para llamar su atención. Tiene la impresión de estar en un patio de recreo para la tercera edad. Reconoce el timbre de su voz.

—No tengo mucha hambre esta mañana, Paulette.

Frente a ella, una señora regordeta, pelirroja y de pelo corto habla para quien quiera escucharla.

—He traído algunas fotos. Mire, el pequeño, a la derecha, es Benjamin, y luego están Camille, Jean-Charles, Adeline y François. Toda la familia de vacaciones en Normandía. ¡Nos lo pasamos estupendamente! Y las ostras, Dios mío, qué ricas. Bueno, yo me voy a servir algo más, tengo muchísima hambre.

Marcel no puede quedarse quieto. ¡Al demonio los convencionalismos! Con un plato y una taza en una mano y el azúcar en la otra, Marcel se levanta y se sienta rápidamente frente a los ojos grises luminosos.

—¿Ha visto el programa de hoy? No hay muchas actividades... Tengo la impresión de ser un rinoceronte en semilibertad... ¿Y si nos vamos? Póngase calzado cómodo, traiga la bufanda y venga, yo me ocupo de todo.

Ella sigue con el tarro de mermelada en la mano, congelada en el instante.

Paulette vuelve y le mira fijamente con una curiosidad hambrienta. Una tortilla de champiñones ocupa todo su plato. A Marcel le horroriza el olor de los huevos por la mañana.

—Nos vemos a las cinco de la tarde en las escaleritas que están delante del hotel. Tengo un Peugeot azul.

—No puedo aceptar.

—¿Y qué la detiene?

Ella mira fijamente el tarro de mermelada.

—¿Se mareaba en coche?

—No, pero apenas nos conocemos.

—Hemos hablado del cielo y de nuestros hijos. ¿No le parece suficiente, señora?

Paulette se atraganta con un champiñón.

—No me llame señora, me llamo Maguy, bueno, Marguerite, como prefiera.

—Prefiero Marguerite, pero, por favor, deje el tarro de mermelada sobre la mesa, no se va a escapar.

—Ni siquiera sé cómo se llama.

—Por desgracia, no tengo un nombre de flor.

—¿Conoce a algún hombre que tenga nombre de flor?

—Narciso —exclama Paulette satisfecha.

Ellos asienten educadamente.

—Me llamo Marcel, y ahora que nos hemos presentado debidamente, ¿acepta mi invitación?

—Déjeme un poco de tiempo.

—Lo que tarde en ir a buscar una rebanada de pan de centeno.

Delante de la tostadora, observa a las dos mujeres sentadas en la mesa. Marguerite mira hacia las montañas a lo lejos, se levanta, se envuelve en el chal, saluda a Paulette con un ligero movimiento de cabeza, sube los escalones que separan el comedor de la terraza.

—A mí no me importaría tener una cita a las cinco de la tarde en las escaleritas delante del hotel —lanza Paulette, con voz de tenor—. ¿Dirá que sí?

Tras cincuenta y cinco años de una vida en la que todas las notas se van alineando como en una partitura de Chopin, se ha sorprendido de escucharse decir «Por qué no». No ha terminado de desayunar, preocupada de ver cómo la confusión se introduce en su trayectoria impecable.

Son las cinco en punto. Zapatos de nobuk, pantalón de dril y, como el otro día, varios jerséis superpuestos. Espera delante de un coche que no se parece a ninguno de los que ha conocido.

Henri solo llevaba trajes de franela gris, impecables, con camisas de popelín blancas planchadas por María.

Paulette espera en el tercer escalón. Contempla las flores de la gran vasija de piedra.

—Si queda sitio, no me importaría acompañarles.

Marguerite balbucea:

—Lo siento, no conduzco yo. Me da un poco de apuro pedirselo a un hombre al que apenas conozco.

—Yo no me fiaría de un desconocido. Sea prudente, los hombres a veces se convierten en depredadores.

Deja a Paulette con sus preocupaciones y se acerca a Marcel.

—Estoy contenta de verla. Hace un tiempo espléndido, tenemos suerte —farfulla.

—Al contrario que la semana pasada —se atreve a decir.

—Déjeme unos minutos, tengo que colocar unas cuantas cosas.

Rezonga mientras coloca una mochila en el maletero y a ella le encanta esta torpe improvisación. Henri nunca la sorprendía. Siente ternura por este

hombre que duda y a pesar de todo se atreve a salirse de los senderos trillados.

—Ahora ya se puede sentar.

Sujeta la puerta y la cierra tras ella. Antes de arrancar, la mira un instante, como para obtener su bendición:

—¿En marcha?

Durante el primer cuarto de hora, un largo silencio, la sensación de estar fugándose como dos adolescentes, de romper una prohibición. ¿Qué diría Frédéric si la viera con un desconocido en un Peugeot azul lleno de abolladuras por una carretera de montaña? Este hombre la intriga y su curiosidad la aterroriza. No se puede negar la evidencia, está seducida. Sus jerséis superpuestos, su torpeza y una carcajada en una terraza.

Ella está sentada muy tiesa, apretando el bolso sobre las rodillas. Él está concentrado en la carretera, tan cerca de ella, con sus manos nudosas al volante. Ella observa cómo se tensan los músculos de su antebrazo cuando cambia de marcha, mientras se hunde en el asiento.

Elige un CD. El acordeón, el banjo y la mandolina se mezclan con las voces graves que llenan el coche.

—Es muy bonito —dice ella.

—La música *chaabi* ayuda a olvidarlo todo. Me sirvió de canción de cuna en mi infancia, en la calle, en la peluquería, en el café. Allí a todo el mundo le encantan estos aires populares. «Allí »es mi país, Argelia.

Un hombre que llega de un lugar misterioso la está llevando a un lugar que solo él conoce, y eso le da vértigo. Tiene la impresión de estar comiendo golosinas a escondidas.

Tras unas curvas interminables, se detiene en un pequeño aparcamiento, le abre la puerta y le ofrece su ayuda. Ella le pone la mano en la muñeca para apoyarse. Su piel es cálida y su vello es suave. Titubea, se apoya en su brazo sólido y se deja guiar por el camino rocoso.

Al término de un sendero señalizado, una vista que deja sin aliento. Un sol blanco que se está poniendo escarlata corona las montañas inmóviles. Las

cimas nevadas, como damas con capelina, ascienden majestuosas por el cielo. En primer plano, como una piedra preciosa engastada, un lago de color zafiro. Su superficie límpida refleja el cielo y las nubes evanescentes. Y, como si les estuviera esperando, un banco de madera, frente al agua. Un mirlo encaramado a un cartel que dice «Prohibido bañarse» los contempla. Todo está tranquilo bajo el cielo de abril.

Nadie le ha ofrecido jamás un momento tan perfecto. Una armonía total, el aire templado, el silencio confortable. Ella no sabía que pudiera existir una felicidad tan sencilla.

Saca de la mochila un termo, dos tazas, orejones y galletitas.

—He conseguido algunos dulces en la cocina. ¿Le sirvo un café?

Ella solo bebe té, y después de las cinco de la tarde, tiene la costumbre de tomar solo infusiones. Si acepta, no se va a poder dormir. De todas formas, esta noche solo tendrá un deseo: recordar.

—Con dos terrones, por favor.

Marcel hurga en el bolso.

—¡Qué tonto! Me he olvidado del azúcar. ¿Leche?

—No, gracias.

Es una buena forma de conocerse, saber cuántos terrones toma el otro con el café, o si prefiere té o infusiones, café fuerte o descafeinado, vacaciones en el mar o en la montaña, en Bretaña o en los Pirineos. Hablan de tonterías y, de una cosa a otra, la conversación se normaliza y se hace más natural.

—¿Puedo sacarle una foto? —pregunta Marcel.

Ella no sabe por qué, pero le gusta escuchar a este hombre hacerle esa pregunta frente a este paisaje idílico.

—Se supone que no estamos de vacaciones, sino que hemos venido a una cura termal.

—¿Únicamente?

Su melena blanca, su cuerpo grande, sus manos nudosas. Ella murmura:

—Quizá, ya ni lo sé.

—El otro día me envolvieron en unos trapos insoportables. Prefiero el aire libre.

—Mi marido y yo íbamos a ver los castillos del Loira.

Un día, Henri había esbozado una sonrisa, con los ojos plisados. «Parece usted feliz.» «Es que me molesta el sol.» Nunca había olvidado esta respuesta.

—Aquí me siento menos encerrada. ¿Conoce el Loira?

—Mi mujer y yo pertenecíamos a un club de Scrabble, así que siempre pasábamos las vacaciones recorriendo Francia...

Una nube en el cielo azul, piensa Marguerite. Paulette tenía razón.

—¿A su esposa no le gustan las curas termales?

—No, no es eso.

—Disculpe.

—Se ahogó hace once meses en Niza.

El mirlo se posa al borde del lago, avanza una pata, como dudando, y echa a volar.

—La vida no siempre sale como la habíamos imaginado —responde ella con dulzura.

—Lo más asombroso es estar aquí, solo con usted en este banco.

Las montañas están ahí en todo su esplendor y se oye una campana en la lejanía.

—Es lo que llaman un concurso de circunstancias.

—El destino... *Mektub*, como decimos en mi país.

—Cae la noche, deberíamos volver.

Abandonan el paisaje que les envuelve con su amable presencia en este instante tan singular. De nuevo, un silencio que no conocen, un silencio menos confortable. Ella ya no quiere que la tome del brazo, quisiera estar en otro lugar, todo esto es demasiado insólito.

—He olvidado la cita telefónica con mi hijo.

—Dígale que tuvo que asistir a una sesión de meditación.

—Para que no me deje sin postre.

—¿Se imagina que la pone de cara a la pared?

Sueltan una carcajada al mismo tiempo y la caricia del aire de nuevo les parece más ligera. La luna está ascendiendo al este por un cielo sembrado de estrellas que se va poniendo azul oscuro. Él susurra.

—«Ya que la noche está destinada al sueño, a la inconsciencia, al

descanso, al olvido de todo, ¿por qué hacerla más encantadora que el día, más dulce que la aurora y el atardecer? ¿A quién está destinado este espectáculo sublime, esta abundancia de poesía que el cielo arroja sobre la tierra?»<sup>1</sup>.

—¿Tanto le gustan los cielos estrellados?

—Me gusta mucho Maupassant y mucho menos los cielos estrellados desde el accidente. Es la primera vez que redescubro este placer. Tengo la impresión de que Orión nos observa.

—¿Orión?

—Está allí, siempre en el mismo lugar, al nordeste de Sirio y a 45 grados de Cástor y Pólux.

Marguerite se sienta en el coche y no puede dejar de pensar que vive solo, como ella.

---

<sup>1</sup> Guy de Maupassant, *Claro de luna*.

Las maletas están en el vestíbulo. Ella irá en el minibús a la estación de Tarbes y, desde allí, el solitario camino de vuelta. Paulette reparte tarjetas de visita con tipografía pasada de moda y promete a todo el mundo que pronto se volverán a ver. La gente asiente sin creérselo. Atenazado solo de pensar en despedirse de Marguerite, Marcel le pregunta:

—¿Qué hará cuando vuelva?

—Haré tortitas con mi nieto. ¿Y usted?

—Me gustaría dar una vuelta por Colliure.

En medio del estruendo general, añade:

—¿Le gustaría acompañarme?

Marguerite se queda aturdida, se quita una horquilla del moño, la vuelve a colocar lentamente, se arrebujá en el abrigo.

—Espero no haberla importunado.

—¿Me podría prestar su teléfono?

Ella saca la agenda del bolso, busca el número y lo marca bruscamente.

—Hola, cariño.

—Mamá, ¿eres tú?

—Ha dejado encendido el altavoz —dice Marcel.

Ella se vuelve hacia él.

—Mi hijo piensa que estas ondas son nefastas para el cerebro.

—¡Mamá! ¿Desde dónde llamas?

—Te llamo desde el móvil de un amigo.

—¿De un amigo?

—Volveré en unos días. Él me llevará a casa.

—No he entendido bien.

—Ya te he dicho que tenías que ir al otorrino, pero no haces caso a tu madre. Estoy con un amigo que me va a llevar unos días a Colliure.

—¿De quién estás hablando?

—Quédate tranquilo, es muy respetable.

—¿Y te vas sola con él? ¿Estás segura de que es respetable? ¿Qué coche tiene?

—Es azul.

—¿Cómo que azul? ¿Y qué le digo a Ludovic? ¡No te olvides de que eres su abuela!

—Tienes razón, cariño, tendría que estar haciendo mermelada y tejiendo una bufanda para Navidad. Dale un beso de mi parte y pregúntale a María si se puede quedar hasta el miércoles.

—Yo me ocupo de María. No te olvides de ponerte el cinturón de seguridad.

Marguerite sonríe, por un momento le pareció haber oído «cinturón de castidad».

Parece un elemento difícil de manejar, piensa Marcel. Manou se ha contentado con decir: «Por la voz, pareces en forma, sé bueno, cuídate y no te olvides de comer bien». Salen precipitadamente. Paulette ha interrumpido sus despedidas para mirarlos alejarse, pensativa. En ese momento, ponen en la radio un programa sobre el comandante Cousteau que parece muy adecuado.

Marcel no deja al recepcionista del hotel, cercano al puerto, tiempo para preguntar.

—Quisiéramos dos habitaciones.

Marguerite mira la planta que está sobre el mostrador y él balbucea:

—Es más razonable.

Pronto bajan al vestíbulo y, como todas las parejas del mundo que llegan a un lugar desconocido, buscan la oficina de turismo. Pronto abandonan el plano y el itinerario recomendado, pues prefieren perderse por las callejas y descubrir por azar las galerías de pintura, las guaridas de los escultores y los sótanos ocultos de los ceramistas.

Se detienen en una envasadora de anchoas y admiran la pericia de las obreras que van colocando artesanalmente los pececillos azules.

—Suelo llevarle a mi hijo una reproducción enmarcada de Azay-le-

Rideau, una guía de Chenonceau o una medalla de Blois, pero esta vez le llevaré pasta de aceitunas y anchoas en aceite.

En el momento de pagar, Marcel entrevé en la cartera de Marguerite la foto de un señor mayor serio con corbata.

Terminan el paseo cerca del faro, en la punta de la escollera. Al anochecer las colinas se iluminan con una luz ocre y rojiza. Como una postal, pero más bonito.

—Debo confesarle algo. Es la primera vez que miro el mar en compañía de un hombre.

Marcel se quita las gafas con un movimiento brusco y allí en la escollera decide contarle la partida de Scrabble y el drama en la playa de Niza.

Marguerite posa su mano sobre la suya.

—Lo siento muchísimo.

—No, soy yo quien lo siente. Siempre vamos dejando el momento de contar estas cosas para más tarde y no deberíamos.

La manita arrugada y la gran mano nudosa permanecen unidas un instante.

El dueño del hotel les ha aconsejado un restaurante de especialidades catalanas en el pueblo. Se alejarán del mar, lo que tampoco está mal.

—¿Qué le apetece?

—Ya no estoy muy segura de lo que me gusta.

En la mesa vecina, un plato de sardinas. Marcel se acuerda... Habían salido de excursión con su profesor de biología para pescar en el Mediterráneo. Mientras sacaba el anzuelo de uno de los peces, Nora había gritado: «¿Cómo puedes hacer eso? ¿No ves que está vivo?». Y había devuelto al agua cada uno de los peces que había pescado. Marcel no había dicho nada y por el camino de vuelta le había tomado la mano por primera vez.

Pide gambas a la plancha, almejas, bacalao confitado y una botella de banyuls. Alguna de esas cosas le gustará.

Llena dos vasos y alza el suyo con una sonrisa amplia.

—Brindo por las vendas de arcilla verde.

Marguerite le acompaña intimidada. Se le encienden las mejillas y ella

responde con dulzura:

—Por la vida y sus bonitas sorpresas.

Ella toma un trozo de pan, lo vuelve a dejar sobre la mesa, bebe un sorbo, mira la estampa en blanco y negro de Colliure: paseantes elegantes de principios de siglo, con sombreros de paja o sombrillas en la mano.

—Me gusta el grabado que tiene detrás.

Marcel se da la vuelta.

—Mi matrimonio con Henri no es lo que soñaba en mi juventud.

Al salir del restaurante, Marguerite da un respingo.

—¿Qué ocurre?

—He visto a un colega de mi marido.

Él se estira, aparta sus largos brazos y dice riendo:

—Le serviré de pantalla.

—Le conozco, si me ve con usted, todo Maisons-Laffitte lo sabrá en tres días.

Sus aires de niña pillada en una falta conmueven a Marcel. En ese momento la besa por primera vez. Un martes de abril, en Colliure, a orillas del Mediterráneo.

Boca contra boca, inmóviles, aspirando el aliento uno del otro, en una sola y misma respiración. Suspiran. Es un suspiro de liberación y de abandono.

—Buenos días, señora Delorme.

—Señor Damoiseau...

—No la había reconocido.

— ...

—Que tenga unas buenas vacaciones, señora Delorme, salude a Frédéric de mi parte.

Los tres días pasaron como uno solo. Sentada en su sofá de terciopelo, Marguerite murmura:

—Creo que lo soñé.

Los muros de color marfil, la alfombra oriental, el sillón vacío de Henri parecen estar muy lejos de las tumbonas, el lago y la voz grave de Marcel. La dejó delante de la puerta y simplemente dijo: «Qué curioso que vivamos tan cerca. Me gustaría mucho volver a verla». ¿Amistad o amor? No sabe a qué atenerse. ¿Y si llamara al doctor Dubois? Me he dejado cuidar, las algas estaban deliciosas, un hombre me ha besado. Cierra los ojos para recuperar la sensación de sus manos que se rozan, la delicadeza de su beso. Bajo sus aires de roble centenario asoma una vulnerabilidad que la conmueve.

«No hay que desperdiciar las oportunidades.» Las palabras de su padre vuelven como un bumerán. Si se hubiera subido al minibús habría perdido la oportunidad. Había pedido dos habitaciones. Ante las hojas verdes del ficus sintió alivio y un poquito de decepción. Todo era tan diferente del protocolo y de las fuerzas vivas que le habían sentado tan mal... Y luego estaba su confesión. Las palabras estaban allí desde hacía años y no las había pronunciado nunca, excepto a un desconocido que le daba la mano debajo de un mantel a cuadros azules y blancos y no la quería soltar. A veces la vida era mágica y frágil, y eso tampoco lo sabía.

Se acuerda de su primer beso con Henri. Fue durante el viaje de bodas a Villandry, en el que se había aburrido mortalmente. Salones de gala, tapicerías medievales y, como remate, la reconstrucción de una justa, con armaduras y blasones. Le horrorizaban las imitaciones, la habitación era

amplia, con una vista maravillosa de las avenidas rectilíneas, la línea irreprochable de los rosales, la madreselva perfectamente recortada y los arbustos de boj tallados como esculturas. Todo era perfecto y previsible como él.

Había alineado la raya del pantalón antes de dejarlo doblado sobre la silla y luego había apagado la luz. Bajo la sábana blanca, hicieron el amor, aunque de eso solo llevaba el nombre, a mil leguas de las fantasías que Hélène le había contado durante el viaje a Roma. A mil leguas de Emma Bovary «arrancando el delgado cordón del corsé que siseaba alrededor de sus caderas como una culebra que se desliza». La camarera que les trajo el desayuno había esbozado una sonrisa cómplice dirigida a los recién casados. Henri había permanecido impávido. En los primeros tiempos de su matrimonio, se metía en su cama dos veces al mes. Luego una vez. Luego nada en absoluto, como si hubiera olvidado apuntar en su agenda los deberes conyugales. Lo hacía de manera furtiva, casi culpable, insensible a su aroma o a la suavidad de su piel. Nunca la había vuelto a mirar como la miró en la primera noche. Nunca habían vuelto a bailar. Hasta el pañuelo color lila había desaparecido. Marguerite había comprendido que nunca se reiría a carcajadas con él y se había preguntado si cualquier otra mujer en su lugar habría buscado un amante.

Un sobre en el taquillón de la entrada le llamó la atención. Llevaba su nombre.

*Señora Delorme:*

*Cuando encuentre esta carta, ya no trabajaré para usted. Su hijo me ha pedido que abandone la casa de inmediato. Todo esto me ha trastornado mucho. Después de treinta años de buenos y leales servicios, como se suele decir, no vuelva a contar conmigo. He dejado los vestidos en su sitio en el armario. He hecho jalea de manzanas, están en el estante de la despensa. Me acordaré de usted cuando escuche la segunda sonata de Chopin el miércoles que viene.*

*Suya, María.*

Sujeta la carta con las manos, incrédula, la vuelve a leer, la deja sobre el taquillón, abre la maleta, saca la botella de banyuls, un frasco de anchoas y lanza en voz alta, como si hablase para toda la casa:

—¿Cómo se ha atrevido?

Se sirve un vasito, se lo bebe de golpe y se dispone a beber el segundo. El timbre de la puerta la interrumpe.

¡Es él! La llevará al fin el mundo a descubrir una tierra desconocida, a buscar tribus perdidas en la selva. Llega a tiempo, todavía no ha deshecho la maleta. Echa un vistazo a su imagen en el espejo del vestíbulo y abre la puerta dispuesta a cualquier cosa.

—Me ha traído papá, llega en cinco minutos.

Sin aliento, con las mejillas rojas, Ludovic le da un beso, entra en el salón, se lanza sobre el sofá y, siguiendo su costumbre, se construye un refugio con los cojines.

—Dice que la montaña te ha vuelto un poco loca.

—¿Un poco loca?

—Parece que has hecho tonterías y que ya no tienes edad para eso.

—Mira, Ludo, te voy a contar un secreto. Siempre me hablas de la pequeña Émilie, que va contigo a gimnasia. Pues yo también tengo un amiguito.

—¿Y lo has conocido en clase de gimnasia?

—No, en una tumbona.

—Te brillan los ojos.

—¿Hacemos buñuelos?

Ludovic insiste.

—¿Os habéis besado como los enamorados?

—¿Y tú te has besado con Émilie?

—Tengo miedo de que me diga que no, una vez me dijo que estaba muy gordo porque no era capaz de trepar por la escalera de cuerda.

—No te preocupes, cariño, acabarás subiendo por la escalera de cuerda y besarás a Émilie delante de la puerta.

—Pero no me has contestado: ¿los viejos también se besan?

—Sí.

—¿Y ahora eres vieja de verdad?

Se cierra la puerta de entrada.

—Silencio, las historias de amor serán nuestro secreto.

Ludovic guiña el ojo a su abuela y se esconde tras los cojines. Marguerite se lleva a su hijo a la cocina y le pide que se siente.

—He encontrado una carta de María. ¿Qué ha ocurrido?

—Se creía la dueña de la casa. He aprovechado para instalar una cámara de vigilancia delante de la puerta; aunque te parezca que no tiene utilidad, aumenta el valor de la casa. La semana que viene vendrán a poner la alarma.

—Esta es mi casa y todavía soy capaz de tomar decisiones.

Frédéric se queda atónito.

—Nunca habías hablado así.

—Pues te tendrás que acostumbrar... Tengo setenta y ocho años, no lo olvides.

—Ese es precisamente el problema.

La mirada de Frédéric se posa sobre la mesa.

—¿Ahora bebes vino a las cinco de la tarde?

—Te he traído anchoas, pero no sé si es un buen momento para hablar de regalos.

—Hasta a Carole le parece una insensatez que nos hayas dejado sin noticias. Cuando pienso en todo lo que te habría podido pasar... Cada vez hay más ancianos que desaparecen. Cuatro al día. He visto un reportaje.

—Precisamente, me ha pasado algo.

—¿Son tus rodillas?

—No, no son mis rodillas. Siempre lo entiendes todo al revés. Es el corazón.

—¿Qué pasa con el corazón?

—Que se acelera.

—Si tienes palpitaciones, tienes que pedir cita enseguida con el cardiólogo.

—¿Conoces Colliure? Es un lugar espléndido, y bajo la luz de abril es absolutamente mágico.

—Me importa un bledo Colliure. Tendrías que llamar al doctor Dubois para que te recomiende un especialista competente.

—No necesito ningún médico. Solo necesito bailar bajo la lluvia como

Fred Astaire.

Apoyada en el lavavajillas, se acuerda del muchachito que se arrojaba a sus brazos cuando volvía del internado. ¿Dónde se ha metido?

A Frédéric le gustaría que su padre estuviera allí para ocuparse de esta situación insensata. Pero si estuviera vivo, todo esto no habría pasado nunca.

—Te han lavado el cerebro. Este hombre te está engañando. Se hace pasar por un paciente del balneario para atrapar a las mujeres mayores. Ya verás cómo nos acaba robando la plata. Te prohíbo que te sigas viendo con ese señor.

—Ese señor se llama Marcel, Marcel Guedj.

—¿Guedj?

Frédéric frunce el entrecejo, no es la primera vez que oye ese nombre, pero no consigue acordarse de dónde.

—Y no me infantilices, no tengo quince años.

—Precisamente.

—Es mi vida, y el tiempo que me quede lo utilizaré como me dé la gana. A veces tengo la impresión de haberme perdido lo esencial. Voy a confesarte una cosa, es la primera vez que un hombre me da tanta felicidad.

—Has perdido la cabeza.

—No, la tengo en las nubes.

—Es lo que yo decía.

Frédéric sale de la cocina y unos instantes más tarde oye llorar a Ludovic y después la puerta de entrada. Se queda sola con el banyuls, el vino de las confidencias. ¿Y si hubiera sido un paréntesis encantado, un caramelo de sabor delicioso pero que se deshace demasiado deprisa, un espejismo? Tres días en Colliure destinados a evaporarse.

Ha conocido a este hombre en la otra punta de Francia y viven a pocos kilómetros el uno del otro. ¿Será el destino? *Mektub*, como dicen en su país. Se sirve otro vaso.

—Por el concurso de circunstancias.

Henri posando delante del castillo de Amboise la mira con severidad desde el estante de las latas de té. Marguerite deja la maleta tirada en el vestíbulo, el vaso de banyuls medio vacío, la carta de María sobre el taquillón y marca el número que había apuntado a toda prisa en la caja de la lata de

anchoas. Sale el contestador: «Está usted hablando con la casa de Marcel y Nora. En este momento estamos ausentes».

Deja pasar un silencio, respira y dice con voz temblorosa:

—Quería darle las gracias.

Sabe exactamente dónde está el bolso que Nora se había llevado a Niza. Los ha regalado todos salvo ese y ha prohibido expresamente a su hija que lo toque. Siempre lo deja en el mismo sitio. A la izquierda, en el tercer estante, junto al bañador azul y rojo. Se queda inmóvil un instante, pero cuando vacila como hoy le es imposible resistir la tentación. Abre la puerta del armario, toma el bolso con delicadeza, lo coloca sobre la mesa después de haberlo estrechado, acaricia la rafia con sus grandes manos, abre suavemente el cierre metálico, saca su contenido y lo extiende sobre la mesa. Siempre en el mismo orden. Primero el frasco de perfume. Resiste a la tentación de pulverizar las últimas gotas en su muñeca. La barra de labios. Retira el capuchón, traza una marca color rosa palo sobre su mano. En la página del 9 de junio de la agenda, una cita con el dentista a las cinco de la tarde. No fue porque no había vuelto de su último baño. Una revista de crucigramas sin terminar. Volver a ver su escritura inclinada le conmueve. En el monedero, tres monedas de cincuenta céntimos, dos de veinte céntimos y una entrada de cine de la sesión de las nueve y media. Una foto de colores desvaídos: está soplando las once velitas de su tarta de cumpleaños y junto a ella está él, aplaudiendo. En el bolsillo interior, el carné de identidad y las llaves del piso. Besa la barra de labios y murmura:

—Perdóname.

Enciende la radio para intentar acabar con el pulpo que se aferra a su garganta. Marguerite ha revivido algo, una luz que se abre paso en la oscuridad, su corazón y su cuerpo se despiertan. Piensa en todas esas personas que viven una nueva historia. Pero esta mujer que ha conocido por casualidad no sabe nada de Argelia ni de su pueblo. Nora conocía de memoria cada detalle de su vida. Era un amor de infancia, único, insustituible. La foto desvaída de una tarta de cumpleaños. No deberíamos envejecer. El tópico le abrumba: se ha marchado demasiado pronto. ¿Y si el

destino hubiera invertido los papeles, qué haría ella?

Se pone el abrigo, cierra la puerta de entrada, baja la escalera y camina lo más rápidamente posible hasta la plaza. Se sienta en una mesa cerca de la ventana, al fondo del café, observa los coches en doble fila y las cabezas tensas para ver a los niños. Su reloj marca las cuatro de la tarde. Ahí está. Le conmueve verla rodeada de sus alumnos. Saluda a los padres, abrocha el abrigo de una niña, besa a una compañera. Quizá sea Françoise, ya ha oído hablar de ella. Cruza la calle, reconoce a su padre tras el cristal y entra en el bar.

—¡Cariño! ¿Tienes tiempo de tomar un café?

—No todos los días viene mi padre a buscarme al colegio.

—Siempre he estado ahí.

—Sí, hace treinta y cinco años. Ya no me vas a subir a hombros como si fueras un caballo de tiro.

—Me dabas patadas en los riñones para que fuera más deprisa...

—Hace un año, cuando te necesitaba, no te pedía que me subieras a hombros, sino que me abrazaras.

Manou se quita la chaqueta, coloca la cartera sobre una silla, se sienta frente a su padre y le mira fijamente a los ojos.

—Te regalo un tratamiento termal y desapareces del mapa. Tenía miedo de que te hubiera pasado algo. Ya no eres joven. ¿Permitirás que me preocupe?

A Marcel siempre le impresiona. Las formas generosas, el pelo negro y la voz aguardentosa. Todo le recuerda a Nora.

—¿Dónde has estado estos tres días?

—En Colliure...

—No habías estado en el mar desde...

—Aquello era diferente.

—Tienes suerte, yo no puedo acercarme al Mediterráneo a menos de cincuenta kilómetros. Es más fuerte que yo.

—No la pude salvar.

—Papá, no estabas en la playa.

—Hubiera debido estar con ella, en vez de buscar una palabra de cincuenta puntos.

Manou contempla el rostro arrugado, el pelo encanecido, las venas azuladas de las manos de su padre, a punto de hundirse en la pena que conoce tan bien, pero que nunca ha compartido con él.

—Fue un accidente de la vida.

—Hubiera preferido morir en su lugar. Tú necesitas a tu madre, y sobre todo no me gusta ser el que se queda.

Manou contempla los grandes tilos alineados en la calle y susurra:

—Yo también la echo de menos.

Todos estos silencios entre un padre y su hija. Hace unos meses, durante un ejercicio de dictado, se había puesto a llorar en medio de una frase y había salido corriendo de la clase. Había vuelto farfullando que a veces las cosas se hacían difíciles. No se había atrevido a decir la verdad a sus alumnos, porque esta desaparición la anegaba. Al día siguiente, había encontrado sobre su mesa un dibujo con un gran sol rojo.

—Mamá ha tenido la suerte de marcharse cuando era bella y tenía buena salud. No se ha visto envejecer, debemos quedarnos con esta idea.

Marcel agacha la cabeza.

—No me despedí de ella.

Manou ha escuchado demasiadas veces esta frase, siempre la misma, la única. Da vueltas con la cuchara en la taza vacía. Unas semanas antes del drama de Niza, Nora y ella habían organizado una velada solo de chicas. Sake y confidencias. Cada vez que pasaba delante de *La Maison de Tokyo* apartaba la vista. La palabra *sushi* se había vuelto imposible de pronunciar.

—¿Por qué hemos vivido toda esta tristeza cada uno en su rincón? La primera persona con la que quería hablar nunca estaba. Tenía la impresión de haber perdido también a mi padre.

Él susurra:

—Lo siento mucho, no tenía armas. Yo también estaba devastado. No era cosa de acumular nuestras penas.

—Ya lo sé papá, discúlpame. ¿Quieres comer algo?

Manou sonrío.

—¿Pedimos algo dulce?

Cómo quiere a su hija. No siempre está a la altura de sus necesidades y a veces es un poco torpe, pero su amor es inmenso.

—¿Sigues sin pareja?

Paul, el nuevo profesor de francés, la invitó al cine el miércoles por la tarde. Después de la película dieron un buen paseo, a pesar del viento, y en un primer momento le pareció encantador. Sus padres se dieron el sí hace más de cincuenta años, y desde entonces ni la más mínima sombra. Ella quiere una historia como esa, o nada.

—A veces conozco a alguien, pero no pasa de eso.

—Conoces a alguien...

—Con mamá fue mucho más que eso.

Delante del colegio han dejado de entrar y salir coches, la directora se ha marchado la última y el portero, el señor Mathot, ha cerrado el portón. Ya no quedan niños en la acera. A veces se arrepiente de no haber dado a Nora la felicidad de ser abuela. Disfrutaba tanto comprando regalos para los numerosos nietos de sus amigas...

Marcel rompe nerviosamente terrones por la mitad, sin echar azúcar al café, y, para llamar la atención, golpea la taza con la cucharilla.

—Parece que vas a lanzar un discurso.

—No es un discurso, pero tengo que decirte algo.

Manou está sorprendida por el tono solemne y lleno de seguridad. En el último año no le ha oído hablar así. Imagen congelada de un padre y una hija. En las otras mesas, hablan del menú de la cena y rellenan boletos de la bonoloto, esperando que sus vidas cambien y puedan empezar de cero.

Él la mira fijamente a los ojos.

—No estaba solo en Colliure. He conocido a alguien en la terraza de Bagnères-de-Bigorre. Un concurso de circunstancias, es lo que ella dice.

Manou hurga nerviosa en el bolso, saca un paquete de cigarrillos arrugado y sale a la calle a fumarse uno. Luego otro. ¿Estará temblando por el frío?

Un cristal separa al padre y a la hija. La confesión se quedó aquí. No eran ni el momento ni el lugar de confesarle todo. Mete en el azucarero los terrones desparramados sobre la mesa.

Manou aplasta el cigarro de un pisotón y entra en el café aspirando una última calada.

—Papá, no me digas que te has enamorado de una cuidadora.

—No es lo que piensas, es una señora de mi edad. Se llama Marguerite.

En la enorme televisión de la pared va a empezar una carrera. Es una quintuple, femenina. Esta tarde, en el hipódromo de Vincennes solo correrán yeguas. Estas señoritas se enfrentarán durante dos mil quinientos metros, la distancia favorita de *Belle de Mai*.

Marcel paga las consumiciones y se van a pasear por las calles de Maisons-Laffitte. Ella le coge por el brazo. Las lágrimas congeladas desde hace once meses caen suavemente sobre las mejillas arrugadas de Marcel.

Al llegar a la casa, ven en la acera un pekinés con un enorme lazo en la cabeza, idéntico del de su ama, y sueltan una carcajada, como cuando Manou era pequeña y veían pasar la vida desde el balcón.

—Mi querida Hélène, ha sido un milagro. Nunca hubiera pensado que me podía pasar una cosa así. Se llama Marcel y lo he conocido en Bagnères-de-Bigorre.

Quita algunas flores muertas de la tumba. Volverá con un ramo de margaritas a la calle S, tumba 17.

—Si supieras, me estrechó en sus grandes brazos y me besó... Me quedé aturdida... Un hombre del sur. Escucha música venida de lejos y habla de tú a las estrellas. Me pregunto cómo terminará esta historia. ¿Qué pensará de mi cuerpo de anciana aislada en el invierno desde hace tanto tiempo? ¿Crees que después de tantos años de castidad te vuelves virgen de nuevo? No sé adónde voy, querida, pero tengo que confesarte una cosa: estoy bien.

Hoy no va a visitar a Henri y a su padre. Se cruza con el guarda por una calle vecina. Está barriendo alrededor de las tumbas, con cuidado de no dejar ni una hoja.

—Calle L, tumba 32, no olvide renovar la concesión de sus padres, caduca en diciembre y después ya podrá olvidarse durante treinta años.

Ni siquiera la ha mirado. Dentro de treinta años estará bajo tierra. La vida hay que vivirla ahora. Decide ir a la peluquería sin pedir cita.

—Tiene suerte, señora Delorme, justamente me ha quedado un turno libre. ¿Como de costumbre? ¿Lavado y permanente?

Marguerite contempla su reflejo en el espejo. ¿Quién es esta mujer con un moño tan severo?

—No, Hubert, hoy cambiamos el menú: hoy me corto el pelo... cortito.

—Pero señora, este moño es su identidad.

—Eso es lo que pasa, que ya no quiero moño.

—¿Está segura?

Ya no le preocupa el qué dirán y las conveniencias, hay cosas más importantes ahora. Todas las burbujas maliciosas, reprimidas por Henri desde hace tantos años, suben por fin a la superficie, liberadas.

Mira cómo le caen los mechones en las rodillas, los hay grises y blancos. Levanta la cabeza y descubre un corte cuadrado bien alineado.

—¡Un poco más, Hubert, como Line Renaud!

Con el pelo corto, despeinado como plumas al viento, se siente más ligera. La antigua Marguerite se ha quedado en la peluquería y ha empezado la resistencia contra el poco tiempo que le queda. En la televisión, la semana pasada, vio a Line Renaud con un traje pantalón muy alegre. Quiere uno igual. Lo encontrará en Lili, en la calle principal. Al salir de la tienda, exclama:

—¡María! Qué alegría verla.

—¿Es usted, señora? No la he reconocido.

—Siento muchísimo lo que ha pasado. Es mi hijo, no sé lo que tiene en la cabeza.

—Me apenó enormemente.

—Me gustaría que volviera a casa.

—Me he sentido muy feliz trabajando en su casa, señora, pero me lo he pensado bien, ha llegado el momento de dejarlo. Hace treinta y cinco años que trabajo en esto y las piernas ya no me sostienen. Me voy a casa de mi hija en Portugal, a disfrutar del sol y de mis nietos.

—La echaré de menos, pero tiene razón, María, hay que ser capaz de dar la espalda al pasado. ¿Quedamos para comer? Quisiera darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí.

—Señora, no hace falta.

—Sí, de verdad, será un placer. La invito a comer en La Grande Table el miércoles que viene. Me hablará de su país y yo le contaré un secreto.

Se conocieron a quinientos kilómetros de Maisons-Laffitte. Hubiera podido encontrársela en la esquina de las calles Jean-Mermoz y Lorraine, o en la plaza del mercado. En aquel entonces no se habría fijado en ella. Solo veía a su mujer.

Hoy, por primera vez, vuelve a empujar la puerta del Cosy. Todos los lunes, como un ritual, la iba a buscar al finalizar su turno en el supermercado para tomar una copa aquí. Se contaban el día y luego se iban al cine. La camarera sabe que no es que Nora no haya podido venir, pero no hablarán del tema. No se charla de los desaparecidos como se habla del tiempo.

Hay un anciano sentado solo en un rincón, con la americana torcida, despeinado, con la mirada perdida. No pasa las páginas del periódico que tiene delante. Ayer Marcel se hubiera reconocido en el hombre agobiado por el peso de la tristeza. La elección imposible entre morir y envejecer. Las soledades se cruzan, pero no se suavizan. Pasar de la infancia a la edad adulta es perder una a una las ilusiones. De la edad adulta a la vejez se pierden otras cosas. A veces la cabeza se deteriora con más rapidez que el cuerpo. A veces pasa todo lo contrario.

Hace unos meses, tuvo que abandonar las partidas de dominó con su amigo Georges, que ya no era capaz de distinguir el número de puntos de las fichas desde su operación de cataratas. Ahora, Marcel deja una parte de la compra en el portal y necesita hacer varios viajes para subirla al segundo piso. Ponerse en marcha por la mañana, aflojar las articulaciones, levantarse, lavarse, vestirse, prepararse para comer, todo necesita más tiempo. Hay que aceptar que uno va a menos, tener el valor de aceptar otro ritmo. Y ahora, la

vida le hace un regalo tan inmenso. ¿Por qué a él y no a otro? ¿Será cada nueva historia una traición a la anterior? ¿Le preocupó lo más mínimo que la responsable de los reptiles le susurrara su número de teléfono hace veinticinco años? No. Nunca ha deseado más cuerpo que el de Nora. Solo ha conocido este amor de juventud. Tuvo la suerte de encontrarla. La *baraka*, como dicen en su tierra. Ahora se ha acabado. Su vida de antes ha desaparecido. Sin embargo, es más fuerte que todo, la necesidad de dar, de hundir la cara en el cuello de una mujer, de acariciarla, a pesar de su cuerpo arrugado y cansado que le marca un camino diferente. Acostumbrarse al otro es como subir a una montaña, pero la idea de quedarse solo le parece insuperable. De repente, el tiempo pasa muy deprisa. ¿Cuánta arena quedará en su reloj?

Vuelve a pensar en la terraza de Bagnères-de-Bigorre. Se sentía cómodo, pero no hasta el punto de confesar que no le gustaba el moño. Recuerda su audacia en el desayuno y su torpeza una vez que ella había aceptado la invitación. Hubiera querido encontrar las palabras para que se riera desde el principio de la excursión, pero se quedó de pie, con los brazos caídos, delante del coche. Un joven en su primera cita. Luego Maupassant había salvado la situación. Un día sus padres le habían llevado a la costa normanda. Se había quedado fascinado ante esta gran roca parecida a un elefante que sumergía la trompa en el mar. Había pegado una postal en su cuaderno de vacaciones y a la vuelta el maestro le había leído el pasaje de *Una vida* de Maupassant que describía el pequeño arco de la playa de Étretat. Algunos encuentros te acompañan durante toda tu vida.

¡Qué bien estaba en Colliure! Todo era sencillo. Había algo en Marguerite que le gustaba muchísimo, toda la bondad y la inocencia del mundo emanaban de esta mujer.

Ella se había confiado, se había entregado, la palabra se había liberado. Quizá por eso se habían besado. No importa, no necesitaba comprender el origen de su turbación.

Su primer beso. El segundo primer beso de su larga vida. ¿Es posible amar dos veces? Si la hubiera visto sentada en un banco del parque, ¿habría preguntado si el sitio a su lado estaba libre?

Piensa en el largo trayecto de vuelta en coche. Se había quedado dormida y roncaba suavemente. ¿Podría ser eso la felicidad?

El café se enfriaba. En la envoltura de la chocolatina, una imagen de Venecia.

¿Y si fueran allí? Un pequeño hotel en una calleja al margen de la agitación de la plaza de San Marcos. Conservará la envoltura con amor, la pondrá en un sobre y se la enviará con una nota que diga: «¿Y si nos vamos los dos?».

El anciano sigue sentado delante del periódico. Marcel quiere desearle un buen día, pero se contenta con inclinar ligeramente la cabeza. A menudo nos contentamos con lo mínimo.

Sale a la calle principal y se imagina con Marguerite en la ciudad de los dogos. Necesita algo nuevo. Cualquier cosa. Ahora mismo. Entra en una tienda, elige unos mocasines de cuero marrón y decide llevárselos puestos. Las suelas son cómodas, camina con más ligereza. Nunca se había comprado unos zapatos tan caros, incluso se ha dejado tentar por la crema nutritiva que le ofrecía la vendedora.

A flor de piel en su cuerpo y en su alma, una imagen anodina, casi convencional, le conmueve hasta las lágrimas. Es el anuncio de una marca de perfume con un padre y un hijo mirándose en un velero.

Suenan las doce en el campanario. ¿Y si se preparase una comida rica? Dos alitas de pollo con patatas rehogadas en mantequilla con cebolla. Pero primero dejará un mensaje en el contestador de Manou: «¿Puedo pasar mañana por tu casa? Necesito que me prestes la guía de Venecia».

Sobre el felpudo, un delicioso ramo de margaritas amarillas, con una tarjeta: «*Hector* nos espera a las dos de la tarde. Pasaré a recogerla».

Esta vez no duda antes de llamar.

—¿Cómo sabía que las margaritas eran mis flores favoritas? Será un placer.

—Un placer compartido.

—¿Quién es *Hector*?

—Un anciano muy sabio.

La conversación es breve, hubiera podido alargarla, preguntarle si estaba en su casa, si había dormido bien, si estaba descansado tras el largo viaje. Pero tiene que estar lista a las dos de la tarde y quiere que la sorpresa sea total cuando venga a buscarla para su primera cita oficial. Su nuevo traje pantalón, un jersey turquesa de punto sedoso y un rápido atusado de su pelo corto. Cuando abre la puerta, él guiña los ojos y dice con la voz un poco temblorosa:

—¡Está preciosa!

—¿De verdad?

—Ha rejuvenecido veinte años.

—Mi peluquero es un genio. ¿Dónde me lleva?

—Sígueme.

Cuando llegan al aparcamiento del zoológico de Vincennes, Marguerite reprime una mueca. Nunca le han gustado los animales en cautividad, sus miradas que imploran. Solo viene al zoo una vez al año, para el cumpleaños de Ludovic.

Delante de los tucanes, Marcel le explica que sus compañeros y él tenían costumbre de repartirse el espacio, como las secciones de unos grandes almacenes. Su especialidad eran los grandes mamíferos. Hay un rinoceronte tumbado en el lodo.

—Aquí tiene al anciano sabio. Puede sentarse aquí, verá la asombrosa lentitud con la que se mueve. No diría con elegancia, pero sí con una agilidad sorprendente, a pesar de sus tres toneladas y media.

—¿Es verdad lo que dicen sobre el polvo de virtudes afrodisiacas que se encuentra en su cuerno?

—Desgraciadamente, sí. Los hombres son lo bastante locos como para exterminar a estas obras maestras de la naturaleza. Este vive en una jaula, pero al menos está vivo.

—Así que todas las mañanas, durante cuarenta años, se ha levantado para venir aquí a alimentar a este paquidermo...

—Era una alegría encontrarme con él cada día, entablar una relación con el paso de los años. Y luego la mirada maravillada de los niños y sus gritos de miedo ante esta mandíbula desmesurada. Nunca me cansé.

—Mi padre nos llevaba al circo Bouglione. Tenían un tigre. Una vez pasamos más de cinco minutos mirándonos, yo detrás de una barrera, él detrás de los barrotes. Era una niña, pero tenía la sensación de que me estaba suplicando ayuda. Desde entonces, los animales en cautividad me llenan de tristeza.

—Lo siento muchísimo.

—No se preocupe, me ha encantado conocer a *Hector*.

—A él también. ¿Vamos a tomar algo a la cafetería?

—Ya la conocerá de memoria. ¿Y si vamos a mi casa?

Ella trastea en la cocina y vuelve con una bandeja con algunas magdalenas en una fuente de cristal, dos tazas de porcelana y una tetera de plata. Marcel, de pie en medio del salón, duda, como si se preguntase dónde se tiene que sentar.

—¡Darjeeling! —anuncia, señalando con un gesto sencillo el canapé.

En ese mismo momento, se dice que Frédéric tiene llave y podría llegar sin avisar, pero se fuerza a saborear el instante presente.

—El jardín me ha hecho muy feliz —dice sirviendo una taza de té—. Pero este año los rosales no florecen como de costumbre.

—No tiene que plantarlos tan al norte, así les cuesta mucho desarrollarse.

—Tengo que encontrar sin falta a alguien que me ayude, yo sola no puedo. Y mi marido era incapaz de diferenciar una azalea de un geranio.

Un movimiento torpe y las magdalenas se caen sobre la alfombra oriental. Marcel se disculpa mientras las recoge y se queda un instante inmóvil. Duda en volver a dejarlas en la fuente.

—No se preocupe, ya hemos sido demasiado formales en esta casa.

—¡No es Chambord, pero casi!

Marguerite abre la puertaventana que da a la terraza e invita a Marcel a sentarse junto a ella.

—Decididamente, los bancos nos van bien... En todo caso, yo me siento a gusto junto a usted en mi jardín, como delante de las montañas nevadas.

Él apoya ligeramente el pulgar en la ceja, que alisa con lentitud, dos veces, primero la izquierda y luego la derecha. Este movimiento emociona a Marguerite, despertando en ella una sensación desconocida.

—¿Por qué hace eso?

—Usted me desconcierta. Hace solo dos meses, cruzaba la ciudad mirando fijamente al suelo y ahora me siento revivir. Es gracias a usted.

Henri nunca le ha dicho cosas tan bonitas. En el mejor de los casos, decía: «Tiene buen aspecto esta mañana, Maguy». Marcel rodea los hombros de Marguerite y la estrecha contra él, frente a los rosales plantados mirando al norte.

—Vamos a entrar, tiene frío y hay que fregar los cacharros.

—Dos tazas y una tetera. ¿Los lava usted, yo los seco y los guardo?

—Ahora que somos un equipo, ¿podríamos tutearnos?

Ella guarda el limón en la nevera.

—Esta nevera tan grande es un poco ridícula para mí sola.

—Lo mismo me pasa a mí, tengo una nevera medio vacía.

—¿Conoce a Line Renaud?

Canturrea:

*Toi ma p'tite folie  
Mon p'tit grain de fantaisie...*

Él se levanta, la toma en sus brazos y, entre el fregadero y la mesa en la

que come sola desde hace siete meses, bailan al son de esta canción anticuada que Henri no le permitía cantar.

*Toi qui boul'verses*  
*Toi qui renverses*  
*Tout ce qui était ma vie...*<sup>2</sup>

—No es música *chaabi* —dice ella.

—También es alegre.

No hace tanto tiempo que esperaba al martes y el jueves para hablar con María y ahora está bailando con un hombre, en plena tarde y en su cocina. Tras algunos consejos más sobre los rosales, Marcel volvió a su casa. Marguerite respira más tranquila, Frédéric no se ha presentado sin avisar.

Ya son las diez de la noche cuando suena el teléfono.

—Soy yo. Estaba pensando en tu jardín, es el momento de plantar los narcisos. Conozco un vivero estupendo y las flores crecen en libertad, podríamos ir mañana.

Ella se pregunta cómo decirlo sin tener que tutearlo. Tutear a este hombre le parece demasiado íntimo, es extraño, a pesar de que ya se han besado.

—Mañana no puedo, viene mi nieto toda la tarde.

—Y sin embargo, es una forma estupenda de pasar la tarde con él, viendo los narcisos.

—¿Está seguro de que esto no es una tontería más?

—¿Qué edad tienes?

Ella se ríe.

—La edad de hacer locuras.

—Voy a buscaros a los dos a las tres en punto.

—Estaremos listos. Me reconocerá fácilmente, llevaré a mi nieto de la mano.

Saca la agenda del cajón del secreter y en la página del día siguiente escribe en mayúsculas: «15 HORAS: ¡MARCEL!».

Una carretera campestre ideal lleva hasta el vivero Semillas de ortiga. Ludovic habla de su clase de tenis y Marcel cuenta la copa dorada que ganó en un torneo de baloncesto a los quince años. Marguerite querría que este instante durase para siempre.

En la amplia avenida que lleva hasta el vivero, Marcel invita a Ludovic a sentarse en sus rodillas y tomar el volante. Ni su padre ni su abuelo le han propuesto jamás una aventura semejante. Con las manos a las diez y diez, Ludovic, como un capitán de barco que vuelve a puerto, está al mando. Grita y grita hasta la entrada del aparcamiento, donde Marcel recupera los controles. Ludovic se vuelve hacia su abuela.

—Papá ha dicho que te vas a mudar. ¿Es verdad?

---

[2](#) *Ma p'tite folie*. Intérprete: Line Renaud. Autor-compositor: Bob Merrill. Adaptación francesa: Jacques Plante.

—Papá, ¿puedes venir ahora mismo?

—¿Hay algún problema?

—Acabo de volver del colegio, ni siquiera me he quitado el abrigo, tenemos que hablar enseguida.

Marcel se da prisa, sube corriendo la escalera, ella no le abraza, se sienta en el sillón de terciopelo, sin aliento.

—¿Te suena el nombre de Ludovic?

—Es el nieto de Marguerite. ¿Por qué?

—Es uno de mis alumnos.

—¿Ha pasado algo?

—Nada grave, pero este Ludovic también tiene un papá.

—¿Lo conoces?

—Ahora sí, y muy bien.

—¿Y qué quería?

—Me preguntó si sabía que mi padre se acostaba con su madre.

Marcel se hunde en el sillón.

—Se ha presentado en mi clase. Parecía un paraguas viejo de varillas tiesas, con su traje gris oscuro, su nudo de corbata perfecto y sus zapatos sin una brizna de polvo. Tengo costumbre de tratar a padres nerviosos, pero este podría haberse ganado la medalla de oro. A fuerza de morderse el labio no se le veía la boca. Y yo tenía todavía veinticinco deberes de geografía para corregir. Dice que estás bajo mi responsabilidad. ¿No te has precipitado mucho al raptar a tu Marguerite?

—Os llamamos para avisar.

—Sí, avisasteis, pero es preocupante de todas formas.

—Ya no soy un niño.

—Desapareces en Colliure. Tres días más tarde, subes a esta mujer y a su nieto al coche y, para coronar tu hazaña, dejas que se ponga al volante.

—¿No tendrías un coñac?

Escucha cómo se abren y se cierran los armarios de la cocina. Luego escucha el hervidor. No le van a dar coñac. A su alrededor, los muebles de su primer piso, un escritorio que Nora había comprado en un anticuario, cuadernos sobre la mesa, en el suelo, por todas partes. En la pared, el cartel de un concierto y, junto a la tele, algunos DVD. Son películas de amor.

Manou vuelve con la bandeja de plata labrada. La ceremonia del té, como Nora: muchas hojas de hierbabuena, dos gotas de azahar, demasiada azúcar. La misma concentración al verter el líquido desde muy arriba, la misma satisfacción de haber apuntado bien, la misma mueca al tomar el vaso todavía ardiendo.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he preguntado si su madre era menor de edad y no le ha gustado nada. Sería capaz de quejarse a la inspección. ¿Sabes lo que me ha contestado? «No estoy bromeando, señorita, es una mujer perdida sin su marido. Hasta el fallecimiento de mi padre no habíamos tenido el menor problema de familia y ahora se fuga de una cura termal con un desconocido. Y ese desconocido es su padre. Se ha llevado a mi madre a Colliure sin mi consentimiento. Ella, que sigue un régimen sin sal y solo bebe agua mineral, estaba sentada a las cinco de la tarde con un tarro de anchoas y una botella de banyuls medio vacía. No la puedo reconocer, señorita.»

Marcel debería sentirse culpable como un niño pillado en falta, pero se muere de ganas de soltar una carcajada ante una situación tan grotesca.

—¿Y tú, Manou?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Tú qué piensas de esta historia, cariño?

—Ya había visto a este tipo tan tieso en una reunión de padres. Estoy cansada de estos padres que tienen sueños tan insensatos para su progenitura. Como si ser notario de generación en generación fuera la única posibilidad. Si yo tuviera hijos...

El té está hirviendo, pero está delicioso, como les gusta a los dos.

—No, me refiero a mi relación.

Ella sopla ligeramente el té.

—Como regalo ha sido un éxito... ¡Y pensar que estuviste a punto de

fugarte porque no te gusta la crema de espárragos!

—¿Tú estás convencida de que solo se puede amar una vez?

—A vuestra edad, cada minuto vale diez años.

Bebe un sorbo de té y le mira fijamente a los ojos.

—Yo siempre pienso que mañana hará buen tiempo, aunque el servicio meteorológico diga todo lo contrario. Y sobre todo, pienso que tengo un papá formidable. Y ahora me tengo que largar, tengo que volver al colegio, me he olvidado de dar de comer a *Jojo*.

—¿*Jojo*?

—El hámster. Me necesita.

—Yo también te necesito.

—¿Quieres venir a comer el miércoles?

Con la bombilla en la mano, en equilibrio sobre una silla de cocina, su pie derecho se escurre y Marguerite recupera el conocimiento en el suelo de la cocina, con el corazón batiendo a toda velocidad ante la bombilla hecha añicos. A fuerza de oír que tiene que tener cuidado y que se va a caer, al final ha ocurrido. Intenta levantarse. Un gesto de dolor, un esfuerzo y está de pie. Sus piernas funcionan, todo va bien. Duda entre el paracetamol y el doctor Dubois. Se decide por el doctor Dubois.

—Gracias por haber venido tan pronto.

—Estaba por el barrio. —La tranquiliza, solo tiene algunos cardenales y un esguince en la muñeca, no necesitará yeso, solo una venda. Le toma la tensión y la mira con afecto. Con el pelo corto, casi parece una jovencita—. Vive usted peligrosamente...

—Si usted supiera, doctor...

—Ha sufrido una impresión, descanse todo el día.

—Mi corazón va muy deprisa.

—Le daré un calmante. —Guarda el estetoscopio en el maletín de cuero y, cuando lo está cerrando—: Me apetece un vaso de agua, pero no se levante, lo iré a buscar. —Vuelve con un vaso en la mano—. ¿Está bien de verdad?

—Sí.

—No debe de ser muy fácil estar sola en una casa tan grande.

—Sobre todo desde que se fue María.

—Menos mal que tiene a su nieto.

—Menos mal que he conocido a alguien.

El doctor Dubois se coloca bien el cuello de la camisa.

—Es una buena noticia. Eso vale más que todas las vitaminas del mundo.

—Sonríe—. Pero tenga cuidado con las sillas que cojean.

Tiene ganas de escuchar la voz de Marcel. Se instala cómodamente en el sofá, con el brazo sobre un cojín, y le cuenta la visita del doctor Dubois.

—Para el futuro, que sepas que sé plantar narcisos e incluso cambiar bombillas.

—¿También sabe preparar blanqueta de ternera?

—Es una de mis especialidades.

—No soy capaz de tutearle.

—Llegará cuando menos lo esperes, Marguerite.

¿Cuánto hace que no se ha reído con un hombre por teléfono? A decir verdad, no le había pasado nunca.

—Tengo que dejarle, escucho pasos. Es mi hijo, viene a buscar unos papeles para el peritaje de un cuadro.

Desde la muerte de Henri, Frédéric tiene una llave. Nunca le ha gustado, pero él insistió. Al entrar, lo único que ve es la venda blanca en la muñeca de su madre.

—No es nada grave. Estaba intentando cambiar una bombilla.

—Te había prohibido subirte a las sillas. Desde que te fuiste con ese desconocido haces muchas tonterías. Ya no tienes edad de hacer cabriolas por ahí.

Se dice que su hijo podría echar una canita al aire de vez en cuando, sería un alivio para su alma. Carole no debe de divertirse mucho con él. Se le escapa una risita nerviosa.

—Mamá, ¿cuánto tiempo hace que no vas al cementerio?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—El señor Buisseret, el empleado de papá, me ha dicho que nadie cuida su tumba. Estaba muy extrañado de que no quedara ni una sola flor.

Se acurruca en los cojines. Parece una niña castigada. Su hijo se mordisquea el labio inferior. Se va y volverá un poco más tarde, cuando se haya tranquilizado, es lo que dice.

A las dos de la tarde está ante la puerta, con la mano en la manija. Sabe que le espera algo difícil. Se vuelve atrás, necesita caminar un rato. Duda un instante, pero desecha todas las dudas que podrían afectar a su decisión. Entra

y con voz tranquila le anuncia que le ha encontrado plaza en una clínica. Añade que ha sido difícil encontrar una que pudiera hacerle un chequeo de inmediato. Al principio, Marguerite no entiende nada, pero luego se dice que si tuviera un gato, sería una buena excusa para quedarse en su casa. Luego se da cuenta de que las cosas parecen más graves.

—Necesitas descansar. No es como la cura termal de Bagnères-de-Bigorre, es una clínica de calidad, que nos ha recomendado un amigo de Carole. Tiene médicos competentes que también pueden diagnosticar todo lo que va bien.

¿Y quién va a regar las flores cuando no esté?

—Ya verás, es un lugar agradable rodeado de árboles, personal atento, cuidados reconfortantes. Nada más entrar te sentirás mejor.

Estrecha un almohadón contra su vientre cada vez más fuerte.

—¿No dices nada? Es por tu bien, mamá. No puedes quedarte sola. Esta caída es un aviso, y además últimamente estás muy agitada. Cuando nos den los resultados, veremos qué es lo mejor para ti.

Piensa en los antebrazos de Marcel al volante del Peugeot.

—Nunca has hecho nada sin papá, es lo que él habría querido. Siempre decía: «Más vale prevenir que curar».

La luz sobre las colinas de Colliure.

—Ludovic podrá visitarte los miércoles.

Sus ojos oscuros mirándola durante toda la cena.

—Volverás cuando te hayas recuperado. Te llevo, prepara una bolsa con lo más urgente, luego te llevaré todo lo que necesites.

En una nube por el calmante del doctor Dubois, Marguerite sigue a su hijo hasta el coche. Van por una carreterita preciosa con campos alrededor. La entrada de la residencia Beaulieu parece la de un hotel con encanto, pero en cuanto cruza el umbral ve las sillas de ruedas por los pasillos, los ojos perdidos de los residentes que se aferran a las enfermeras, los cuerpos cansados. Un olor fuerte le invade la nariz. Es como si echaran cubos de lejía para combatir los efluvios de la vejez. Quisiera volver a su casa, sentarse en un banco del jardín y ver cómo se abren los narcisos.

Camina silenciosa detrás de su hijo. Su habitación da a un gran parque y oye su voz entre la niebla, lo que le recuerda el ambiente acolchado del día del entierro de Henri.

—Mira, son chopos, que a ti te gustan.

—Frédéric, ¿dónde estoy?

—En una residencia sanitaria. Son profesionales de la salud.

—Estás mintiendo, aquí solo hay viejos.

—Mamá, no seas cría, por favor. Van a ocuparse de ti.

Le da un beso en la frente y se marcha. Al salir, pasa por la recepción y farfulla:

—Como acordamos, mi madre se quedará tres días. Luego veremos, en función de los resultados, si es necesario prolongar su estancia.

Sentado en el coche, en el aparcamiento, se queda inmóvil, con las manos aferradas al volante. ¿Serán suficientes los chopos para tranquilizarla? Hubiera querido abrazarla, pero no ha sido capaz.

Se acuerda de cuando volvía del internado los viernes por la noche en invierno. Ella le preparaba torrijas, revoloteando por la cocina con su vestido de lunares azules y blancos, y ahora se ha caído de una silla porque no es capaz de cambiar una bombilla. Había pensado también en llevársela a su casa, al cuarto de invitados, pero no puede asumir la idea de cenar todas las noches con su madre a los cincuenta años. También había pensado en contratar a alguien en su casa, pero últimamente ha hecho demasiadas extravagancias como para dejarla sola en casa, incluso con vigilancia.

Sabe que su padre habría estado de acuerdo. Llama a un cliente, quiere organizar la cita del día siguiente, hablar de la escritura y sacar los sentimientos de su cabeza por completo.

Sentada en la cama, Marguerite está sola, lejos de sus puntos de referencia, como cuando se casó. Pasó directamente de la casa enlutada de sus padres a la austeridad de su marido. Del mausoleo al museo. Necesitó varios meses para encontrar su sitio. ¿Dónde y cuándo había fracasado? A Henri se le ocurrió lo del internado y ella le dejó hacer, como siempre. El fin de semana,

hablaba con su hijo de sonatas de Chopin, mientras ella se quedaba en la sombra, insignificante.

La ha dejado aquí como quien se libra de un gato en la autopista antes de marcharse de vacaciones. Paredes blancas. Exceptuando una mesa, una silla y una cama, la habitación está vacía. Es culpable de tener setenta y ocho años. Condenada a perpetuidad. Amenaza una tormenta y un rayo dibuja una línea azul sobre el muro mortecino. Le duele la muñeca, se le ha pasado el efecto del calmante. Tiene ganas de ver a Ludovic, de abrazarlo.

Entra una enfermera, con la cena en una bandeja.

—¿Todavía no se ha puesto el camisón? Coma, señora, volveré para ayudarla a acostarse. Necesita descansar, mañana empezará el reconocimiento.

Son las seis de la tarde. Abre las cajitas de cartón y encuentra una loncha de jamón, una endivia apenas cocinada, un yogur natural: el menú de su nueva vida. Frédéric ha dado un carpetazo, sellado y rubricado. Y archivado.

Mira los chopos, el cielo desatado que explota, su muñeca vendada, el bolso. En esta marcha precipitada, no se ha acordado de llevarse la caja de las anchoas donde Marcel había apuntado su teléfono.

Al volver de Niza, aquí es donde vino. Esta noche, tras dos días sin noticias, aquí espera recuperar la serenidad. En el banco, frente a *Hector*, ante esta masa de carne imperturbable. El paquidermo avanza con pesadez, luego se detiene sobre el lodo. Sus ojos minúsculos, en medio de la gran cabeza, escudriñan la mirada de Marcel.

—¿No has visto a Marguerite?

La inmovilidad del animal siempre le fascinó. ¿Y si no quisiera volver a verlo? ¿Y si hubiera cambiado de opinión? Se levanta y se apoya en la verja que rodea a *Hector*.

—Volveré.

Cae la noche, se sube al coche y vuelve a Maisons-Laffitte, recorre la ciudad sin rumbo fijo, cambia de dirección, aparca en la calle de casas elegantes. Llama varias veces al número 25. Nadie contesta. Da la vuelta a la casa, mira por la ventana. A pesar de la luna creciente, solo ve sombras en el gran salón. En el jardín, el banco en el que se habían confesado. Se sienta y, con un nudo en la garganta, piensa en lo peor.

¿Y si se hubiera caído por las escaleras?

¿Y si su corazón no hubiera resistido todos estos sobresaltos?

Escucha una voz en la penumbra.

—¿Le puedo ayudar?

—Soy un amigo de Marguerite... Maguy... La señora Delorme.

—No está. La vi marcharse ayer con su hijo. Llevaba una bolsa de viaje.

—¿Una bolsa como si se marchase por mucho tiempo?

—¡No lo sé, señor! Y siento decirle que no me gusta mucho que haya desconocidos rondando por los jardines.

—No soy un desconocido, hemos ido juntos de viaje a la playa.

—Se equivoca de persona, la señora Delorme es viuda.

—No se preocupe, pedimos dos habitaciones.

—Señor, eso no es asunto mío. Y si no se marcha de inmediato, llamaré a mi marido. Y tenga cuidado con las begonias, las he plantado yo y a Maguy le gustan mucho.

—Muchas gracias por su amabilidad.

El paraguas negro de varillas tíasas se la ha llevado. Y le habrá quitado su teléfono.

Se sube al coche, que le lleva solo hasta el cementerio. Sigue teniendo ganas de hablar con Nora cuando una cosa le preocupa. Se detiene ante la verja y renuncia. Una losa helada, un nombre, dos fechas. Nora no está aquí.

Se vuelve, rezonga: ¿por qué se ha ido? ¿Qué me dijo exactamente la última vez que hablamos? No le gustan los animales enjaulados y la llevé al zoológico. Pasa delante de la capilla a la entrada del callejón sin salida. Quizá me he apresurado mucho. ¿Por qué quise tutearla si ella no estaba lista? El punto limpio a mano izquierda. Manou siempre me pide que recicle. El semáforo en rojo. ¡Demasiado tarde! Le ha dicho que pensaba en ella cada vez que bebía un vaso de agua. ¡Qué imbécil! ¿Es normal proponer a una mujer que solo conoce hace tres días un viaje a Colliure? Le ha dicho que plantaba sus rosales muy al norte, en lugar de ofrecerle ayuda. Enciende los faros antiniebla. Y ha tirado al suelo las magdalenas. Cada vez menos casas, cada vez menos farolas. Seguro que pensó que era un paleta, en su casa llena de molduras y adornos. Solo unas vacas mugiendo en la noche. Recuerda que dijo que llegaba su hijo para cortar la conversación. Baja la ventanilla, le da el viento en la cara. Primero la emborrachó el vértigo, pero al llegar a su casa recobró la cordura. Muy deprisa. Demasiado deprisa. A la luz de los faros aparece un animalito. Un volantazo, el coche da tumbos. Un grito agudo, un ruido esponjoso. Ha atropellado a un erizo. Una bola aplastada y ensangrentada yace en medio de la carretera. Ni el mejor veterinario podría hacer un milagro. Toma una rama para empujarlo suavemente a la cuneta y lo deja entre las ortigas. Si sigo así, acabaré haciendo una tontería. Se mete por el primer camino de tierra a la derecha y apaga el motor. No le apetece ver el

neumático manchado de sangre. Abre el maletero, saca una manta vieja y camina un rato. Un sendero sinuoso, un prado, un bosquecillo. Sigue avanzando, casi sin aliento, a pesar del cansancio y del dolor de tobillos. Conoce cada brizna de hierba, el seto de espino, los helechos altos, el muro de piedra seca. En este momento solo tiene un objetivo: llegar al gran claro. Coloca la manta sobre la hierba húmeda y se tumba con los brazos en cruz. La bóveda celeste, «esta abundancia de poesía arrojada desde el cielo sobre la tierra», le tranquiliza. Son las estrellas. Cuando está de acuerdo con ellas, está de acuerdo consigo mismo.

—Marguerite, ¿dónde estás? Haré lo imposible por volver a verte.

*Residencia Beaulieu*

*Querido Marcel:*

*Le escribo desde una mesita de madera blanca que da a un parque. Tengo que decirle la verdad. Mi hijo me ha traído a este establecimiento para pasar un reconocimiento médico. Con el paso de los días, me he dado cuenta de que también es una residencia de ancianos, un lugar beneficioso para mi salud, y quizá para mi vida. Nunca me lo había planteado, pero ahora que estoy aquí me digo que quizá sea una buena solución instalarme aquí, pronto se quedará libre una habitación más cómoda.*

*Tengo que ser realista: estoy cansada. Creí rejuvenecer, pero tengo setenta y ocho años. Y no soy Jane Fonda. Frédéric me pone muy nerviosa, pero siempre quiere lo mejor para mí y no quiero darle preocupaciones.*

*Financieramente no es un problema, es el último privilegio de una mujer de notario. En el plano material, no me puedo quejar, he tenido la suerte de vivir en una buena casa, me quedaré en el camino que siempre he conocido. Me traeré el reloj de bronce y algunos de mis cuadros favoritos para no tener que empezar de cero.*

*Quizá algún día también sea la solución para usted.*

*Hay que elegir a tiempo el lugar en el que pasaremos los últimos años. Luego ya no tendremos fuerzas, los grandes cambios son muy fatigosos. Ahora me digo que ya no tengo derecho a equivocarme.*

*El doctor Dubois también se hace viejo, pronto se va a jubilar. Me angustia pensar en cambiar de médico a mi edad.*

*La otra noche, en un momento de insomnio, calculé el número de veces que había subido y bajado la escalera de veintitrés escalones este último año. Cuatro veces al día durante trescientos sesenta y cinco días. La idea de dejar de subir y bajar me produce alivio. Esta casa es demasiado grande, María ya*

*no viene, y cuando cae la noche, ante la gran puertaventana, me invade el miedo.*

*El viaje a Colliure fue un paréntesis magnífico que me ha marcado profundamente. No me arrepiento de nada, estoy feliz de haberlo vivido, puede estar seguro.*

*Me acuerdo del banquito en el que miramos cómo jugaban a la petanca y del turista holandés con el pantalón corto naranja fuerte que se creía un campeón regional. He leído que el recuerdo de la felicidad también es felicidad.*

*A veces me digo que no hubiera debido besarlo, ni siquiera dejarme besar. Es un momento de abandono que se puede excusar, quizá la tramontana me trastornó.*

*Pensé un instante en ser alguien diferente, pero ahora estoy convencida de que ya no es el momento de hacerme la jovencita. Todos tenemos nuestro momento, y el mío pasó hace tiempo. En cualquier caso, ha sido un desliz afortunado.*

*¿Cuánto tiempo me quedará de vida? ¿Tres años? ¿Cinco años? Voy a pasarlos tranquilamente aquí. Soy más vieja que usted. ¿Y si dentro de un año ya no me encuentro bien? Me he caído de la silla, es un aviso. ¿Y si no hubiera conseguido levantarme? Me habría quedado varios días en el suelo antes de que alguien me encontrase. A veces hay que aceptar cambios radicales. Es una decisión que he tomado plenamente convencida. Necesito seguridad, y sé que no tengo nada que temer entre estas paredes, que no son las mías pero a las que me acabaré acostumbrando.*

*Si algún domingo le apetece, puede visitarme y daremos una vuelta por el parque, le enseñaré los chopos.*

*Atentamente,  
Marguerite Delorme.*

Hola:

*Acabo de leer tu carta y tengo la impresión de que Hector se me ha sentado sobre el pecho. Te busqué por todas partes, me puse en lo peor e hice una promesa a las estrellas: encontrarte. Y ahora me anuncias que estás en una prisión y que te quieres quedar en ella. Voy a contestarte a pesar de todo. Hace ciento cincuenta años que no escribo una carta de verdad, la última se la mandé a Hacienda porque se habían equivocado. Tú también te equivocas. No ser capaz de cambiar una bombilla no es suficiente para tener que cambiar de vida. En lugar de contar los escalones, tendrías que pensar que es un buen ejercicio para tu salud, pero además siempre puedes pedir que te instalen un ascensor. Me hablas del holandés del pantalón corto naranja de Colliure como si solo tuvieras ese recuerdo. Yo tengo mil. ¿Y el helado de arroz con leche que compartimos delante del puerto? ¿Y el chaparrón que nos sorprendió al salir del museo? ¿Qué pasa con todo eso? Me hablas de un desliz, pero a mí me apetece bailar en tu cocina toda mi vida. Estoy jubilado, pero mi corazón no tiene arrugas. Lo que tengo ganas de conocer contigo no es el jardín de la residencia Beaulieu, quiero dar la vuelta al mundo en globo. ¿Una plaza en una residencia de ancianos? No se me pasaría por la cabeza encerrarme en una jaula, y descanso muy bien en mi sofá. Si quieres dejarte manipular por tu hijo Frédéric, es cosa tuya. Yo no puedo concebir una relación de las dos a las cuatro de la tarde, y menos todavía pensar que estás comiendo puré sin sal cuando podría prepararte un cuscús real con sémola de cebada trabajada a mano. Te imagino sentada a la mesa entre alguna Paulette y otros ancianos que ponen sus pastillas en fila. No cuentes conmigo para las visitas del domingo. A tu edad, no todas las mujeres son iguales. Tú eres una jovencita de setenta y ocho años y yo te hubiera cuidado mucho mejor que unas enfermeras anónimas. Has decretado por tu cuenta que lo nuestro había terminado. Después de leer tu carta tan*

*razonable, he tomado una decisión: me vuelvo a mi país lo antes posible, a encontrar unas raíces a las que me pueda aferrar. Manou me comprenderá. Ella vendrá a verme y le enseñaré las colinas de nuestra infancia y la casa de su madre. Echas la culpa de nuestro beso a la tramontana, pero aquel día había calma chicha. Hay paréntesis que nunca querré cerrar, y el nuestro era uno de ellos.*

*Marcel.*

*P. D.: No me gustan los chopos, son muy tristes.*

—Señora Delorme, tiene una carta.

Una auxiliar le trae la carta de Marcel justo antes de que empiecen las actividades de la tarde en la sala común. Su mano tiembla mientras se mete el sobre en el bolsillo de la rebeca. No es un buen momento. Ahora no. Más tarde.

Hay un hombre de pie, delante de las filas de sillas. Junto a él, una marioneta abigarrada de peluche desgastado canturrea melodías conocidas que corean algunos residentes. La vecina de Marguerite tose demasiado fuerte.

—Se creen que somos unos niños. Nunca me ha gustado el circo ni los trucos de magia, y menos todavía los ventrílocuos. ¿Por qué nos obligan a ver esto?

—Si quiere, se puede quedar en su habitación —sugiere Marguerite.

—En la habitación me aburro.

—¿Hace mucho que está aquí?

Marguerite está extrañada de haber entablado conversación tan fácilmente y de vivir este instante con toda normalidad. Sabe que la carta está ahí. Se pregunta por qué no la ha abierto con naturalidad, como todas las cartas. ¿Por qué este numerito? No va a cambiar de opinión.

—Ya no me acuerdo de cuándo llegué, pero con los años estoy sentando la cabeza. Ya va siendo hora, a mi edad —responde su vecina.

—Entonces ¿uno se acostumbra a vivir aquí?

—No me escucha. ¿Tiene problemas de audición? Le estoy diciendo que me deprimó y que la artrosis no facilita las cosas.

La anciana desconocida mira por la ventana.

—Se está levantando el viento, los chopos se pondrán a bailar. Me gusta cómo se cimbrean, eso hace la fatalidad más ligera. A los ochenta y dos años

tenemos las distracciones que podemos. ¿Le divierte esta marioneta grotesca? Mi historia empieza por un drama. ¿Quiere que se la cuente? Vamos a sentarnos en la terraza, estaremos más tranquilas y más cerca de los árboles.

Marguerite le tiende el bastón, sujeta la rebeca que se le ha escurrido y la ayuda a sentarse. Es la primera vez que escucha las confidencias de una extraña.

A lo lejos, la muñeca abigarrada entona una canción de Charles Trenet.

—Solo era una niña cuando la guerra destruyó Dunkerque. Sí, soy del norte, quizá por eso me gusta el viento que viene de allá. Los bombardeos eran terroríficos y aquella semana estaban más cerca de lo habitual. Nuestra casa había aguantado, por un milagro o por cosa de la suerte, en las noches de insomnio me lo sigo preguntando. Hasta aquel sábado de noviembre por la noche. Sigo escuchando gritar a mi padre: «¡Fuera, fuera las dos! Nos vemos en el ayuntamiento».

Las dos ancianas miran cómo bailan los chopos. Las enfermeras van y vienen haciendo su trabajo a pesar de todo. En el bolsillo, la carta quema la mano de Marguerite. Espera que Marcel lo haya entendido y que todo vuelva a estar en orden.

—Sujeté la manta que estaba usando para taparme los oídos y bajé las escaleras de cuatro en cuatro, llamando a mi madre con todas mis fuerzas. Me encontré en la calle, con un vestidito de lana cubriendo mi cuerpo de niña y con una manta en la mano. «¡Corre! —gritó mi padre desde la ventana del tercer piso—, ya vamos.» No me había dado tiempo a doblar la esquina cuando mi casa se vino abajo y mi vida con ella. Un obús la había destripado. Solo quedaba un agujero en el suelo y alrededor un amasijo de piedras, vigas y maderas. No lloré. No grité. El cuerpo sumergido en un mar de hielo: es la única sensación que recuerdo. El drama se alejó, Dios sabe cómo, pero siempre salgo con dos jerséis al alcance de la mano y con calcetines, en verano y en invierno. Han pasado tantos años... Cómo pasa el tiempo,

¿verdad? En un suspiro todo desaparece. Pero en medio de tantas cosas hay belleza que debemos saber aprovechar, porque si no...

—¿Quiso volver a buscar a sus padres?

—No tuve tiempo ni de preguntármelo. Una señora me tomó del brazo y me arrastró sin miramientos hasta el ayuntamiento. El bombardeo seguía y ella me sujetaba muy fuerte; me sacudí y grité que ella no era mi mamá, que mi verdadera mamá estaba con mi papá bajo los escombros de nuestra casa en la calle Fraiseurs y que todas mis muñecas me esperaban allí.

Desde aquel día, ya nada me afectó. Fui pasando de una familia a otra, por hogares de acogida, familias de mentira, historias de amor que no me iban a salvar y espejismos, sin aferrarme a nada ni a nadie. Y ahora engaño al tiempo en la sala común de una residencia de ancianos mirando un monigote que me aburre.

Con los codos apoyados en los brazos del sillón, mirando fijamente hacia el parque, Marguerite deja pasar un ligero silencio y luego pregunta dulcemente:

—¿Ha estado casada?

—Casi. Amé una vez, y mucho, pero tropecé y me rompí los dientes. Aquí lo voy a dejar, el resto es cosa mía y ya es un poco tarde. Hace mucho tiempo que no hablaba de esto con nadie. ¿Cómo se llama usted?

—Marguerite. ¿Y usted?

—Antoinette, pero siempre me han llamado Nénette.

Van a servir la cena. Nénette se levanta apoyándose en el bastón.

—Mi primera casa se hundió delante de mis ojos, sepultando a mis padres. ¿Qué cosa peor me puede ocurrir? Este lugar, la residencia Beaulieu, será la última estación de mi viaje. Lo sé.

Se aleja a pasos lentos y mira una vez más hacia el parque antes de entrar en el comedor.

—Empieza a llover.

Marguerite se queda sola en la terraza. La actuación del ventrílocuo ha terminado. Toma conciencia del vacío de su vida, de la falta de amigas. Tenía una hermana, pero hace casi sesenta años que una placa de hielo cambió el

curso de la historia. ¿Por qué se aferra a este pasado como un perro a su collar? Ni amigas ni amores. No corre ningún riesgo de perder por segunda vez a un ser querido. No ha tenido fuerzas para abandonar el nido que Henri le había tejido tan minuciosamente. Una prima que vive en la otra punta de Francia había heredado un poco de dinero tras la muerte de su madre y en veinticuatro horas abandonó a su marido, al que parecía tan unida, después de tantos años. La historia siempre le impresionó. Con Marcel todo había sido tan sencillo... Sencillo y complicado, como un juego de seducción cuyas reglas no conoce. Toda su vida está resumida en una sola palabra: «atreverse». Nunca se ha atrevido. Esta lucidez repentina ante los chopos inclinados la aturde durante un instante.

—Señora Delorme, ¿quiere que la acompañe al comedor?

—Ya voy, señorita.

Sabe lo que la espera: sentarse en el lugar que le han asignado, entre las escenas campestres que pueblan las paredes: un paisaje al anochecer, un lago azulado en medio del bosque, una carretera con un campanario a lo lejos. Esta noche hay melocotones con atún y hojaldre de carne. Algunos residentes, los más afortunados, tienen derecho a un vaso de vino. Toma el sobre de su bolsillo y saca la carta. A lo lejos, el ruido del comedor: han empezado a servir. En la mesa número cinco, su lugar está vacío. Lee las palabras de Marcel, el ritmo de su respiración se acelera. En el pasillo que lleva a su habitación hay plantas de interior y extintores, una decoración estética fuera del mundo. Frédéric ha querido que tenga lo mejor y lo ha conseguido. En la mesa número cinco su sitio sigue vacío. Nada de atún ni de hojaldres para ella esta noche.

En una mesita cerca de la recepción, la guía telefónica donde ha encontrado su dirección. «Maisons-Laffitte», letra G, «Guedj».

—Hola, soy yo. ¡Ven a buscarme!

La lluvia que azota los cristales del Peugeot le hace pensar en un tren de lavado. Marguerite le cuenta en una sola frase muy larga el desarrollo de las últimas jornadas. Él no hace preguntas. Sin pensarlo dos veces, la lleva a su casa. Aparca delante del edificio sin pretensiones y dice simplemente:

—Te ha hecho falta valor para salir de ese sitio.

—Sí, es eso exactamente, por fin me he atrevido.

—Estoy feliz.

—No es solo audacia, es un concurso de circunstancias.

En el momento en que se dirige al maletero para sacar su bolso, él la detiene y la estrecha entre sus brazos. La ayuda a subir la escalera y la instala en su salón minúsculo, le quita los zapatos, la ayuda a tumbarse, busca una manta de lana en el armario del pasillo y la coloca con delicadeza sobre su cuerpo frágil. Se sienta junta a ella, le estira las piernas sobre sus rodillas y le hace un masaje en los pies. Un largo masaje. Y sin la sombra de una duda, ella se deja llevar en esta atmósfera tranquila y sosegada.

—Todas esas paredes blancas, todos los ancianos solos —suspira.

Él dice a media voz:

—Voy a preparar un té.

Marguerite mira cómo el cielo se oscurece sobre la ciudad. En la terraza hay unas cajas viejas y un telescopio.

—Aquella niña de Dunkerque...

Se queda dormida sobre el viejo sofá.

Él deja la bandeja sobre la mesita y se sienta en el sillón para velar su sueño. Ve cómo su rostro se agita con una pesadilla, la venda blanca, el cardenal azul de su mano, que se está poniendo amarillo, el pelo corto y despeinado, y recuerda su deseo del primer día de quitarle todas las horquillas

del moño. Piensa en la palabra *intimidación* de nueve letras.

«Mi hijo tiene miedo de que conozca a un desaprensivo.» Es lo que le había dicho en la terraza, en Bagnères-de-Bigorre. Se había ruborizado y a él eso le había parecido encantador. Lo que más le conmueve es la extraña sensación de que esta mujer le esperaba.

No sabe durante cuánto tiempo la ha contemplado dormir en su salón. Se ha adormecido solo unas horas. Cuando se despierta, al alba, no está cansado en absoluto. Se endereza, abre la ventana, respira profundamente. Ella está ahí y le parece natural. Prepara un baño, enciende la calefacción eléctrica. Se queda cerca, discreto, deja que saboree el agua caliente, la espuma, la luz tamizada de la lámpara que ha dejado en un estante. Ella entra en la habitación, envuelta en el albornoz de franela demasiado grande para ella, como si fuera una ropa familiar, y se acuesta en la cama.

—He pedido prestado el libro de Maupassant en la biblioteca. Habías olvidado estas palabras: «¿Por qué estos escalofríos del corazón, esta emoción del alma, esta languidez de la carne?». ¿Quieres cerrar las cortinas y venir a tumbarte junto a mí?

Suena el teléfono en el vestíbulo y ella dice con un gesto malicioso:

—Ocupados, no molesten.

Él se tumba junto a ella y murmura:

—Tienes razón, con las cortinas cerradas es más apacible a nuestra edad.

La desviste en la penumbra que alisa las pieles arrugadas. Adivina su silueta frágil, sus nalgas, su vientre, su cuello. Ella baja los párpados, acerca su rostro al suyo y posa los labios sobre su boca aterciopelada. Como en Colliure. Frágiles equilibristas, dicen en silencio lo que no se atreven a expresar en voz alta. El miedo, el deseo y el vértigo.

Ella roza su boca con un dedo, la línea de la nariz, acaricia los surcos de su rostro, las marcas del tiempo, recorre el camino de una vena azulada en su gran mano apergaminada. Barrancos y montañas, cada mancha, cada arruga, quiere conocerlo todo.

—Tienes el esqueleto de un hombre que ha sido muy fuerte.

—En otra reencarnación....

Ella recorre una fina línea blanca que va de la clavícula al hombro.

—¿Qué es esta cicatriz?

—Un tigre nervioso.

La abraza con la misma delicadeza que si fuera una orquídea, dibuja curvas alrededor de los ángulos, inventa caricias. Cinta a cinta, desata el corsé invisible que ha llevado durante todos estos años. Respira su aroma.

—Me gusta el olor de tu piel.

Las manos de Marguerite lo exploran como imantadas por el grano de su piel desgastada, y a él le gusta. Se estremece cuando roza el final de su espalda, sus manos son todavía más suaves de lo que imaginaba. Sin máscaras. La verdad de los seres. Tan viejos pero tan jóvenes.

Apoya ligeramente el pulgar sobre su ceja y la alisa lentamente, dos veces, la izquierda y luego la derecha, y ella sonrío.

—¿Por qué sonrías?

—Porque me siento bien.

—Eres extraordinaria.

En este momento, viajan sin equipaje. Liberados de sus prejuicios, de la razón, de la mirada de los otros.

—A mí también me gusta tu olor.

Vuelven a empezar, una mirada, un batir de alas. Los cuerpos adormecidos emergen de una larga hibernación. La urgencia guía sus gestos, la energía subterránea palpita, se infiltra. Impúdicos y conmovidos, se abandonan. El placer ilumina sus rostros.

Se abre la ventana, revolotea la cortina, un rayo de luz se desliza sobre el parque. La primavera entra en la habitación.

Con la cabeza escondida en el hombro de Marcel, susurra:

—Es la primera vez.

—Hace veinticuatro horas que te busco. ¿Dónde estás?

—En mi casa.

—Estás mintiendo. No veo tu número en pantalla.

Sentada en el sofá de Marcel, Marguerite respira profundamente y responde:

—Soy vieja, pero no hasta el punto de dejarme encerrar sin mi consentimiento en una residencia de ancianos disfrazada de clínica. Nénette lleva ya diez años allí, atrapada entre los hojaldres y los ventrílocuos ridículos.

—¿Quién es Nénette?

—¡No puedes hacerle a tu madre una cosa así!

—Tendrían que hacerte un reconocimiento más completo...

—¿De qué tipo de reconocimiento estás hablando?

—Simplemente comprobar si sigues teniendo la cabeza en su sitio.

—No me he vuelto loca por querer acostarme a los setenta y ocho años con un hombre que no es mi difunto marido.

—¡Mamá!

—Pero ¿qué te has creído, Frédéric? Todavía me quedan cosas por vivir. ¿Me van a decir siempre lo que tengo o no tengo que hacer?

Cuelga y murmura:

—Ya está bien por hoy.

Escucha el ruido de la puerta al abrirse. Es Marcel, que vuelve cargado de paquetes.

—Traigo *brioche*s y naranjas. ¿Qué pasa? Pareces preocupada.

—No me apetece empezar una guerra con mi hijo.

Deja la compra del desayuno sobre la mesa.

—¿Quieres un café?

—Prefiero un té, si no te importa.

Los dos son conscientes de que tendrán que hacer frente a la incompreensión. Cada uno a su manera, siempre han evitado los conflictos familiares. Se sienta cerca de ella y le acaricia suavemente la mejilla. Ella le mira y dice con una voz casi inaudible:

—La vida es corta, me puedo morir mañana. No tengo ganas de pelearme con mi hijo ni con nadie.

Frédéric deja el teléfono.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Carole.

—Me ha colgado sin despedirse.

—Hay que decir que nunca la has escuchado. No quieres que salga después de las seis de la tarde y no se puede tocar nada en esa casa vacía. ¿Qué pretendes? ¿Tener contento a tu padre?

—Ya no la reconozco. No lo hago por mí, es por ella, para protegerla. Hay que mirar la realidad de frente. Ahora es una anciana y se equivoca pensando lo contrario.

—Tienes suerte de que todavía esté con nosotros. Tienes dos opciones: o la pierdes antes de tiempo o te adaptas a sus deseos.

Después de dos noches de preguntas sin respuestas, se decide a llamar a su madre. A decir verdad, el doctor Dubois no encuentra el menor síntoma de demencia o de senilidad precoz. Quizá se haya equivocado al ponerse en lo peor.

—Mamá, discúlpame por haber sido tan brusco... La vida no nos ha acostumbrado a tantos imprevistos. No me han educado así, papá siempre sabía lo que había que hacer en cada caso.

—Quizá sea el momento de improvisar, deberías intentarlo. ¿Te apetece venir a cenar con Carole y Ludovic el martes que viene?

—¿A casa?

—No, a casa de Marcel.

Marcel y Marguerite han decidido preparar las cosas juntos. En el mercado, ella elige con cuidado zanahorias tiernas, puerros y champiñones. Marcel se ocupa de la carne e insiste en que esté tierna. No quiere hacer las cosas a

medias.

Ella compra *macarons* de violeta, que degusta uno a uno con una exquisita sensación de libertad, y Marcel sonríe al mirarla desde el otro extremo del mercado.

Se re unen delante de la frutería,  el se ocupa de los paquetes y la besa con gula entre las cerezas y el ruibarbo, como si hubieran estado separados tres días. En la cola, dos clientas con la compra en una mano y la correa del perro en la otra interrumpen su charloteo.

— No es Maguy Delorme, la mujer del notario?

— Se ha cortado el pelo!

—No lleva ni un año viuda y ya est a aireando su vida a los cuatro vientos.

—Es mucho m as joven que ella.  Es una vergüenza!

— Una viuda alegre en Maisons-Laffitte!

Los dos perros se olfatean el trasero mientras ellas, al otro extremo de la correa, siguen alimentando el folletín.

Este año las fresitas estarán deliciosas, anuncia el frutero. Marguerite promete que volverán a por ellas a primeros de julio y es una sorpresa que esta perspectiva cotidiana la regocije tanto. Casi se olvidan del postre. Marcel propone una tarta de queso. Ninguno de los dos la ha hecho nunca, pero deciden sonrientes lanzarse a la aventura. A Ludovic le encantará, y la novedad sorprenderá a Carole. Marguerite la recibe desde hace años con la eterna tarta Saint-Honoré comprada en la mejor pastelería de la ciudad.

La cocina de Marcel est  patas arriba. Como antes del pistoletazo de salida en un gran restaurante, trabajan duro, prueban la comida, releen una vez m as la receta. Cortan las zanahorias un poco m as finas y usan la flor de sal de las grandes ocasiones.

Con un trapo colgado del cinturón, Marcel est  al mando. En el menú, una blanqueta de ternera a su estilo. Clavo de olor, mucha nata y, en el último momento, un vaso de vino blanco y un ramito de acedera. Apartar  una ración para llevársela a su vecina. Ha perdido a su marido hace unos meses y siente no haberse ocupado demasiado de ella. Marguerite piensa en Nénette,

podrían ir a buscarla a la residencia Beaulieu uno de estos días. Los tres se sentarían en el banco frente al impassible *Hector*.

Le muestra cómo cortar los puerros en bastoncillos y ella se aplica como una buena pinche. Simplemente, por el placer de estar con él, de ver cómo revuelve el contenido de la cacerola con su cuchara de madera y añade una pizca de nuez moscada, buscando un equilibrio perfecto de sabores. Ella lee en voz alta la receta de la tarta de queso, preguntándose si no sería mejor salir a comprar un helado de frambuesa. La blanqueta, que se está haciendo lentamente, desprende un aroma a hierbas que se extiende por toda la casa. Marguerite se acostumbra poco a poco al espacio reducido, contenta de ver la lámpara de plata de sus padres, un cuadro que le había regalado su hermana por su cumpleaños y, junto a la cama, su pequeña mesilla sobre la que está *Madame Bovary*. No abre el armario donde está guardado el bolso de rafia. A veces siente el pellizco de los celos, pero sabe que hay puertas que es mejor dejar cerradas.

Ahora se hace muchas menos preguntas sobre este hombre de corteza rugosa y corazón tierno que se mueve con una linterna para no despertarla, duerme con calcetines gruesos, canta música *chaabi* en la terraza y cuyo mejor amigo vive en un zoológico. Este hombre que la avisa de que se pondrá de mal humor si escucha demasiado a Line Renaud, pero no más de cinco minutos, porque no le gusta estar de mal humor. Este hombre que la llama mi tórtola, mi golondrina, mi alondra dorada. Y ella saborea todas estas cosas.

Le da a probar la salsa con los ojos cerrados y a Marguerite le parece demasiado picante.

—Siempre hay que añadir un poco de pimienta a las recetas, si no, es como la vida, demasiado sosa.

Y puntúa su frase con un beso.

Ella ha comprado un mantel nuevo para la ocasión y da vueltas alrededor de la mesa colocando los cubiertos, buscando el punto de vista más adecuado para captar el efecto general. Quiere que todo salga bien. No vendrán las fuerzas vivas, ni tampoco estará María para limpiar la plata. Aquí solo hay

cosas corrientes que recuerdan sus orígenes modestos y su infancia. Sin convencionalismos ni protocolo, la comida familiar siempre es agradable.

Manou llega la primera con una botella de borgoña en la mano. Las dos mujeres se miran; una es morena y alta, de escote esplendoroso, y la otra, una viejecita muy prudente que parece un personaje de Sempé con sus ojos de niña. No parecen nada sorprendidas, ya que algunos encuentros resultan inevitables, e incluso ambas parecen aliviadas.

—Mmm, qué bien huele.

Manou levanta la tapa y mete un dedo en la cacerola para probar la salsa de su padre. La cierra enseguida, como cuando era pequeña.

—Papá ha vuelto a cocinar, qué bien.

Tres timbrazos. Dos adolescentes intimidados que reúnen a sus familias por primera vez se quedan helados en medio de la efervescencia culinaria.

—Todo va a salir bien —dice Manou.

Marcel abre la puerta y se encuentra frente a un hombre con un enorme ramo de rosas rojas. Es la primera imagen que tiene de Frédéric.

—No existen jarrones de ese tamaño.

Frédéric estrecha la mano de Marcel y mira a su alrededor. Debe de preguntarse cómo su madre se ha escapado de su residencia de cuatro estrellas para aterrizar en esta jaulita.

Carole no ha visto a Marguerite desde el incidente de la residencia. Para hacer frente a este momento delicado, se ocupa de las rosas, busca un recipiente para los tallos altos, no lo encuentra y acaba dejándolas en el lavabo del cuarto de baño. Ludovic se arroja en brazos de Marcel.

—Papá quería el ramo más grande.

—¿Cómo va el campeón automovilista?

Orgulloso de cenar con su maestra, va de la mesa al telescopio. Marcel pasa un rato con él y le enseña la estrella polar: la primera que sale y la última que se pone. Le promete que en una noche sin nubes lo llevará a ver la estrella Margarita.

—Muchas gracias por ocuparse de mi hijo. Ya no tiene abuelo, así que me conmueve muchísimo su interés.

Frédéric contempla la acuarela que antes estaba sobre la chimenea de casa de sus padres y que ahora adorna los muros del comedor.

Manou alza su copa en honor de los novios, mirando a los ojos al señor notario, que se mordisquea el labio. Y dice con una voz clara y alegre:

—Me acuerdo de todas esas noches en las que no me atrevía a llamar a mi padre porque tenía miedo de encontrarme con un hombre roto por la pena. Decididamente, la vida nos da sorpresas maravillosas.

Marcel coloca su mano sobre la de Marguerite.

Hablan de la lluvia que no cesa desde hace tres días y de los progresos de Ludovic en el tenis. Felicitan a Marcel por su blanqueta de ternera. Y Carole

lanza:

—Es la mejor tarta de queso que he comido.

Marcel bebe un trago de vino, se aclara la garganta y anuncia que quiere llevarse a Marguerite a dormir en un árbol en las Cévennes.

—En la naturaleza, una cabaña de madera a cinco metros de altura.

Frédéric da un respingo.

—¿Y sus rodillas? ¡Es una insensatez! Una vez esté arriba ya no podrá bajar.

—Ahora tiene alas —se atreve a decir Marcel.

Es consciente de que sus deseos locos serán alcanzados por la realidad y pega su pierna contra la de Marguerite bajo la mesa. Un día nos subimos a un árbol sin saber que es la última vez.

Carole los mira enternecida y luego se vuelve hacia su marido.

—¿Y tú, Frédéric, cuándo me vas a llevar a dormir a una casita en un árbol? ¿Te remangarás la camisa para subir la cesta con la botella de vino y el camembert?

—Quiero señalar que esta noche no llevo corbata y ni siquiera te has dado cuenta —suspira Frédéric—. Y llevo una barba de tres días. Intento modernizarme, pero tú sigues viendo a un estirado.

—La semana pasada me haces un regalo sin motivo aparente. Cuando lo abro, ¿qué me encuentro? Una bombonera. ¡Un objeto que no se utiliza desde hace treinta años! Así que tu modernización no está muy avanzada. A veces no te comprendo.

Toda la mesa se ríe para disipar la incomodidad. Y luego se ponen a hablar de la última película de Meryl Streep, del matrimonio homosexual y de la inversión del sentido de la circulación en algunas calles de Maisons-Laffitte. Ludovic se ha dormido sobre los cojines. La velada termina sin efusiones y sin falsas promesas de repetirla. Carole despierta suavemente a Ludovic y le promete que volverá pronto.

Frédéric le dice a Marcel:

—Para mí todo esto es muy nuevo. Mi padre murió el año pasado, no me resulta fácil dejar a mi madre en manos de alguien que casi no conozco.

Da un torpe beso a Marguerite en la mejilla. Ella no se acuerda de darle las gracias por las flores y la tranquilidad vuelve a la casa.

Marcel está orgulloso del brindis de Manou, sencillo y amable. No puede negar que es la hija de Nora. No era una reunión de familia muy convencional. Sobre todo, le ha gustado frotar su pierna contra la de Marguerite. Menos mal que el mantel no era tan corto. Perdía el hilo de la conversación, soñando con el momento en que se quedarían solos y podría tomarla en sus brazos.

—Bueno, pues ya está.

—Ha sido una buena idea, como todas las que se te ocurren.

—Estoy contenta.

—Pareces cansada.

Cuando puso su mano sobre la de ella durante la cena, ella contuvo el aliento y luego respondió a la caricia.

—No tengo costumbre de estar enamorada.

Acurrucada en un edredón esponjoso al lado de Marcel, Marguerite no logra conciliar el sueño. Se siente en equilibrio, a punto de caer, y la luz anaranjada de la farola que hace danzar las sombras sobre la lámpara agudiza su angustia.

Le gusta sorprenderla y ha encontrado una posada encantadora, como le gustan a ella. Ha llovido mucho esta tarde, la gran ventana del salón ofrece una bonita vista sobre el jardín anegado por la lluvia y esta casa desbordante de libros y fotos de viajes hace que sea un placer quedarse junto al fuego. Marguerite, casi asombrada de no echar de menos el sol, descansa en el sofá.

La propietaria colecciona teteras. Las hay por todas partes, sobre los muebles y los estantes. De porcelana, de hierro, con picos labrados. Con su voz apasionada, les ha contado la historia de algunas de ellas, casi como si fueran encuentros carnales.

—Soy una viuda alegre, las teteras me han salvado la vida.

Y Marguerite piensa, mirando a Marcel: cada cual tiene su salvavidas.

Si le hubiera conocido hace veinte años, ¿habrían hecho gofres todos los domingos por la mañana entre el piar de los pájaros y las risas de los niños? ¿Se habría manchado la cara de harina toda la familia? Quizá habrían vivido en una vieja casa de campo, con tres cabras y cinco ovejas, y habría gritado: «Marcel, cuando hayas terminado de dar de comer a las gallinas, ven a probar la nata, creo que he encontrado una receta nueva, la vamos a vender muy bien».

En plena noche, en la pequeña habitación, es la protagonista de esta existencia imaginaria. Niños que corren por el campo, mercromina para las

rodillas arañadas, invitados que van y vienen y se sientan en la gran mesa de madera en esta felicidad campestre, con ella de matriarca.

¿Dónde erró el camino?

Encima del armario le parece ver dos grandes peces gato. Solo son jarras decorativas transformadas por las sombras de la noche.

Sabe que a pesar del éxito de la primera velada, las cenas de familia se contarán con los dedos de una mano, y ella tiembla ante esta historia de amor y este cambio de vida tan radical como tardío. Le gustan sus caricias y teme depender demasiado de esta droga blanda y suave. Muy suave. La víspera, Marcel le ha dejado una nota bajo la almohada:

*A veces cuentan  
de este señor, este mendigo  
este loco poeta  
que inventó las citas.*

*A veces cuentan sin motivo  
por el placer de decir su nombre  
por su misterio y su encanto  
hecho de risa y llanto.*

*Es delicioso hablar de él  
clavando la mirada  
murmurando su nombre en la noche  
cada vez que nos reúne de nuevo.*

*Cuentan de él sin haberlo conocido  
y también después de haberlo perdido  
a veces nos burlamos  
pero lo buscamos con desesperación.*

*Hablamos de él tanto y tan bien  
que si un día el amor vagabundo  
te tiende su mano*

*sabrás que cabe en un solo nombre*<sup>3</sup>.

Este hombre la conmueve. ¿Estará a la altura de lo que le ofrece? ¿Cómo seremos capaces de amar cuando ni siquiera estamos en condiciones de subir a una silla para cambiar una bombilla? Los hombres maduran, pero las mujeres envejecen. ¿O es al revés? ¿Debe hacer caso a su intuición? Si alguien pudiera darle una respuesta...

Y a las cinco de la mañana, tiene una idea. Algunas esposas de las fuerzas vivas de la ciudad lo han hecho a pesar de la desaprobación de sus maridos y ella está dispuesta a hacerlo también. Ya no puede permitirse muchas tonterías, pero se dice que nadie se enterará de su secreto. Ni siquiera Marcel. Esta decisión repentina le trae por fin el descanso y se duerme, acunada por la luz naranja de la farola que ilumina los peces gato que están encima del armario.

Una semana más tarde, no ha cambiado de opinión y, con el pretexto de unas compras, sale camino del hipódromo. En la calle oscura, a pesar de la mañana soleada, se acuerda de que su hermana también fue un día a consultarla: al volver, no quiso contar nada. Todo lo que Marguerite le pudo sacar fue que había sido inquietante. Le gusta revivir algunos episodios de la vida de Hélène, tiene la impresión de recuperarla como si fuera un espejismo.

En la puerta de la modesta habitación, un cartel indica «El timbre no funciona», y cuando la propietaria le abre, no se le ocurre nada que decir. En la pared, viejas fotos de caballos de carreras entrenando. No hay nada que pueda hacer pensar que está en el lugar adecuado.

La señora Delvaux es de origen belga y se dice en el barrio que predijo hace veinticinco años la muerte del rey Balduino para el verano de 1993. No se equivocó.

Con una sonrisa de bienvenida, la vidente le pide que baraje las cartas un rato largo, las extienda bocabajo, pase varias veces las manos por encima y se concentre para elegir cuatro. Ni bola de cristal ni gato negro, eso la tranquiliza. Da la vuelta a la primera.

El nombre de los símbolos resuena en su cabeza, pero la acuna la voz

melodiosa de esta señora alta y morena. Hubiera debido venir antes.

La señora Delvaux le anuncia nuevas perspectivas y Marguerite se estremece, asustada de que las cartas sepan tantas cosas. Escucha: «El sol y un mundo mejor... La luna que evoca el inconsciente, las fuerzas ocultas y la posibilidad de una desilusión». Se estremece cuando ve la carta de la serpiente: se ve de cabeza en el infierno. Antes de empezar la sesión, la vidente le ha ofrecido un té: Marguerite es incapaz de beber ni un sorbo. La angustia la atrapa como si se fuera a enterar de que la vida se detendrá aquí, en esta casa, ante las reproducciones en blanco y negro de unos caballos de carreras.

Todavía queda una carta. La señora Delvaux le anuncia que si termina con la estrella —símbolo de paz, de protección y de suerte—, todo saldrá bien, pues corrige todo lo negativo.

—¡Deténgase!

Marguerite paga y, para tratar de disipar su malestar, añade que las imágenes de caballos son realmente bonitas, como en el médico se habla de cualquier cosa con tal de retrasar el momento del diagnóstico.

Unos instantes más tarde, está en la calle, con el bolso apretado contra el abrigo. Camina más despacio de lo que quisiera, los dolores siempre están al acecho cuando envejecemos. Hubiera debido contentarse con pedir noticias sobre sus malditas rodillas, hubiera sido más prudente. No quiere conocer el futuro. Sabe que debe esperar lo mejor y que, si llega lo peor, la existencia todavía le reserva sorpresas. La anciana de la residencia Beaulieu decía la verdad. Una vida a pesar de los escombros.

Al volver a casa de Marcel, pasa por la tienda y compra huevos y harina. Esta tarde hará gofres de Bruselas.

---

[3](#) Jacqueline Dalimier, *Des ailes au bout des doigts* (Alas en la punta de los dedos).

Dos niños desobedientes, en eso nos hemos convertido. Nos negamos a escuchar los «Sean prudentes, van a resfriarse. No es razonable. Es mejor ver la televisión». No queremos ser razonables y nos sabemos de memoria la sintonía de *Cifras y letras*. A fuerza de quedarnos sentados, acabaremos con dolor de culo. Necesitamos maletas, guías de viaje, descubrir otros horizontes que se pierdan de vista, cambiar de aires una vez más, calentar nuestros viejos huesos al sol, aspirar aromas diferentes, entrar en la iglesia de un pueblecito que no conocíamos. Saborear la vida hasta el final, mientras tengamos fuerzas y las piernas lo bastante sólidas como para tomar el camino más largo. Parecemos tarabillas, hablamos como mudos que acaban de recobrar la palabra. Una sensación galopante de querer aprovechar cada segundo, aunque a la vuelta tengamos que dormir durante ocho días para recuperarnos.

—¿Y si te llevo a ver grandes paisajes, mi tortolita?

—¿Mi trotamundos no puede estar quieto?

—Me apetece descubrir cosas nuevas.

—Pues nos vamos el lunes.

Los caballos salvajes conviven con los toros en el país de los gitanos, una cabaña como las de los libros ilustrados, toda de madera, una planta, con ventanas que dan al lago de los Misterios, velas con aroma de citronela para los mosquitos. Será la Camarga.

—Haremos el viaje del tirón y, cuando estemos instalados, caminaremos alrededor del lago para ver cómo cambian los colores al ritmo de la luz. Luego contaremos los flamencos rosas.

La primera noche, contamos quince. Libres y majestuosos, salen volando al atardecer. Somos prudentes ante nuestras diferencias: un jersey grueso de cuello vuelto de camionero, un vestido demasiado ligero para la estación; los excesos del uno, la contención de la otra. No vamos a cambiar, y no

necesitaremos cincuenta años para entenderlo. Es la ventaja que tienen los amores tardíos.

Al día siguiente nos remangamos el pantalón y metemos los pies en el lago, sujetándonos el uno al otro para no resbalar.

—Es mucho mejor que los baños de lodo.

—Además, no hay despertador.

—Ni sapos en chancletas.

El agua está fría y gritamos fuerte porque algo viscoso nos roza las pantorrillas.

—¿Crees que será una piraña?

—Solo un alga, dulzura mía.

—He esperado setenta y ocho años para quitarme los calcetines y meter los pies en un lago acompañada por un hombre.

Sentados en una piedra, nuestros gestos son lentos. Incluso ponerse los calcetines después de descalzarse es un trabajo laborioso, y eso nos contraría. Sonreímos al sentirnos molestos.

—Algún día tendremos que vivir cosas mucho más difíciles.

—¿Juntos?

—Cállate, idiota, y átate los cordones.

En Saintes-Maries-de-la-Mer, en la cripta bajo el altar de la iglesia, miles de cirios encendidos, fotos y cartas de gitanos que han venido a implorar la bendición de la Virgen Negra. Nunca volveremos a este lugar, y esta certidumbre hace que las horas sean mágicas.

—Me pregunto qué he hecho para merecer tanta felicidad, Marcel. No me pongo de rodillas porque tengo miedo de no poder volver a levantarme. Si no, te preguntaría si quieres pasar los días que te queden conmigo.

—Quizá te contestaría: sí, golondrina mía, sí quiero.

La vuelta es menos apacible. Como si la vida a veces quisiera hacernos lamentar nuestra audacia, hace falta poca cosa para romper la armonía. Se ha roto la junta de la culata. Tenemos que pararnos en el arcén y nos refugiamos como dos náufragos en el talud, esperando a la grúa.

—Volveré a pie.

—¡No vas a huir campo a través, con el estado de tus rodillas y todo mojado por la lluvia!

—Siempre he oído decir que el riesgo de supervivencia es limitado en el arcén de una autopista...

Y aquí estamos, dos ancianos con chalecos fluorescentes que discuten haciendo grandes aspavientos. La llegada de la grúa acaba de raíz con el proyecto de fuga.

El veredicto del especialista —bajito, regordete y calvo— es inapelable. Si queremos volver a casa, tendrá que ser en tren. Nos tranquilizamos el uno al otro de miedo de que nuestros corazones se fatiguen de tantas aventuras. El conductor nos ayuda a subir el escalón de acceso a la cabina de la grúa. Entre un calendario con *Barbies* desnudas y una foto de dos niños colgados del cuello de su madre, nuestro trío improbable se dirige hacia la estación de Aviñón. El hombrecillo calvo nos habla de las desgracias de los automovilistas y de la paciencia que a veces hace falta para aguantar sus caprichos.

—Uno se quiso quedar a dormir en mi camión. ¡La gente es muy rara!

Nos divierte esta situación inédita. Así tendremos algo divertido que contar a Ludovic.

Al llegar a nuestro destino, dudamos en llamar a nuestros hijos para que nos vengán a buscar y al final renunciamos a ello por miedo a que eso sea perjudicial para nuestra próxima escapada.

El hotel de la estación nos atrae y, para arañar algunas migajas más de felicidad, hablamos al oído uno del otro.

—Podríamos disfrutar de una noche más de vacaciones.

—Solo si queda una cama doble.

Como cada mañana desde hace diez años, Marcel le trae una taza de té a la cama antes de que desayunen juntos en la cocina. La ha despertado con un beso, ha puesto una segunda almohada a su espalda para que se ponga cómoda y se ha vuelto a acostar a su lado para hacer sus ejercicios de respiración.

—Quisiera ir a París, murmura Marguerite.

—¿No estás bien aquí?

—¿Y si nos vamos hoy? Hace tanto tiempo...

—Es verdad, parece que está en la otra punta, pero solo son dieciocho kilómetros.

—Me gustaría volver a ver la plaza de los Vosgos y los Grandes Bulevares.

—Es una expedición, pero por ti, mi tortolita, estaría dispuesto a todo.

—A nuestra edad, podemos permitirnos algunas locuras de vez en cuando.

—El Peugeot es caprichoso, y las escaleras del metro, demasiado empinadas. Te regalo un taxi todo el día, nos dejará donde queramos, donde tengas ganas de ir, y jugaremos a los turistas japoneses.

Marguerite ha elegido un vestido de verano floreado y un chal color lila olvidado en el fondo del armario. Sonríe al espejo del cuarto de baño y cruza su mirada con la de Marcel, cuyas cejas son ahora tan blancas como su melena. Marcel se arrodilla y le ata los zapatos con delicadeza. Le parece muy elegante, vestido con un traje de lino que hace años que no se pone. Toma su bastón y los viejos amantes bajan la escalera con prudencia, después de haber cerrado el gas y comprobado dos veces que la puerta estaba bien cerrada.

Sentada en el taxi, anuncia que primero quisiera ver el lugar donde vivió

su hermana: el muelle de Valmy, ante el canal Saint-Martin. Esa será la primera etapa. Una vez allí, lee maquinalmente los nombres en los buzones: Lebrun, Renard, Benzaken, Bartolini. Los nombres se borran como se borran las vidas, pero la piedra grisácea del edificio sigue ahí, intacta. Una mujer cargada de espaldas coloca algunas macetas de geranios en el alféizar del bajo.

—¿La puedo ayudar?

—He venido a ver el lugar donde vivía mi hermana: Hélène Jacquet.

La portera se yergue lentamente. Hélène Jacquet le recuerda algo, pero no está segura.

—Muchas gracias, señora, que tenga un buen día. Me gusta mucho el color de sus geranios.

A veces los recuerdos son crueles y nos ilusionamos por seguir creyendo en los espejismos. Marcel quiere volver a la estación a la que llegó con sus padres en 1954. El taxi los deja delante de la entrada de viajeros. Los bancos de madera ya no están, el edificio ha cambiado mucho y, con lágrimas en los ojos, trata de reapropiarse del lugar. Marguerite le acaricia afectuosamente la mejilla. ¿Cómo resistir a estas vueltas atrás tan vertiginosas?

Al salir de la estación, caminan como pueden por este París de juventud insolente y ritmo de metrópolis endiablada, y ella se sigue maravillando de la belleza de la ciudad bajo la luz de junio.

Deciden de común acuerdo ir a visitar la casa de Victor Hugo bajo las arcadas de la plaza de los Vosgos. Se sostienen y se ayudan, se aferran y se acurrucan. En la capital ruidosa y acelerada, Marcel y Marguerite celebran el elogio de la lentitud. Victor Hugo parece intemporal y les infunde un poco de seguridad.

Marcel la invita a tomar un capuchino en un bar de la calle Francs-Bourgeois, un homicidio para sus intestinos delicados, dice. Al sentarse cerca de la ventana, Marguerite se queja de su eterno dolor en el cóccix. A veces los dolores se imponen sin avisar.

—Desde que nos dejó el doctor Dubois, no encuentro a nadie que me guste en Maisons-Laffitte.

—No te preocupes, mañana nos ocuparemos de eso. De momento, París nos tiende los brazos.

Terminarán el día con un paseo en barco por el Sena. No es su primer viaje fluvial: Marcel había sacado el mapa de Francia, señalado las vías navegables y se habían propuesto recorrer una por año. La primera vez, viajaron de Rennes a Nantes. Tuvieron suerte, como dicen los bretones: les hizo bueno varias veces al día. Marcel se sentía un capitán y Marguerite saludaba a los paseantes por los caminos de sirga. Ella estaba estudiando acuarela y se había lanzado a hacer croquis de las casitas a lo largo de las esclusas. Por la noche, mostraba orgullosa sus bocetos y él le decía sonriente que no estaba hecha para el dibujo. Un día, mucho más tarde, tuvo que admitir que el canal del Mediodía sería el último.

Entre el puente de Alma y el puente Nuevo, Marguerite susurra que le debe mucho al doctor Dubois.

—Ya te he dicho delante del capuchino que mañana nos ocuparemos de eso; mira el cielo de París, paloma mía, nos acompaña por el río.

—Le debo mucho —insiste Marguerite—. Me envió a Bagnères-de-Bigorre y sin él no nos habríamos conocido. Todo me gusta contigo, antes de conocerte vivía a cámara lenta, me gusta la persona que soy contigo. Te doy las gracias por este día magnífico.

En su bolso está la carta que le quitó hace años a la vidente mientras buscaba las vueltas. A veces la mira sin comprender lo que significa. Un anciano con hábito sujeta un bastón con una mano y una lámpara con la otra. En letras rojas está escrito: «El ermitaño».

Marcel la besa con ternura. Y las nubes por encima de sus cabezas continúan su loca carrera.

—Eres la sorpresa que no esperaba. Nunca he tenido suerte en el juego, pero aquel día en la terraza me tocó el gordo. Por no hablar de Ludo. Tengo que acordarme de preparar el sobre esta noche.

Mañana tienen que celebrar dos cosas: Ludovic ha aprobado el bachillerato y quiere presentarles a su novia, que trabaja en L'Heure Bleue, el nuevo salón de té de Maisons-Laffitte.

En el embarcadero, Marguerite estrecha muy fuerte la mano de Marcel en la suya, quisiera pedirle un favor.

—¿Te dije que mi hermana vivía en el muelle de Valmy? Me gustaría mucho volver a ver su casa algún día.

—Ludo me ha hablado mucho de usted y ahora la conozco personalmente, es un placer —dice Apolline sonriente.

Y continúa con su servicio.

A Ludovic le brillan los ojos y Marguerite recuerda su conversación años antes. Acabó subiendo por la escalera de cuerda, dio un estirón y ahora es un joven atlético de pelo rizado. ¿Qué tipo de enamorado será? ¿Tendrá el fuego de Hélène o la rigidez de Henri? ¿Será más extravertido que su padre o habrá heredado la dulzura de su madre?

Para triunfar en el amor, ¿hacen falta armas o suerte? Sin duda, las dos cosas. En todo caso, tiene los ojos oscuros y risueños, y eso ya es una ventaja.

Marcel mira sin amargura a esta hermosa juventud, como se miran todas las cosas efímeras.

Apolline les trae tres vasos de gaseosa y merengues de limón y luego se marcha revoloteando entre las mesas, ligera y graciosa como una libélula plateada. Ludovic no para de hablar, les cuenta las pruebas del bachillerato y sobre todo el tema de la disertación de filosofía, su asignatura favorita: «Concurso de circunstancias, ¿destino o azar?». Hace años que su abuela le habla de eso, ha tenido la mejor nota de su clase.

Marcel saca un sobre del bolsillo.

—De parte de los dos. El carné de conducir, en recuerdo de nuestra primera tontería. Cuando te lo saques, nos llevarás a dar una vuelta por la ciudad.

—Os llevaré a donde queráis.

Los dieciocho años son el momento de elegir. Marguerite sabe desde hace

tiempo que no será notario ni gimnasta, pero no se va a decidir ese día, en este salón de té.

—Puedes viajar —dice ella.

—Un año de voluntariado —sugiere Marcel.

—No lo sé, hay demasiadas posibilidades.

—Encontrarás tu camino, tienes que darte tiempo —sigue Marcel.

—Me encanta recibir postales —añade la abuela.

Mientras se bebe la gaseosa, saborea este instante de felicidad que le ofrece su nieto. Mira sus vaqueros demasiado grandes, el mechón que le cae en los ojos. ¡Qué regalo, este chico! Su complicidad con Marcel le encanta. Siempre lo apoyará en sus decisiones, no importa las que sean.

Se despiden de Apolline antes de marcharse del salón de té. Ludovic le da un beso como quien da un bocado a un panecillo caliente recién sacado del horno. Marguerite sonríe mirando a Marcel y deciden dar una vuelta por el parque para disfrutar del olor a hierba recién cortada.

Con su bastón de puño labrado, Marcel parece un *gentleman*, lo que no le disgusta en absoluto. Los escaparates desfilan tan lentamente que Ludovic tiene que hacer un esfuerzo para ajustarse a su ritmo, con su frágil abuela colgada de su brazo. Él está concentrado para encontrar el ritmo adecuado. Ella es dócil, ya que ahora tiene que ser así.

Los deja sentados en el banco, frente al castillo. Ella tiritita y Marcel coloca la bufanda de cachemira alrededor de su cuello para protegerla.

—No os mováis, voy a hacer una foto, estáis guapísimos los dos.

Los pómulos salientes, las mejillas hundidas, las arrugas marcadas, los cuerpos cansados. Frágiles. El crepúsculo de la edad, pero ni una sombra de soledad.

Sentado en el banco, Marcel mira las copas de los árboles diciéndose que nunca llevó a Marguerite a dormir allá arriba. Ella está tranquila como un lago, un día sin viento. Su rostro, su actitud, reflejan la seguridad apacible de sentirse amada. Las grandes manos apergaminadas acarician las manitas arrugadas.

No hablan, pero se dicen tantas cosas. Ochenta y tres y ochenta y ocho años, pero estos años no se suman. Mientras se hacen la foto, el cronómetro suspende su carrera perdida de antemano. Marcel y Marguerite son jóvenes e

inmortales.

En el momento de congelar este instante Ludovic es consciente de que le acompañará toda su vida. Un día pondrá la foto en un marco y un invitado una noche se detendrá y preguntará: «¿Quiénes son estos dos ancianos en un banco?». Y él contestará: «Son mis abuelos, dos seres únicos».

Sonríe y comprueba el enfoque.

—La luz es magnífica. El verde de las hojas de fondo y el color de tu abrigo, abuela. Es perfecto.

—¿Nos darás una copia?

Quizá sea su última foto, piensa Ludovic. Sacará otra.

Un niño acaba de echar a navegar un pequeño velero en el estanque. Va muy deprisa. La brisa despeina a Marcel. Marguerite se inclina hacia él y susurra:

—Tendríamos que ir un día a París. Hace tanto tiempo...

Marcel frunce sus cejas blancas. Mira a Ludovic, estrecha a Marguerite entre sus brazos y le dice con una voz que no tiembla:

—Estoy aquí.

Título original: *Eh bien dansons maintenant!*

Edición en formato digital: 2017

© 2016, Éditions Jean-Claude Lattès  
© de la traducción: Alicia Martorell Linares, 2017  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.), Madrid, 2017  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9104-634-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)